

RUBÉN FALGUERAS PRADAS

LAS MÁSCARAS DE PORCELANA



Rubén Falgueras Pradas

LAS MÁSCARAS DE PORCELANA

Primera edición: julio de 2015

© Las máscaras de porcelana

© Diseño de cubierta: Carlos Venegas Parra

ISBN-13:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito del editor.

Dedico este libro a mi padre Jaume y a mi tío Jordi por empujarme a escribir mis propias historias.

Al foro, que fue mi vía de escape y me ayudó a crecer como escritor.

Y a aquella profesora de párvulos, cuyo nombre no recuerdo, quien dijo que no leería ni escribiría en mi vida.

1

Hacía frío y, aunque estaba bastante abrigada y en el interior de un autobús, necesitaba frotarme las manos y calentarlas con mi aliento. Cogí el bolso, lo coloqué detrás de mi cabeza como una almohada y recliné el asiento. Por suerte no había nadie acomodado detrás que pudiera quejarse, a pesar de que el vehículo estaba lleno de extranjeros como yo. Miré la hora: eran las seis de la tarde; en Nueva York serían casi las diez, y mi madre ya estaría alojada en casa de mi hermano. Hasta hace poco, durante mis tres semanas de vacaciones, lo había estado en la mía. Mamá y yo teníamos nuestras diferencias, las cuales siempre intenté arreglar, pero sabía de sobra que no lo conseguiría; que Anastasia Brooks (su nombre de soltera) reconociera sus errores, era tan impensable y ridículo como decir que en el Ku Klux Klan adoraban a los negros.

Observaba paisajes desconocidos para mí, mientras aquel silencioso autobús, tras largas horas de viaje, se aproximaba a su destino. Por fin el conductor nos comunicó por megafonía que habíamos llegado, agradeciendo que eligiésemos sus servicios. Me levanté, cogí el bolso y me enfundé el abrigo de piel. Tras esperar unos segundos a que bajaran algunos pasajeros pisé tierra, recogí la maleta y caminé hacia el interior de la estación de Barcelona Nord.

Al fondo de la sala reconocí una figura familiar; a cada paso la imagen iba cobrando forma. Era un hombre negro de edad madura, con el pelo canoso, corto y rizado —muy habitual en su raza—, y bastante corpulento. También tenía los ojos azules —algo no tan común— y barba bastante poblada.

—Bienvenida a España, Andrea —me saludó Bob Myers en un perfecto español.

Cuando estuve lo suficientemente cerca le aticé una colleja.

—¿Qué demonios te pasa?! —reprochó mientras se acariciaba la zona golpeada.

—¡Debería darte más fuerte, por interrumpir mis vacaciones y no ir a recogerme al aeropuerto de Madrid! Se suponía que tenías que estar allí. Ah, y por obligarme a gastar todo el dinero que me quedaba en pagar el billete de autobús hasta Barcelona.

—Cálmate —apaciguó Bob mientras se protegía—. Entiendo que estés enfadada. Cuando me enteré que querían que vinieras aquí en lugar de a Madrid te llamé, pero tenías el móvil desconectado.

Respiré hondo para relajarme, levanté la mirada al cielo y sentí cómo el sol empezaba a calentar.

Me llamo Andrea Harris, tengo veintiséis años y mi aspecto físico lo dejo a vuestra imaginación. Solo diré que tengo el pelo rojo y el tatuaje de una mariposa en la espalda.

¿Cuál es la razón por la que he venido a España? Hace unos años la ONU (Organización de las Naciones Unidas), junto con la INTERPOL (Organización Internacional de Policía Criminal), acordaron crear una nueva legislación, por la cual, en vez de trasladar a agentes a otras ciudades dentro de su país, los envían al extranjero durante, aproximadamente, cuatro años. Con ello se busca que la convivencia de las fuerzas del orden entre países sea más prolífera. Y, a decir verdad, la cosa funciona, pues muchos casos de narcotráfico y contrabando que se han resuelto desde entonces lo han hecho con mayor facilidad, uniendo y poniendo en práctica todos los conocimientos de cada país.

Por dicha ordenanza me ha tocado trasladarme a España, al igual que a Bob, mi compañero en Nueva York, aunque él lo hizo hace ya un par de años,

coincidiendo con la repentina muerte de su mujer.

—Espero que, al menos, me hayáis encontrado algún sitio decente para vivir mientras dure mi estancia aquí.

—Por supuesto. ¿Nos vamos?

Bob asió mi maleta y me condujo hasta su coche —un BMW plateado bastante abollado y arañado al que había que dar algunos golpes incluso para abrir el maletero—. Subí al asiento del copiloto. El olor de los puros que guardaba en la guantera empezó a invadir mis fosas nasales hasta el punto de tener que abrir la ventanilla para que se ventilara. Bob Myers entró en el vehículo y giró la llave de contacto. Todo comenzó a vibrar y empezamos a movernos. Salimos del aparcamiento de la estación de autobuses y, al cabo de unos segundos, estábamos circulando por las calles de la Ciudad Condal.

Puso música jazz en la radio para que acompañase de fondo nuestras conversaciones. Me contó cómo fue cuando llegó a España, sus vivencias hasta el día de hoy, y cómo le había empezado a cautivar su cultura. Durante estos dos años había trabajado en cuatro comisarías de sendas comunidades autónomas: Madrid, Comunidad Valenciana, Andalucía y, ahora, Cataluña. Yo, por mi parte, le relaté mis últimos casos en el tiempo que habíamos estado separados.

Un frenazo interrumpió la conversación con brusquedad; unos metros más adelante una muchedumbre se manifestaba enarbolando banderas amarillas con rayas rojas. Todos gritaban algo en un idioma que desconocía, lo que estaba claro era que no hablaban español: «*Independencia, llibertat. Catalunya no es de Espanya*» («*Independencia, libertad. Cataluña no es de España*»).

—¡Maldita sea! —renegó Bob—. Apenas hemos llegado a la Gran Vía y ya hay una manifestación.

—¿Por qué la hacen?

—No lo sé. La verdad es que nunca le doy demasiada importancia.

Escogió otra ruta y volvimos a circular con normalidad. Los minutos pasaron hasta que, por fin, la velocidad fue disminuyendo al tiempo que nos acercábamos a nuestro destino. Se encontraba a unos metros de un gran estadio de fútbol, cerca del cual Bob terminó aparcando el vehículo. Al salir me detuve para observarlo detenidamente, provocando que un vago recuerdo del lugar me viniera a la mente.

—Es el Estadio de Montjuïc —dijo Bob—. Aquí fue donde se celebraron los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992.

A veces creo que lee mis pensamientos. Entonces caí en la cuenta de por qué me sonaba y recordé a mi padre mostrándome diapositivas de cuando era escolta del *Dream Team* de Magic Johnson y Michael Jordan. Salí de mi ensimismamiento para alcanzar a mi compañero, que ya se dirigía a la entrada del edificio de la comisaría. En el interior destacaba el suelo de mármol gris y las paredes pintadas de un color azul intenso. Al fondo de la sala había varios teleoperadores atendiendo llamadas, y por el pasillo entraban y salían agentes arrastrando a presuntos criminales al calabozo.

—¡Esto sí que me recuerda a Nueva York! —dije mientras lo acompañaba hacia uno de los dos ascensores ubicados a la izquierda de la recepción.

—Lo sé.

Esperamos a que se abrieran las puertas, dejamos salir a los que se encontraban en el interior y entramos después. Bob pulsó el botón correspondiente a la planta catorce.

—¿A dónde me llevas?

—A ver al jefe. Insistió en que vinieras a Barcelona en lugar de a Madrid y, aunque le pregunté el motivo, solo me contestó: «A su debido tiempo».

Un pitido indicó que habíamos llegado. Accedimos a una sala con dos portones, delante de los cuales había un joven sentado detrás de un escritorio trabajando con un ordenador. Lo único que se escuchaba era el sonido de las

teclas al ser presionadas, un golpeteo que solo se detuvo cuando el chico nos vio acercarnos.

—Soy el agente Bob Myers —se presentó mostrando su identificación—. Estoy citado con la comisaria jefe Gallego García.

«¡Anda!, así que el jefe es una mujer», pensé.

El funcionario se levantó de la mesa. Tenía el pelo engominado hacia atrás y gafas de fondo de botella —que me recordaron a las de Steve Urkel, pero en color blanco—. Se encaminó hacia las dos grandes puertas abriéndolas lo justo para poder introducir solo la cabeza. Segundos después volvió a su sitio.

—Pueden pasar, la comisaria les está esperando.

Bob entró enseguida y tuve que dar dos pasos enormes para ponerme a su altura. Aquel despacho era el más grande que había visto jamás, ni siquiera el de mis superiores en Nueva York era tan grande. Estaba decorado con estanterías y tenía un escritorio de madera color caoba. Tras él, sentada, había una mujer de pelo largo, ondulado y rubio.

Se incorporó del asiento y caminó hacia nosotros. Lucía imponente: vestía un traje de diseño color crema, que realzaba su figura en forma de reloj de arena; sus ojos eran de un color azul muy intenso y su sonrisa mostraba una actitud agradable.

—Comisaria Amanda Gallego le presento a...

—LaInspectora Andrea Harris —dije en español, adelantándome a Bob al tiempo que alzaba la mano para estrechársela.

—Lo sé, es la nueva agente —contestó con un inglés notable mientras me miraba de arriba a abajo—. Antes que nada, quisiera disculparme por haberla hecho venir a Barcelona.

—No pasa nada. Además, por lo poco que he visto, me parece una ciudad muy bonita.

—Muy bella, cierto.

Acto seguido, acercó una silla para que tomara asiento y volvió a su sillón.
—Bob por favor, déjenos a solas.

Mi amigo se marchó sin más dilación y yo permanecí de pie esperando a que me dijera algo.

—Siéntese —ordenó mientras miraba el interior de una carpeta.

Hice lo que dijo y esperé a que continuara hablando. Seguía leyendo con mucha atención lo que deduje que sería mi expediente. Pasaron varios minutos, tantos que parecieron horas, hasta que por fin cerró el dossier y lo dejó encima de la mesa. Permaneció callada, observándome.

—Tiene un expediente ejemplar: con dieciocho años ya era agente en el Departamento de Policía de Nueva York y ahora, con veintiséis, ha sido ascendida a Inspectora y ya tiene más de ciento diez arrestos en su haber. A decir verdad, es todo un logro.

No pude evitar sentirme orgullosa de mí misma.

—Pero esa no es la razón por la que solicité su traslado.

—¿Ah, no? —pregunté desconcertada—. Entonces, ¿por qué lo hizo?

—La verdad es que hace poco tiempo que estoy al mando de esta comisaría de la Policía Nacional y, aunque el nivel de nuestros agentes ha mejorado notablemente, si nos comparamos con Estados Unidos aún estamos a años luz. Es por ello que quiero que ayude a los demás a continuar mejorando.

—¿Me ha contratado para que sea el ejemplo a seguir? —pregunté sorprendida.

—Sí, de esta manera se motivarán. Más si cabe, los hombres.

—¿Ah! —exclamé—. Entonces, ¿es por una cuestión de machismo?

Leí en una ocasión que España era uno de los países con mayor índice de violencia machista, pero, a pesar de todas las medidas que se estaban tomando para evitarlo, parecía no servir de mucho, ya que seguían sucediendo más muertes y la mayoría de las mujeres afectadas no presentaban denuncia.

—Vivimos una época en la que se han conseguido muchos avances en derechos para la mujer. Algo impensable hace 50 años es que hoy en día podemos optar perfectamente a la Presidencia del Gobierno. Si aún no lo hemos hecho es porque todavía hay demasiada gente con la mente cerrada a los cambios.

Esa revelación me hizo evocar mis primeros días en el cuerpo de policía. En aquella época tuve a un asqueroso machista como instructor para las pruebas físicas preparatorias. Recuerdo perfectamente cómo nos insultaba y vejaba por el mero hecho de tener pechos.

La comisaria se levantó nuevamente de la silla, me dio la mano y volvió a hablar en inglés.

—Bienvenida a bordo Inspectora...

No había terminado cuando la interrumpió el sonido del teléfono.

—Comisaria Gallego García.

Tras unos segundos empezó a hablar en otro idioma. Parecía ser el mismo que escuché en la manifestación. Poco después colgó.

—¿Le importaría comenzar a trabajar desde este mismo momento? — preguntó mientras cogía un trozo de papel y un bolígrafo —. La mayoría de los agentes están ocupados y no hay casi nadie disponible. Si está cansada por el viaje y prefiere ir al hotel lo entendería perfectamente.

—La verdad es que no estoy cansada y tengo ganas de empezar.

Soy así, aunque haya recorrido en avión miles de kilómetros o haya cruzado a remo el Atlántico, eso no afecta a mi ánimo, y menos a las ganas de trabajar. Esas pueden más que cualquier cansancio posible.

—Bien...

Cuando terminó de escribir me dio la nota, en la que se podía leer:

Nabar Balder Santos

Hotel Rey Juan Carlos I
Planta 14, habitación 234

—¿Quién es? —pregunté.

—Su nuevo compañero. Bob Myers se lo presentará y acto seguido quiero que se dirijan a la calle Pineda.

—¿Por algún motivo en especial?

—Un homicidio.

2

Bob conducía a gran velocidad, más rápido de lo que era habitual en él. Casi chocamos contra otro coche, provocando que su conductor nos mandara a freír espárragos. Le miré fijamente, estaba tenso, demasiado diría yo. Si no fuera por la normativa que prohíbe fumar en el interior del coche, se habría encendido uno de sus puros. Él solía seguir todas las normas al pie de la letra, a pesar de que, en ese preciso instante, se estuviera saltando el límite de velocidad. Su enojo había ido en aumento desde que salimos de la oficina. Allí, cuando le indiqué que teníamos que reunirnos con ese tal Nabar Balder, palideció, e inmediatamente después comenzó a perjurar. La mayor parte de la comisaría también quedó en silencio durante unos segundos al oír el nombre.

Un frenazo inesperado delante de un semáforo en ámbar provocó que casi me golpeará contra la guantera.

—¡Pero bueno!, ¿me quieres explicar qué demonios te pasa? ¿Se puede saber qué tenéis todos contra ese Balder? —protesté.

Bob resopló como si hubiera terminado una maratón y empezó a contarme:

—Nabar Balder era detective privado. Trabajaba en casos de gente rica y también colaboraba con la Policía. Ese tipo cobraba cheques con más ceros de los que pudieses imaginar, pero, incomprensiblemente, renunció a realizar esos servicios hace cuatro años y se alistó en la Policía Nacional con la ayuda de la comisaria Gallego. Es un tío ambicioso, maniático, buscapleitos y...

Se detuvo unos instantes para tranquilizarse, cogió aire y continuó nuevamente:

—Disculpa que te lo describa así, pero es que la mayoría de los que hemos trabajado con él no le aguantamos, sobre todo desde que resolvió un caso de dos políticos corruptos hace un año. Ambos estaban imputados por numerosos

delitos: traficar con drogas y aceptar sobornos provenientes de la mafia, entre otros. Balder los detuvo usando métodos más que cuestionables. Siempre receló de los agentes de antivicio y los *Mossos d'Esquadra*. Alegaba que éramos todos tan corruptos como ellos y que no podía confiar en nosotros.

Me asombró lo molesto que estaba, ya que normalmente este tipo de cosas no le afectaban. Si conseguía irritarle así, es que el tal Balder debía ser alguien de cuidado.

Salimos del coche y nos dirigimos al hotel. Era un edificio de gran altura y diseño asimétrico, paredes de color gris y vidrio tintado que reflejaba el brillo de los rayos del sol. En la parte superior, se podía ver un cartel oscuro con letras blancas que rezaba: «Hotel Rey Juan Carlos I». Justo debajo, cinco estrellas doradas.

—¿Y dices que dejó de trabajar para millonarios? —pregunté.

—Sí.

—¿Y cuánto cobra ahora?

—No mucho más que un agente de campo.

—¿Un hombre ambicioso que renuncia a un trabajo en el que ganaba millones para conformarse con calderilla?

Bob asintió con la cabeza.

—¿Y cómo paga una habitación en un hotel de cinco estrellas?

—No tengo ni idea, pero por la comisaría se rumorea que pagó el alquiler de diez años por adelantado.

Llegamos a la entrada del hotel, cuyo interior era aún más impresionante que la fachada. Nos dirigimos a uno de los cinco ascensores que había en el recibidor y subimos hasta la planta catorce.

—¿No deberíamos haber preguntado en recepción si estaba en su habitación? —pregunté.

—No. Dudo que ahora esté pendiente del teléfono —respondió Bob.

Cuando llegamos nos dirigimos a la habitación 234. Llamé a la puerta y, pasados un par de minutos sin respuesta, probó Bob. Continuamos hasta que empezaron a dolernos los nudillos. Mi amigo, resignado, se apoyó en la puerta, la cual se abrió sin ninguna dificultad para nuestra sorpresa. Sin pensarlo decidimos entrar. Era una suite de lo más lujosa, con las paredes en color melocotón, un salón perfectamente ordenado y una cocina y un baño a ambos extremos. Estaba tan absorta y maravillada por lo que veían mis ojos que mi mente empezó a fantasear con lo que habría hecho en aquel lugar de haber podido.

—Buenos días.

Una inesperada voz surgida de la nada me sobresaltó hasta el punto de hacerme caer de culo. Provenía de un hombre un par de años mayor que yo, con el pelo largo y castaño, ojos marrones, nariz algo alargada y barbilla afilada; solo vestía unos pantalones negros de pijama, mostrando un torso atlético. Aunque no fue su físico lo que me sorprendió. Lo que hizo que tropezara hasta perder el equilibrio fue encontrarlo de repente colgado como si fuera un murciélago, atado por los pies a una cuerda que descendía del techo.

—¿Es usted gilipollas?! —grité.

Me levanté mientras clavaba mis ojos en los suyos.

—Si me dieran un euro cada vez que me lo dicen... —contestó en mi idioma.

» Agente Bob Myers, ¡qué alegría verle!

—Balder.

Bob permaneció detrás intentando evitar el contacto visual con él.

—¿Quién es esta encantadora señorita? ¿Tu amante?

—No. Date prisa, ya sabes por qué estamos aquí —contestó con rudeza.

Al instante, Balder usó la fuerza de su abdomen para doblarse, sujetar con su mano derecha la cuerda, para con la izquierda desatarse y caer de pie con agilidad. Una vez en tierra se dirigió hacia un armario que había en el dormitorio contiguo.

—Bueno, y si no es tu amante... ¿Quién es?

—Inspectora Andrea Harris —dije aún algo nerviosa por el susto.

—¡Ah, el fichaje estrella de Amanda! —exclamó mientras se vestía—. Y cuéntame Bob, ¿qué tenemos?

—Tenéis vosotros. Yo he de encargarme de otro caso. Solo vine a presentarte a tu nueva compañera.

—Estupendo. ¿Dónde es el trabajo?

—En la catedral de la calle Pineda —respondí después de mirar la nota donde tenía apuntada la dirección.

Sin entender por qué, Nabar se detuvo con la boca abierta aparentando sorpresa, para después negar con la cabeza repetidas veces, supuestamente indignado.

—¡Por el amor de Dios! ¿Aún no le has enseñado Barcelona? Estos americanos se dan prisa hasta para trabajar. No os mataría un poco de cultura.

—Por algo somos la primera potencia mundial —rebatí Myers.

—Y también los máximos culpables de la crisis económica. Siempre queréis resultados rápidos sin que os importe un bledo todo lo demás, eso es lo que no soporto de los yanquis.

Me asombró escuchar a ese hombre hablando así de mi patria y ver a Bob aguantando sin responder. La verdad es que no podía negar la realidad: Estados Unidos a veces es la capital mundial de la ignorancia.

—Y los españoles no sois más que unos paletos sin rumbo —respondió al fin visiblemente irritado.

—¿Ves?, por eso perdisteis en Vietnam, no sabéis insultar en condiciones.

Otra persona habría intentado detener la discusión, pero yo, en cambio, me reía divertida. Ciertamente muchas de las cosas que decía tenían su gracia. Bob resopló resignado, sonrió con desgana, le dio un golpe en el hombro y le dijo:

—No creas que has empezado a caerme bien, sigo pensando que eres un capullo.

—Descuida, tú tampoco eres santo de mi devoción —respondió el Inspector.

Bob Myers se fue y yo me quedé sola con aquel tipo.

—Vámonos, tenemos trabajo yanqui.

Aquel apelativo me perseguiría durante toda mi estancia en el país.

—Siento lo sucedido en la habitación —dijo mientras descendíamos por el ascensor.

—No es normal encontrar por arte de magia a alguien colgado boca abajo.

—Ya, estaba meditando. Otros prefieren relajarse de diferente forma, se van a hacer yoga o al gimnasio a darle patadas a un saco. Yo prefiero colgarme boca abajo.

Continuamos caminando por el aparcamiento. Atravesamos decenas de coches hasta llegar al suyo: un Mercedes plateado último modelo.

Tras un tiempo circulando en silencio, observándole, me atreví a dirigirle la palabra.

—¿Detective Balder...?

—No me llames Balder, hazlo por mi nombre. Y puedes tutearme, no hace falta que seas educada conmigo.

—De acuerdo, Bal... Nabar.

—Dime.

—¿Por qué no confías en la Policía?

—Bob ya te ha hablado de mí, ¿verdad?

—Más o menos. Y lo que dijo no fue precisamente agradable.

—Te lo explicaré en otra ocasión. Hemos llegado —dijo Nabar después de aparcar.

La visión de la enorme catedral, de arquitectura a caballo entre lo neogótico y el modernismo, me dejó de piedra. Sus torres me recordaron a los cetros que llevaban los arzobispos de la Edad Media, ornamentadas con figuras de animales y gárgolas.

—La catedral de la calle Pineda. La Basílica de la Sagrada Familia —anunció Nabar.

—¿Aquí ha habido un asesinato? Podían haber elegido un lugar más discreto, no sé, un bar de mala muerte o un prostíbulo.

—A algunos asesinos les gusta llamar la atención —respondió Nabar mientras se abrochaba la gabardina.

Ingresamos con mucha dificultad entre la multitud hasta la entrada principal. Estaba llena de gente que se quejaba y lamentaba por no poder acceder. Bajo el impresionante arco que daba acceso, adornado con una imagen de Jesucristo crucificado junto a unos soldados romanos, vimos a dos agentes uniformados de camisa azul marino y pantalón negro, que vigilaban tras el precinto policial, y en cuya placa se leía *Mossos d'Esquadra* —o eso me pareció—. Me adelanté al Inspector para pasar, pero uno de ellos me detuvo.

—*Pero que fas?* («*Pero ¿qué haces?*»)

Se dirigió a mí en el mismo idioma que habló la comisaria Gallego en su despacho. No entendía absolutamente nada.

—*Aquesta zona està prohibida als civils* («*Esta zona está prohibida a los civiles*») —añadió su compañero.

Nabar me cogió por el hombro y enseñó su placa a los *mossos*.

—*Dispensin, soc el detectiu Nabar Balder. Aquesta dona es la Inspectora Harris, de la Policia Nacional, ens han truca't a nosaltres per el cas de dintre. («Disculpen, soy el detective Nabar Balder. Esta mujer es la Inspectora Harris, de la Policia Nacional, nos han llamado por el caso de dentro»)*

Ambos guardias nos dejaron entrar sin añadir nada más.

—¿Se puede saber en qué idioma estabais hablando? Desde que llegué no he parado de escucharlo.

—Es catalán —respondió entre risas—. ¿No te explicaron que en España se habla más de un idioma?

—La verdad es que no.

—De hecho, en España se hablan, al menos, cuatro lenguas diferentes: castellano, catalán, euskera y gallego. Tal vez me deje alguna.

—Sí que sois raros los españoles.

—Habló la que vino del país de las locuras.

No le respondí para no perder más el tiempo. El interior de la catedral era espectacular: sus columnas y bóvedas me hacían estremecer transportándome al interior de un bosque. Caminamos hasta el altar, dónde un cadáver yacía en el suelo rodeado por tres agentes —uno fotografiaba y los otros estaban hablando—. Al vernos, uno de ellos se acercó y saludó a Balder.

Tendría unos sesenta años, pasado de peso, calvo —aunque aún le quedaba algo de pelo—, y con un grueso bigote.

—¡Inspector Algorta! —saludó Nabar estrechándole la mano—. Me alegra ver que aún no se ha jubilado.

—Conseguirán que lo haga tarde o temprano.

Nabar no tardó en presentarme. El veterano resultó ser un caballero a la vieja usanza y me besó la mano.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunté ocultando los nervios como podía

mientras nos acercábamos al fiambre. Vestía tejanos, botas de cuero, llevaba la cazadora del revés y tenía una herida en el pecho en forma de estrella. Su cara estaba oculta tras una máscara de porcelana blanca, muy parecida a las que usaban en la antigua Grecia para representar sus comedias y tragedias.

—La víctima se llamaba Eduardo Calleja, residente en L'Hospitalet de Llobregat —informó Algorta con la documentación del fallecido en la mano.

Nada asociaba el caso con un robo. Nabar se inclinó sobre la víctima y, mientras enfundaba en sus manos unos guantes de látex, observó la herida.

—A mí me recuerda a la Estrella de David —dijo la agente que estaba hablando con Algorta cuando llegamos.

—Muy cierto agente Clara —admitió el veterano.

Clara era un poco más baja que yo, con rasgos asiáticos, pelo corto peinado de forma masculina e iba vestida como una adolescente: pantalones ceñidos marcando su figura y una camiseta de un grupo de rock metal.

Nabar no comentó nada, se agachó y empezó a buscar en los bolsillos de la chaqueta y del pantalón. Extrajo algo y lo observó con mucha atención, al tiempo que, con la mano que tenía libre, le extraía la máscara. Al ver lo que escondía casi vomitó. La cara estaba en carne viva, mostrando unos ojos desorbitados y una dentadura manchada de sangre. ¡Se la habían arrancado, joder!

Todos se apartaron, excepto Balder. Miró lo que sostenía en su mano e hizo una mueca de asco. Se acercó a nosotros y nos mostró lo que había encontrado. Se trataba de unos pines: una estrella gamada, varias banderas españolas preconstitucionales adornadas con el águila imperial y algún retrato de Hitler.

—Este tipo era un neonazi —argumentó el Inspector Balder—. Quizá su asesinato esté relacionado con motivos xenófobos, aunque también el culpable pudiera ser un independentista.

Quería preguntar quiénes eran esos «independentistas», pero aún tenía demasiadas arcadas para poder hablar.

3

Al cabo de media hora llegó una ambulancia. Los paramédicos se llevaron el cuerpo mientras nosotros permanecimos buscando alguna pista que nos ayudara a resolver el caso. Aquella imagen, ese rostro demacrado me dejó sin palabras. Había oído hablar de asesinos que amputaban a sus víctimas los brazos, las piernas o incluso el pene como trofeo. Pero la cara...

No podía quitármelo de la cabeza y cada vez que lo pensaba...se me revolvía el estómago.

—Llama a Homicidios y Desaparecidos. Quiero saber si han denunciado la desaparición de Eduardo Calleja antes de que lo hagamos oficial. Después, haz que envíen el cuerpo a esta dirección —ordenó Nabar al agente Algorta.

No me fijé si le daba una nota o algo parecido, aunque imaginé que sí.

—Tenemos que llevarlo al Instituto Anatómico Forense —contestó el veterano algo incómodo.

—Esta dirección es de un médico forense. Ahora mismo el depósito de cadáveres estará lleno y en este otro lugar no habrá problemas de espacio.

—Balder, tengo que seguir las normas, si no, la comisaria Gallego...

—No te preocupes, hablaré con ella.

El veterano asintió y salió para alcanzar a los de la ambulancia.

Balder giró la cabeza para observar como Algorta se dirigía hacia la salida, para, seguidamente, hacer una mueca de asco sin aparente motivo.

—Maldita sea.

—¿Qué pasa?

Por la puerta de la iglesia apareció un hombre que avanzaba hacia nosotros. Lucía un traje de corte italiano algo ajustado y unos zapatos negros que no parecían de primera calidad. Era obeso, con la cara redonda y una

papada que hacía recordar a un cerdo sobrealimentado. Tenía el pelo moreno, peinado hacia atrás con demasiada gomina y un bigote bien recortado. Se acercaba caminando como un pato. Cuando por fin se detuvo, suspiró como si hubiera hecho un gran esfuerzo.

—Andrea Harris, te presento al Inspector jefe de la UCEV (Unión contra la Delincuencia Especializada y Violenta), de la Comisaría General de Policía Judicial de Madrid, Manuel Rodríguez.

—Un placer.

Me estrechó su mano sudorosa y tuve que reprimir el impulso de limpiármela delante de él.

—Srta. Harris —dijo mirándome fijamente con voz muy aguda—. Cuénteme todos los detalles.

Sacó una libreta y un bolígrafo de su ajustado bolsillo y esperó mi informe. Miré primero a Balder para que me diera permiso y él asintió con la cabeza. Mi narración de los hechos duró apenas un par de minutos.

—Así que le han cortado la cara y se la han llevado.

—Exacto —contesté.

—¿Y había una estrella marcada en el pecho de la víctima?

—Así es.

—Bueno, pues ya sabemos lo que es, al menos, el asesino— dijo tras anotar en su libreta

—¿Ah, sí? —pregunté algo sorprendida.

—Sí, un independentista catalán o un marroquí.

—¿En qué te basas? —interrogó Nabar.

—Por favor, está más que claro: la estrella en el pecho es el símbolo del estandarte que muchos de los idiotas de esta ciudad se atreven a llamar Bandera Nacional. Eso, o la que tienen los moros en la suya.

—¿Y qué me dices de que le quitaran la cara? —preguntó Balder, a quien

se le empezaban a hinchar las venas del cuello por la ira.

—Alguna mierda de ritual de los moros que habrán aprendido aquí —respondió Manuel.

—Ya veo... O sea que el hecho de que la víctima fuera un nazi justifica que el asesino sea un independista catalán o un moro.

—¿Quiénes tienen más motivos para matarlos que ellos?

La situación era muy tensa, tanto que parecía que tarde o temprano alguno de los dos comenzaría una pelea. Era como cuando los de Asuntos Internos hacían sus habituales visitas a los agentes que eran sospechosos de haberse saltado las normas, o cuando algún detective privado metía las narices en un asunto de la policía.

—Personas como la víctima se encargaban de que España estuviera limpia y ordenada. Ahora se les necesita más que nunca. Recuerda mis palabras: el asesino es un moro o un rojo de mierda de aquí. Te lo demostraré a ti y a esa putilla que tenéis de jefa.

Se dio la vuelta y se fue arrastrando los pies.

—Puto facha —murmuró Nabar.

—¿Siempre hay discusiones así en este país? —le pregunté cuando nos quedamos solos.

—Más de lo que te imaginas.

—Y eso, ¿a qué se debe? —pregunté curiosa.

—Viejas heridas abiertas, causadas por la maldita Guerra Civil, que parece que no se van a cerrar nunca. No todos estamos orgullosos de nuestra historia y siempre habrá disputas entre los que apoyan el ideal franquista y los que se identifican más con el republicano.

Arrancó su Mercedes y volvimos a la circulación. Miré el reloj, pues ya estaba anocheciendo: eran las seis y media de la tarde.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Vamos a ver a mi forense personal.

—¿Tu forense personal?

—No me fio de los que trabajan con la Policía y menos ahora que Rodríguez también está en el caso.

—¿Temes que sabotee la investigación?

—Exacto. Ya le has oído, hará lo que sea necesario para demostrar que lo asesinó un inmigrante o un independentista.

—No crees que el homicida sea ninguno de los citados, ¿verdad?

—Son hipótesis que no se deben descartar. No me interpretes mal, solo pienso que no deben ser los únicos, habrá otros perfiles que no sean ni independistas ni extranjeros que quieran matar neonazis, y no precisamente por motivos raciales.

—¿Hablas de motivos económicos o de algún maníaco?

—No creo que sea por dinero, quizá la del maníaco pueda ser la mejor teoría.

En mi mente empezaba a formarse un puzle. Ya habíamos unido las piezas laterales, pero faltaban aún muchos elementos para lograr resolver el rompecabezas.

—Nadie le arranca la cara a una persona solo por dinero —razoné.

—Eso es. No hay ningún ritual, al menos que yo conozca, en el que tengan que extirpar el rostro de un ser humano. Y sobre la estrella... podría ser una distracción.

—Pero como dices solo son teorías. Aún no tenemos ninguna prueba.

—Por eso estamos aquí —contestó Nabar—. Para encontrar más pruebas.

Detuvo el vehículo y bajamos delante de un gran edificio que parecía abandonado, aunque había luz en su interior. Vi una ambulancia aparcada cerca de la entrada y fue en ese momento, al fijarme en el cartel con el nombre de la empresa que había encima de la puerta, cuando se confirmaron mis

sospechas...

—¿Has traído el cuerpo a un matadero? —pregunté estupefacta.

—No es exactamente un matadero.

—Que no te fíes de la Policía, de acuerdo —interrumpí—, pero, ¿qué narices te podrá decir un maldito carnicero?

—Algunos carniceros, aunque no lo parezca, saben mucho de anatomía.

—¡Pero de anatomía animal, para hacer chuletas o embutidos! ¡No para investigar asesinatos!

—Bueno, algunos pueden ser tan mañosos cortando carne como un forense experto.

—¡Pero no extraen balas o fluidos para analizarlos!— El maldito Nabar Balder conseguía sacarme de mis casillas.

—Tranquila —dijo alzando las manos entre carcajadas para intentar apaciguarme—. Confía en mí. Este carnicero fue forense en su juventud. Tiene bastante experiencia.

—¿Y por qué trabaja ahora en un matadero?

—No soportaba trabajar en espacios tan pequeños.

—¿Sufre claustrofobia?

—Así es, por eso decidió dejarlo y continuar con el negocio familiar.

—Entonces, ¿por qué le mandas los cadáveres? Si tiene miedo a los espacios cerrados no podría estar...

No contestó, empezó a caminar hacia la puerta hasta que le alcancé y le agarré del brazo.

—No sufre claustrofobia, ¿verdad?

Estuvo unos segundos en silencio y luego sonrió.

—No, no la sufre. Pero sí tiene una minusvalía.

—¿Cuál?

—Va en silla de ruedas —respondió y continuó caminando.

—¿Qué le pasó?

Hace años trabajaba en el Instituto Anatómico Forense de Barcelona. El 11 de marzo de 2004 estaba en Madrid, en la estación de trenes de Atocha. Imagino que recordarás que ese día vuestro grupo terrorista favorito, *Al Qaeda*, hizo estallar varias bombas en diferentes trenes. Él iba en uno de ellos. El motivo por el que se encontraba en la capital, aún no me lo ha dicho. Tuvo suerte de salir vivo, aunque la onda expansiva provocó que se rompiera la columna vertebral.

La conversación me distrajo unos instantes y cuando me quise dar cuenta estábamos frente a una puerta de metal. Nabar llamó con los nudillos tres veces y en pocos segundos se abrió. Nos encontramos ante un chico joven, de un metro noventa y el pelo grasiento aplastado sobre la cabeza. Su cara denotaba unos rasgos muy característicos y era bastante corpulento.

—Goliat —saludó Nabar, estrechándole la mano—. Te presento a la Inspectora Harris.

Tuve que apretar los dientes para no gritar cuando soltó mi mano porque pensé que me había fracturado todos los huesos.

—Sr. Balder, el doctor Ramírez le está esperando —respondió el grandullón con dificultad.

—¿Tiene síndrome de Down? —pregunté en inglés. El Inspector asintió.

Recorrimos larguísimos pasillos sin rastro de carne por ningún sitio: el matadero estaba vacío. Cuando llegamos, guiados por Goliat a lo que debía ser el centro del edificio, nos encontramos con tres personas: dos de ellos vestían con monos color amarillo fluorescente con una cruz en la espalda. Parecían sanitarios de un hospital. El tercero iba en silla de ruedas. Su cara era redonda, con la barba muy poblada, gafas y el pelo rapado casi al cero. Llevaba una bata blanca sobre un jersey y, tapándole las piernas, una manta de cuadros.

Estaban delante de una mesa lo suficientemente grande para alojar un cuerpo: el de la víctima, que se hallaba completamente desnudo.

—¡Querido Nabar! Me alegro de verte al fin —saludó desde su silla sin dejar de estudiar algo en la espalda de la víctima.

—Y yo a ti, Claudio. Dime, ¿qué tienes?

—Fue envenenado.

—¿Cómo lo ha averiguado? —pregunté.

Claudio me miró de arriba a abajo y pude observar cómo tras sus gafas se dibujaba una expresión divertida y una sonrisa pícaro en los labios.

—Vaya Balder. Veo que por fin has encontrado a alguien capaz de aguantarte un día completo. Bien señorita, acérquese y se lo mostraré.

Lo hice con cautela hasta ponerme a su lado. Claudio puso sus manos en el cuello de la víctima e hizo girar un poco la cabeza hacia el lado izquierdo.

—Está aquí, justo a la altura del esternocleidomastoideo. Hay una pequeña incisión provocada por un objeto punzante: una jeringuilla o una aguja de acupuntura —apuntó señalándome el lugar exacto.

—Pero... eso no demuestra que le envenenaran —rebatí.

—Extrajimos una pequeña muestra para analizarla.

Se dirigió empujando su silla hasta un pequeño escritorio con un ordenador, un monitor y una máquina para realizar análisis de ADN. Cogió un papel de la impresora y me lo pasó. Mostraba que el nivel de oxígeno en sangre era muy bajo y tenía un exceso de lactato.

—¿Cianuro? —pregunté incrédula.

—Exacto. Esta sustancia provoca una depresión del sistema nervioso central que deriva en un paro respiratorio. ¿Cuánto hace que no se usa cianuro en un asesinato?

—Creo que desde la época de Agatha Christie —contestó Nabar con una media sonrisa.

—Así que el envenenamiento fue la causa de la muerte... Entonces, ¿le cortaron la cara y se la quitaron después de morir? —cuestioné de nuevo.

—No, aún no estaba muerto cuando se la arrancaron. Además, mirad esto. Claudio levantó uno de los brazos para mostrarlo.

—Estaba cubierto de laceraciones que dibujaban la forma de una cuerda, lo cual nos llevó a pensar que la víctima forcejeó para intentar escapar.

—¿Hora de la muerte? —preguntó Nabar.

—Teniendo en cuenta el *rigor mortis*, calculo que llevará muerto unos tres días.

—A ver qué dicen los de Desaparecidos. ¿Alguna cosa más?

—Sí, encontré un hematoma en la cabeza, justo detrás del cráneo. La víctima fue golpeada con un objeto contundente.

—Entonces, primero le secuestra dejándole inconsciente con un golpe en la cabeza, después le retiene atado y le quita la cara. Los hematomas indican que se resistió con todas sus fuerzas, pero el asesino pudo amputarle el rostro sin muchas dificultades —analizó Balder, repitiendo la secuencia de los hechos.

—Más tarde le envenena con cianuro —continué—. Y la herida de la estrella, ¿es *ante mortem* o *post mortem*?

—Esa sí está hecha después de muerto— dijo Claudio.

—Bien —dijo Nabar girándose hacia los paramédicos—. Os podéis llevar el cuerpo al Anatómico Forense. Uno de vosotros puede vestirlo mientras el otro conduce para no levantar sospechas, ¿de acuerdo?

Sacó de su cartera un buen fajo de billetes de cincuenta euros y se lo ofreció a uno de ellos, que lo cogió sin dudar, mientras el otro pasaba el cuerpo a una camilla portátil para transportarlo fuera.

—La verdad, no sé de dónde sacas tanto dinero —le cuestioné sin ni siquiera pensarlo.

—Mejor que no lo sepas —intervino Claudio—. Hay preguntas que deben

permanecer sin respuesta.

—¿Y ya está la autopsia? ¿No miramos si hay algo más en su interior? — pregunté.

—No podemos. Es una de las condiciones que Nabar impuso: no cortar ni un trozo de carne —respondió el forense.

—Si llegan a ver más heridas en el cuerpo realizadas con herramientas quirúrgicas —explicó Nabar al ver mi cara—, la Policía iría a por mí.» Vaya, ¿ya es tan tarde? —preguntó mirando su reloj—. Nos tenemos que ir Claudio. ¿Podrás llegar bien a tu casa?

—No te preocupes. Y tampoco por los paramédicos, por ese dinero estarán callados como una tumba.

—Eso seguro.

Nos encaminamos hacia la salida para volver al coche y ponernos en marcha. Esta vez, Nabar conducía más tranquilo y en silencio.

—Ahora, ¿qué hacemos?

—Tú irás a tu apartamento, comerás algo, te darás una ducha y descansarás hasta mañana —dijo con los ojos clavados en la carretera.

No repliqué, aceptando de buen grado, pues el cansancio ya era notable en mi cuerpo.

—¿Es tu primer caso de asesinato? —preguntó.

—¿Cómo lo has sabido?

—Cuando llegamos a la escena del crimen te noté nerviosa. Aunque disimulaste muy bien, se veía que estabas incómoda.

—Muy observador. ¿Has estudiado psicología? —respondí con ironía.

—Lo básico.

Decidí no continuar con la conversación antes de que ese engreído casi perfecto de Nabar Balder me sacara aún más de quicio. Cogí mi teléfono móvil, busqué el número de Bob Myers y le llamé. Quería preguntarle la

dirección del apartamento donde iba a hospedarme. La memoricé, me despedí de él y colgué.

—¿Podrías llevarme a la calle Galileo, por favor? —le pregunté a Nabar con voz cansada.

—Claro.

Giró tomando otra ruta y continuó conduciendo durante media hora más.

—De no haber sido por el tráfico hubiéramos llegado en cinco minutos — se excusó.

Cuando detuvo el vehículo, miré por la ventanilla buscando un letrero que confirmara que estábamos en la calle correcta. Una vez segura me desabroché el cinturón y me dispuse a salir.

—Mañana paso a buscarte.

—¿A qué hora vendrás?

—Procuraré estar aquí a las nueve o nueve y media. Te despertaría a las seis de la mañana, pero acabas de llegar de un largo viaje y debes descansar un poco más.

—De acuerdo, mañana a las nueve.

—Espera —me detuvo antes de que cerrara la puerta —, esto es para ti.

Extrajo un sobre de la guantera y me lo dio. Al abrirlo pude ver con estupor que había más de doce mil euros.

—Pero, ¿qué...?

—Seguro que tienes que pagar el alquiler, ya me los devolverás cuando puedas.

—Gracias —dije aún incrédula.

—No hay de qué. Nos vemos mañana.

Cerré la puerta de su Mercedes y se fue. Me quedé mirando cómo se alejaba hasta que desapareció, luego comencé a caminar calle abajo hasta llegar al número cincuenta y seis, donde una señora mayor esperaba en la

puerta. Después de saludarme y presentarse me llevó hasta la primera planta del edificio en el que se encontraba mi apartamento —que, por cierto, no estaba nada mal—. Tenía un gran salón, un dormitorio con baño y una pequeña cocina. Al terminar de enseñármelo estuvimos hablando del precio del alquiler. No entendía los malditos euros y, cuando por fin me aclaré, quedamos en que le pagaría cuatrocientos al mes, una verdadera ganga. Seguro que Bob le había dicho que soy policía. Le pagué dos meses por adelantado y me dejó sola. Cuando se fue me quedé contemplando el salón durante un rato agradeciendo que estuviera amueblado. Solo tenía que comprar algunas cosas para decorar. Bob se había encargado de que me hicieran llegar la maleta, así que cogí algo de ropa y me dirigí a la ducha. Instantes más tarde sentía caer el agua por todo mi cuerpo. Al fin podía disfrutar de algo de relax tras tantas horas de duro trabajo. Regresaron a mi mente las imágenes vividas durante aquel maldito día. Había pasado todo tan rápido que lamenté no haber tenido tiempo de demostrar mi valía, aunque fuera en un caso de homicidio y yo no tuviera experiencia. Con anterioridad había visto fotografías de cuerpos en peor estado que el de Calleja, pero no era lo mismo verlo en la realidad. Era muy diferente.

Salía de la ducha envuelta en una toalla cuando comenzó a sonar la melodía *Crazy* de Seal en mi teléfono.

—¿Dígame?

—Por fin coges el teléfono Blancanieves —me contestó la inconfundible voz de mi hermano mayor.

—¡Michael! —contesté llena de alegría.

Conversamos largo y tendido... me contó cómo estaba nuestra madre y cómo le había ido desde que me marché. Por mi parte le hablé de mi llegada, del reencuentro con Bob y de mi nuevo compañero. Al colgar miré la hora: eran casi las diez de la noche, así que me fui a la cama. Me estiré bajo las

sábanas y cerré los ojos. Ya todo me daba igual, solo quería descansar.

4

Balder se dirigió hacia la Sagrada Familia circulando a toda velocidad con la sirena portátil adherida al techo del coche. Durante el trayecto, hasta llegar casi a la Diagonal, estuvo meditando sobre la investigación. No encontraba razones para el cómo, el cuándo y el por qué. No lo veía claro. Todo sucedió tan precipitadamente que no tuvo tiempo de examinar a fondo la catedral. La repentina llegada del Inspector de la UCEV empeoró las cosas. Ahora encontraría dificultades para entrar y tendría pegado al culo a uno de sus malditos hombres. Cada año le soportaba menos.

Cuando llegó ya casi no había nadie, salvo los *Mossos d'Esquadra* que vigilaban las entradas sur y norte. Nabar accedió al interior mirando al suelo, por si, casualmente, encontraba algo que le pudiera servir de ayuda para resolver aquel rompecabezas. Sin dejar de hacerlo llegó al charco de sangre, ya seco, que marcaba el lugar donde se había encontrado el cuerpo. Cerca del altar aún permanecían algunos agentes tomando fotografías.

—Nabar, creía que no vendrías más por aquí —Clara Nakamura parecía sorprendida por su presencia.

—¿Habéis encontrado algo? —interrogó ansioso.

—Acabamos de terminar de recoger pruebas —dijo cargando en la maleta sus instrumentos de trabajo—. Vamos al laboratorio, las tendrás lo antes posible.

—¿Manuel Rodríguez ha estado aquí? —preguntó uno de los fotógrafos.

—Sí. Necesito que me digáis si habéis encontrado algún resto, cualquier cosa para que podamos estar por delante de la gente de Rodríguez.

Clara asintió.

Se marcharon con rapidez por la puerta norte. Nabar permaneció solo,

observando cómo salían Clara y el resto del equipo. Sonrió y se dedicó a inspeccionar otros espacios de la catedral algo más alejados del lugar donde encontraron el cuerpo. Quizá descubriera algo que se les hubiera escapado a los de la científica. Después de dedicarle un tiempo no encontró nada, así que, irritado, decidió salir por la puerta contraria en busca de su coche para dirigirse a la Comisaría de Sants Montjuïc.

Una vez allí, subió hasta el despacho de la comisaria Gallego, pasó delante de la mesa del secretario y abrió de un empujón ambos portones. En ese instante se encontraba hablando por teléfono. No se inmutó por la intrusión de Balder. Tras despedirse cordialmente colgó y le miró fijamente durante unos segundos.

—¿Se puede saber por qué entras así? —preguntó sin alzar la voz.

El detective tomó asiento de forma despreocupada y empezó a actuar como si no hubiera roto un plato en su vida.

—¿Cómo? Creía que tenía acceso a tu despacho cómo y cuándo quisiera.

—¡No me toques las narices Balder! —contestó la oficial mirándole por encima de las gafas—. Siempre que llegas con esa actitud, es que vienes a reprocharme algo.

—Ahora que lo dices... sí. ¿Qué hacía Manuel Rodríguez en el escenario del crimen de mi caso?

—Yo no le he enviado.

—Pero permitiste que viniera. Si antes pensaba que apenas tenías dos dedos de frente, ahora los has perdido.

—Cuida tu vocabulario cuando te dirijas a mí... No podía hacer nada —respondió Amanda Gallego dejando correr el hecho de que la hubiera llamado estúpida en su propia cara—. Ya sabes que es Inspector de la UCEV y que Madrid manda. Si se interesan por un caso, tengo las manos atadas.

—Sabes al igual que yo que está aquí porque faltan pocos meses para las

Elecciones Generales.

—Eso no tiene nada que ver.

—Claro que sí. Rodríguez está afiliado al PDC (Partido de Derecho Ciudadano) y hará lo que sea para demostrar que su líder tiene razón.

—¡Te he dicho que no puedo hacer nada, Balder! ¡No soy yo quien manda en Madrid!

—¿Y esa es la única razón por la que lo has permitido? ¿Dejas que vengan a mangonearnos solo por mantener tu bonito culo en este sillón?

No contestó, prefirió permanecer callada unos instantes. Después, respiró hondo y se levantó de su asiento.

—¿De qué va el caso de la Sagrada Familia? —preguntó la comisaria.

El investigador relató todo lo acontecido en las horas previas, incluso la visita al matadero.

—Sabes que no quiero que lleves los cuerpos a ese carnicero —reprochó la comisaria—. ¿Por qué no puedes hacer las cosas como Dios manda?

Nabar se inclinó apoyando sus manos sobre la mesa.

—Investigo a mi manera, yo me encargo de que nadie sospeche y tú obtienes los resultados que necesitas.

—Arriesgo mucho mintiendo por ti, Nabar. Estoy empezando a recibir presiones de nuevo, simplemente por el hecho de que estés aquí. Y ahora están indagando acerca de las razones por las que he contratado a la chica nueva. Por cierto, ¿qué me dices de ella?

—Es lista —reconoció el Inspector sentándose de nuevo—. Le falta experiencia en homicidios, pero por lo demás no tengo ninguna queja.

—¿Por qué será que tengo la sensación de que me ocultas algo?

Nabar permaneció callado.

—Tú no valoras la experiencia Nabar, solo si te puede aguantar al menos una semana como compañera, para que te dejemos tranquilo.

—Si lo consigues, cosa que dudo, la invito a cenar.

» Por cierto —volvió a cambiar de tema—. ¿Te acuerdas de cuál fue una de tus condiciones para que yo pudiera investigar a mi manera y tú hacer la vista gorda?

—Sí, que trabajarías en equipo —respondió Amanda Gallego.

—Acepto que me envíes a dos perros para que te informen —accedió—, pero a cambio quiero tener a estos cinco en mi grupo —dijo contraatacando al tiempo que sacaba un documento de la chaqueta.

Se lo entregó a su superior que, tras leerlo detenidamente, le miró incrédula.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó.

—Completamente.

—Acepto lo de Nakamura y Algorta, además, ya están dentro del caso.

—Sí, pero a partir de ahora trabajarán sola y exclusivamente para mí.

—Está bien, pero, ¿Carranza, LaPaglia y *Hartigan*?, estos no los tengo nada claro.

—¿Sabes cuál es el verdadero nombre de *Hartigan*?

—¡Sé quién es, maldita sea! —bramó—, ¡pero está ciego! ¡Y LaPaglia y Carranza tienen antecedentes penales!

—Por eso los quiero.

—Eres un puñetero dolor de cabeza Balder... Está bien —accedió por fin—. Ah, y se acabaron las visitas a tu carnicero.

—Eso ya lo veremos.

La comisaria Gallego resopló, se quitó las gafas y frotó sus ojos agotada por la situación.

—¿Sabes lo que haces verdad?

—Sí —respondió Balder mientras se dirigía a la puerta—. Sé a lo que me enfrento y sé lo que me pasará si fallo.

—Más vale que no te equivoques —contestó resignada.

5

Me despertó el sonido de la alarma del teléfono móvil, abrí los ojos con dificultad y la desactivé. Eran las ocho menos cuarto de la mañana. Me levanté y arrastré los pies hasta la cocina. La nevera estaba vacía: con todo el jaleo del caso no tuve tiempo de hacer la compra. Con el fastidio de tener el estómago vacío, me vestí y acicalé. No había terminado aún, cuando el timbre de la puerta me interrumpió. Nabar esperaba detrás.

—Buenos días —saludó sonriendo.

—Llegas muy temprano —dije mirando la hora.

—Lo sé, es que había pensado invitarte a desayunar.

—No —rechacé—. Invito yo.

—¿Con el dinero que te presté? —respondió divertido.

—¿Algún problema?

No puso más objeciones y nos dispusimos a bajar. Una vez en la puerta me detuve un momento, para sentir el frío y la humedad del rocío de la mañana en mi piel, antes de continuar hacia su coche. Nabar, por su lado, continuaba calle abajo. Aceleré el paso para no quedarme atrás.

—¿A dónde vamos?

—Hay una pastelería más adelante —explicó señalando el lugar—. Sus pasteles son buenísimos.

Me recordó a una de esas cafeterías con panadería que hay en Nueva York. Nabar se acercó al mostrador y saludó al anciano dependiente al que parecía conocer de toda la vida. Le pidió un par de dulces para llevar: una caña de chocolate para él y un brazo de gitano para mí. Nabar me explicó que estaba cubierto de crema catalana mientras salíamos del establecimiento. Nos metimos en el coche y devoramos el desayuno.

—¿Has descubierto algo durante el tiempo que he estado dormida? — pregunté.

—Sí —respondió masticando su dulce—. Han confirmado, tanto los del Departamento de Desaparecidos como los del Anatómico Forense, que la víctima es Eduardo Calleja.

—¿Algo más que no supiésemos?

—Clara ha encontrado en el escenario donde fue encontrado el cuerpo pisadas formadas por restos de barro. El asesino calza un cuarenta y siete.

—Tiene que ser un tipo muy grande con ese pedazo de pie.

—No tiene por qué.

—¿Podría usar un número mayor de zapatos para desviar la atención?

—Bien pensado. ¿Se te ha ocurrido ahora?

Su ironía me descolocaba, pero, tras pasar un día con él, había aprendido que debía seguirle la corriente.

—¿Han averiguado algo más? —pregunté.

—Nada, parece que no nos enfrentamos a un asesino cualquiera. Ayer cuando me informaron de la identidad de la víctima averigüé todo lo que pude acerca de su vida y su entorno. Conseguí su dirección, el nombre de sus familiares y los antecedentes penales.

—¿De qué tipo de antecedentes se trata?

—Condenado a seis años de cárcel por intento de homicidio, casi mata a un colombiano a golpes. Además, pertenecía a un grupo organizado de *skinheads* con una larga lista de delitos en su haber. Pensé que ellos tendrían que saber algo que pudiese dar luz al caso, así que me pasé a ver a los miembros de su banda.

—¿Fue peligroso?

—Lo suficiente como para preguntar deprisa. Casi me estrangulan por la impaciencia, están deseando que se sepa quién mató a Calleja.

Me comentó que se reunían casi todas las tardes en un local alejado de la ciudad, ya que no querían líos con la Policía. Y de la víctima le contaron que estuvo vinculado al PDC, que estaba muy bien mirado en el seno del partido, lo que le llevó a ascender en sus filas casi a primera línea.

—Al parecer, alguien de su círculo, que no le tenía en demasiada estima, empezó a difundir rumores de que era homosexual —concluyó.

—¿En serio? —pregunté incrédula sin poder evitar sonreír.

—En serio. Precisamente, nos dirigimos a ver a esa persona.

Nabar cogió del asiento de atrás una mochila, extrajo una carpeta y me la dio. Cuando la abrí solo había una hoja de papel en la que se podía ver un DNI fotocopiado que pertenecía a un tal Dieter Freedman.

Nos dirigimos a la residencia de ancianos donde se alojaba nuestro sospechoso. No tardamos mucho en encontrarla. Me recordaba a un hospital, con formas rectilíneas, la fachada recién pintada en blanco y un jardín con setos y flores rodeando todo el edificio. Una vez dentro, preguntamos por él. Nos indicaron que se encontraría al fondo de la sala mirando por la ventana, como siempre hacía.

Los otros ancianos nos observaban mientras avanzábamos por la estancia, preguntándose si no serían ellos el objeto de la visita.

—¿Sr. Dieter Freedman? —preguntó Nabar educadamente.

El anciano se giró mostrándonos su rostro repleto de marcadas arrugas. Sus ojos eran de un azul intenso y ya solo le quedaba pelo a la altura de la nuca. Mostraba una complexión muy delgada y frágil y debía rondar los noventa años.

—¿Quiénes son ustedes?

El Sr. Freedman nos estrechó la mano desde su sillón tras las presentaciones.

—Estamos investigando la muerte de un miembro que pertenecía a su grupo

neonazi. ¿Se acuerda de Eduardo Calleja? —pregunté.

—Claro que me acuerdo. Fui yo quien le pidió que se uniera hace diez años. Lo conocía desde que era niño, casi se podría decir que yo le críe. Maldije a Dios cuando me enteré de su muerte.

—Sí, es una verdadera injusticia.

Balder endureció su gesto y continuó.

—¿Es usted el capitán Erich Priebke? —El anciano, sorprendido, levantó su cabeza clavando sus intensos ojos azules en los del detective—. ¿O prefiere que le llame *OberFührer* Priebke?

Empezó a palidecer y retiró la mirada conteniéndose para no soltar algún impropio delante de los enfermeros. Luego reunió valor para encararse a mi compañero.

—¿Yo un miembro de las SS? Por favor...

—Sr. Priebke, no intente engañarme. Puede mentir a la gente de este centro, pero no me insulte, por favor. Fue uno de los responsables del plan para llevar a cabo el genocidio de la población judía europea durante la Segunda Guerra Mundial, conocido como «Solución final de la cuestión judía» o en alemán «*Endlösung der Judenfrage*» del *Tercer Reich*, y también fue responsable de la inspección del Campo de concentración de Dachau.

Balder me dejó impresionada, tanto como al propio anciano o incluso más. ¿De dónde diantres había sacado esa información y en tan poco tiempo? Freedman, Priebke o como se llamara, comenzó a temblar de rabia. Se apoyó con tanta fuerza en su bastón que lo hizo crujir, como si estuviera a punto de quebrar.

—Cállese —bramó—. Maldito entrometido.

Priebke se sentó de nuevo en su sillón, apoyó su frente en el bastón y resopló.

—¿Cómo se ha enterado? —preguntó tras haber reflexionado unos

instantes.

—Lo descubrí gracias a los miembros de su grupo. Es muy fácil sacarles información si les amenazas con enviarles a chirona.

—No le creo, preferirían ir a la cárcel antes que traicionarme. A no ser que usted...

—Si finaliza esa frase le detengo como sospechoso de asesinato. Responda: ¿Por qué empezó a difundir rumores de que Calleja era homosexual?

Priebke sonrió y se recostó en el sillón.

—Calleja tenía miedo.

—¿Miedo de qué? —pregunté.

—Hace unos meses empezamos a recibir correos electrónicos y cartas anónimas con amenazas: decían que iban a matarnos a todos.

—¿Y le sorprende? —preguntó Balder con ironía.

—¿Y de ahí el miedo de Calleja? —pregunté.

—No por las amenazas. Eduardo tenía los pantalones muy bien puestos como para amedrentarse solo con eso. Tuvo miedo porque, a la semana de empezar a recibir los mails recriminándole que se uniera a un partido político y tachándole de traidor, empezaron a desaparecer integrantes de nuestro grupo por las noches.

» Nos informaron de que alguien nos estaba secuestrando. Primero dormían a las víctimas, que despertaban al sentir cortes de navaja en la piel y después les dejaban de nuevo fuera de combate. Horas más tarde recuperaban la consciencia en la cama de un hospital. Nunca encontraron al responsable.

» Eduardo vino llorando como una plañidera. Decía que quería abandonar el grupo, que tenía miedo a morir. Entonces yo le ayudé.

—¿Le ayudó? —pregunté un poco incrédula.

—Eduardo era prácticamente un hijo para mí, no estaba dispuesto a verle

morir, por lo que decidimos manchar su honor. Lancé un rumor acerca de que era homosexual y había sido visto en locales de ese ambiente en actitudes cariñosas con otros maricones.

—Para un grupo neonazi, tener a un gay en sus filas es una vergüenza — señaló Nabar.

—Después de aquello no tardó mucho en esfumarse, sabía que si quedaba mucho tiempo sería el propio grupo el que acabase con él —continuó Priebke—. En una ocasión se puso en contacto conmigo para darme las gracias y ya no volví a tener noticias suyas.

—Muy bien. Es todo por ahora. Muchas gracias por su tiempo, Sr. Priebke —concluyó Nabar.

Salimos de la residencia y volvimos al coche.

—¿No deberíamos llevarle a comisaría? —le pregunté.

—Tiene casi noventa años, jamás le metería en el calabozo por muchos crímenes contra la humanidad que haya cometido —dijo.

—¿Crees que le exculparían?

—Le condenarían, pero no creo que llegara a cumplir su condena.

—¿Qué insinúas, que se suicidaría?

—Goering, uno de los peces gordos de los nazis lo hizo después de que le castigaran con la horca en Nüremberg —me informó Nabar mientras conducía—. Regresamos a comisaría.

—¿Y qué vamos a hacer allí?

—Ya lo verás —contestó enigmático

Permanecimos en silencio hasta llegar a la comisaría de Montjuïc. Una vez allí nos dirigimos directamente al despacho de la comisaria Gallego. Estaba reunida con el Inspector Manuel Rodríguez y con otra mujer. No era más alta que yo, debía tener unos treinta años, con el cabello largo hasta la cintura y color rubio ceniza, piel blanca y ojos color avellana.

—Aquí están los agentes al cargo —anunció Rodríguez provocando que la mujer se girara—. Fiscal Ferrer Sáez, le presento a Andrea Harris y a...

—Nabar Balder —dijo la letrada adelantándose a la presentación.

—¿La conoces? —le susurré.

—Digamos que tuvimos una relación muy pasional —contestó sin molestarse en bajar la voz.

—Ignore las falacias de este galán de segunda —recomendó la abogada con una sonrisa —, y vayamos al grano: me han encargado el caso del neonazi.

—Un poco de respeto, por Dios —protestó el Inspector.

—He tenido el debido respeto con la víctima, Rodríguez. La verdad es que podría haberle llamado grandísimo...

—Está bien, está bien, les dejo solos —recoló el Inspector que, inmediatamente después, abandonó el despacho.

—Sigues teniendo el carácter fuerte —halagó Nabar.

Los dos se miraban con severidad, pero también con la complicidad de los que han compartido parte de su vida.

—Dejad de tontear vosotros dos. ¿Qué tenéis del caso? —preguntó la comisaria.

Me apresuré a relatarle lo que habíamos averiguado hasta el momento. La fiscal permaneció en silencio hasta que estalló de la risa con el asunto de la homosexualidad. Al concluir, aun riendo, fue hacia la salida, no sin antes animarnos a atrapar al culpable cuanto antes. Cerró las puertas y se fue. Gallego dijo algo a Nabar en *petit comité* y nos invitó a salir del despacho.

—Empecemos a trabajar, los demás nos están esperando abajo —dijo el Inspector Balder.

—¿A quiénes te refieres cuando dices los demás?

—En seguida lo sabrás.

Caminamos hasta una de las oficinas. El interior consistía en una sala

rectangular con una gran mesa ovalada en el centro, rodeada de sillones de cuero. A dos de sus ocupantes los reconocí enseguida: Bob y el Inspector Algorta. Había también dos mujeres: una con rasgos asiáticos que recordé de la Sagrada Familia y otra, una morena de melena larga rizada y los ojos verde esmeralda. Vestía elegante y sensual, como esas féminas adineradas de las películas de mafiosos. Sentado en el otro extremo había un joven de piel bronceada, pelo teñido de rubio y un aire a esos chulitos surferos de Los Ángeles.

Nabar se acomodó en uno de los dos asientos libres y yo lo hice en el otro, entre Myers y él.

—Bien, ¿os han informado a todos acerca del por qué estáis aquí?

Al ver nuestra negativa, Balder suspiró resignado y carraspeó para aclarar su garganta.

—Estáis aquí porque yo lo solicité. Habéis sido elegidos por vuestras cualidades y experiencia.

» Nino Carranza —nombró mientras apuntaba con el dedo—, llegado desde la Unidad de Drogas y Crimen Organizado (UDYCO) del sector sur peninsular, especialista en narcotráfico, conoce cada droga que hay en la calle y todos los detalles de los movimientos de contrabando y del *modus operandi* de yonquis y camellos.

Miramos al joven de cabello rubio. Temblaba violentamente, aunque hacía grandes esfuerzos, en vano, por controlarlo.

—No exagere, eso seguro que lo di... di... dijo mi jefe —respondió halagado y tartamudeando.

—Pues espero que esas exageraciones sean ciertas; y no solo las que hablan de usted, sino también aquellas que aluden a la Srta. Sofía LaPaglia.

La mujer de melena azabache le lanzó una mirada pícara, a la vez que se mordía el labio inferior.

—Si no me equivoco fue asesina a sueldo —informó fríamente.

Aquella inesperada noticia nos impactó. Todos parecieron sorprendidos salvo Nabar, que pareció no darle ninguna importancia. La miró con curiosidad unos instantes y prosiguió.

—Sin embargo, también hay informes que indican que ha colaborado con la Policía en numerosas ocasiones realizando análisis de comportamiento y conducta de asesinos. Por eso está aquí —continuó.

—Un momento —protestó Bob levantándose—. ¿Vamos a trabajar con una asesina?

—Ya no lo es —replicó el detective—. Ahora nos ayudará en este caso y en los siguientes... siempre que sea requerida.

—No estoy de acuerdo —protestó nuevamente—. ¿Cómo sabes que no nos traicionará?

—Podría preguntarme lo mismo sobre ti o sobre cualquiera de los demás.

Indignado, pero sin replicar, se volvió a sentar mirando con desconfianza a Sofía.

—También espero lo mejor del veterano Andoni Algorta y de la doctora Clara Nakamura.

—Por supuesto —aseguró Algorta.

—Delo por hecho Balder *San* —contestó la forense.

—Así como de los hijos de América.

Bob y yo nos limitamos a inclinar la cabeza.

—Hechas las presentaciones, empecemos a trabajar —finalizó Balder.

Durante las siguientes horas, expusimos las pruebas y comentamos nuestras teorías sobre el caso, apuntando todo en una enorme pizarra blanca portátil.

Sofía analizaba las fotos del cadáver. Aseguraba que los cortes más superficiales del cuerpo de la víctima no eran de un primerizo, sino de alguien que había asesinado o usado armas blancas con anterioridad. Las heridas de

Calleja, tanto la de la estrella como la amputación de la cara, habían sido hechas a sangre fría. Afirmó con rotundidad que no se había usado un cuchillo de carnicero o de combate, sino un bisturí.

Nakamura tomó la palabra para indicar que en el cuerpo de la víctima habían hallado restos de arena, y también manchas de sangre en unas bolsas de basura que encontraron en un contenedor cercano a la catedral.

—El asesino envolvió el cadáver como si fuera una bolsa de desperdicios, simuló que iba a tirarlo y después lo llevó a su destino final.

Comenzó a sonar un smartphone con la melodía de *Sussudio* de Phil Collins.

—Balder —contestó.

Estuvo unos segundos hablando por teléfono, bramó blasfemias a su interlocutor y colgó. Nos miró con gesto serio.

—¿Ocurre algo? —quiso saber Bob.

—Han encontrado una nueva víctima —anunció con voz grave—. Tiene la misma estrella en el pecho que Calleja y también la máscara de porcelana cubriéndole la cara.

—¿Dónde la han hallado?

—En Granada —detuvo su respuesta para hacer una pausa dramática, y continuó—. En el Palacio de la Alhambra.

6

El viaje fue largo e incómodo. Intenté dormir, pero en mis oídos retumbaba el chirrido de las ruedas metálicas del AVE desplazándose sobre los raíles dirección Granada. Tardamos alrededor de siete horas y media, en las que pude estudiar mejor a mis compañeros. Bob hablaba con Nakamura y Algorta. Estaba de bastante buen humor. Probablemente al ser los más veteranos tendrían muchas vivencias que contarse. Además, Bob Myers llevaba bastante tiempo en España y seguramente habría trabajado en varias ocasiones con ellos: se le veía realmente cómodo en la charla.

—¡Por los cojones de mi padre!

El grito me sobresaltó y me giré en dirección a Nabar, que se encontraba en el pasillo caminando de un lado a otro mientras hablaba por su móvil.

—¡O despejan la zona o sabrán lo que es una demanda de tres pares de huevos!

—¿Siempre habla así para pedir que desalojen la escena de un crimen? — pregunté a Sofía, que estaba a mi lado, muy a mi pesar.

—Si yo te contara... —respondió divertida.

El joven Carranza estaba delante de nosotras riéndose de nuestros comentarios —sin dejar de tiritar, por supuesto. Hasta llegué a preguntarme si tendría Parkinson prematuro o un tremendo síndrome de abstinencia por alguna adicción—. Cada vez que me detenía a mirar a mi alrededor, siempre me venía a la cabeza la misma pregunta: ¿Por qué Nabar confiaba en individuos con antecedentes?

El tren deceleró y por la ventana vi cómo nos acercábamos a la estación. Cuando al fin frenó, las puertas se abrieron y desalojamos el vagón. Caminamos por el arcén hacia la salida, donde nos esperaban dos patrullas de

la Policía Nacional.

—¡Vamos, no os quedéis ahí parados! —ordenó Bob—. Hay un cadáver que nos reclama.

Nos dividimos en dos grupos: uno de cuatro y otro de tres —que formábamos Clara, Balder y yo—, y nos dirigimos hacia nuestro destino a toda velocidad.

—Sigo pensando que era más seguro y más rápido haber venido en helicóptero —dije al fin.

—Con estos trasbordos estamos tardando demasiado, muchas pruebas ya habrán sido alteradas —apostilló Clara—. Pero Nabar hizo oídos sordos y nos ignoró por completo.

«¡No entiendo sus métodos! La verdad, tengo la sensación de que me va volver loca un día de estos» pensé.

Cuando llegamos al Palacio Real de la Alhambra entendí por qué era candidata a ser nombrada una de las Siete Maravillas del Mundo. Su arquitectura islámica nazarí me dejó realmente fascinada, tanto que no me di cuenta de que Nabar me estaba presentando al Inspector de Policía de Granada. Éste nos relató cuál era la situación.

—Encontraron el cuerpo unos turistas suecos e informaron al vigilante, que no tardó en notificárnoslo.

—¿No han tocado nada, tal y como solicité? —preguntó el detective.

—Hemos cerrado el acceso al patio del Palacio del Emperador Carlos V. Nadie ha entrado. Como medida de seguridad se han confiscado todos los móviles y cámaras, tanto de video como fotográficas. También tenemos las grabaciones de las cámaras de vigilancia —contestó el Inspector.

Nos condujo al escenario situado en el interior del gran patio circular de corte renacentista. Tenía dos pisos: el inferior estaba presidido por columnas de estilo dórico de piedra pudinga, y el superior lo formaba una columnata

jónica, mucho más ligera. En el centro yacía el cuerpo. A medida que avanzábamos observé que la víctima no vestía como Eduardo Calleja, sino que usaba prendas de alta costura: *Channel* concretamente. La camisa desabrochada permitía ver en su torso las laceraciones con la forma de la estrella de David. Y, cubriéndole el rostro descarnado, una máscara idéntica a la de la primera víctima.

—¿Cuánto crees

que llevará muerto? —preguntó Balder a Clara, que cogió una de las muñecas de la víctima.

—El *rigor mortis* está muy presente —contestó—. Calculo que lleva muerto unos tres días.

Comenzó a fotografiar el cuerpo mientras continuaba dando su análisis particular de la situación.

—Para examinar todo el escenario con detalle habrá que cerrar el palacio al público —dijo.

No podía estar más de acuerdo con ella. No era solo el patio, sino toda la edificación que construyó el monarca en el interior de la Alhambra, la que se había convertido en un escenario a procesar.

—Hablaré con el director —dijo Algorta.

—No no es.... está aquí... ahora estará durmiendo —informó Carranza.

—Pues le tendremos que levantar de la cama. ¿Me acompaña? —le preguntó el veterano tras darle una amistosa palmada en la espalda.

—Con... con mucho gusto.

Dicho esto, salieron del escenario.

—Bien, al menos hay gente con iniciativa —celebró Sofía—. Iré a revisar las cámaras y móviles confiscados a ver si encuentro algo.

—No olvides las de seguridad —apuntó Bob Myers con desdén.

—¿Es que no se fía de mí, agente? —Preguntó sarcástica.

Myers resopló con resignación.

—¿Por qué no la acompañas, Nakamura? —propuso el afroamericano.

—Tengo que analizar el escenario.

—Por favor, ve a vigilarla —rogó con impaciencia.

—Vale vale —dijo ella—. No imaginas las ganas que tengo de estar con esa.

Se fueron dejándome sola con Myers y Balder; bueno, sola con Bob, porque Nabar había desaparecido. Lo busqué durante unos minutos sin éxito, hasta que finalmente apareció.

—¿A dónde has ido? —interrogué.

No obtuve respuesta. Comenzó a olfatear con insistencia, como si fuera un perro que busca un rastro.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Bob algo irritado.

Nos ignoró y continuó con su tarea. Caminó por los alrededores, olisqueó el cuerpo durante varios segundos y luego se aproximó, acercándose hasta llegar a mi cuello e inspiró profundamente.

—Me estas asustando —le dije nerviosa.

—¿Es que no lo notáis? —preguntó rompiendo su silencio.

—¿El qué? —preguntó Bob.

—Este olor.

—Será el cuerpo —respondí paciente.

Inspiré profundamente esperando sentir el hedor a podrido del cadáver, pero fue entonces cuando entendí a qué se refería. Noapestaba a descomposición por extraño que pareciera; el maldito cadáver olía bien: era un olor dulce y un poco floral.

—Dado que estamos en invierno, es normal que el cuerpo tarde en descomponerse —dijo Bob intentando explicar la situación.

—¿Y por eso huele a perfume? —cuestioné dubitativa.

—Eso no es lo que me intriga. Lo que me llama la atención es que es el mismo aroma que desprendía Eduardo Calleja cuando le encontramos — aclaró Nabar.

—¿Oliste el cuerpo de la primera víctima?

—Poner los cinco sentidos es parte de nuestro trabajo, que tengáis la nariz taponada no es mi problema.

Mientras me devoraban las ganas de abofetearle, Bob estaba hurgándole los bolsillos a la víctima. Extrajo una cartera de piel negra de uno de los traseros del pantalón, miró en el interior y, segundos después, abrió los ojos de par en par, como si hubiese visto un fantasma.

—Balder —llamó Bob a media voz.

Nabar maldijo una y otra vez al tiempo que lanzaba puñetazos al aire. Nos unimos a él y vimos lo que había descubierto: era su identificación. Se llamaba Rafael Ortiz y, según la fecha de nacimiento, tenía veintinueve años.

Conforme iban regresando Clara, Sofia y Algorta, Bob les enseñaba el DNI y ellos mostraban la misma reacción.

—Perdonadme, pero... ¿se puede saber quién demonios es? —dije un poco harta al no saber qué estaba pasando.

—Es el hermano del candidato a Presidente del Gobierno Armando Ortiz —respondió Clara.

—¿Su hermano? —pregunté sorprendida.

—Es el líder del principal partido de la oposición —puntualizó Algorta mirando el cadáver.

—¿Del SP (Sentir Popular)? —pregunté algo confusa.

Vale, lo reconozco, no tengo ni la más remota idea de los partidos políticos de España, solo recuerdo a un presidente que dio su apoyo a la misión llevada a cabo por el expresidente Randolf Bletsoe para abatir una de las peores dictaduras de Oriente Medio y que, finalmente, no fue todo lo exitosa que se

preveía. Agustín Lozano, creo que se llamaba.

—No exactamente —replicó Sofía—. Sentir Popular realiza políticas de derechas, pero el hermano del presidente encabezaba el movimiento de la extrema Derecha: El Partido Derecha Ciudadana.

—El PDC —continuó Algorta —fue fundado a principios de la crisis económica. Armando Ortiz se presentó ante el congreso mostrando sus principios y sus ideas políticas. Debido al enfado de la gente con el gobierno y la oposición, sus palabras convencieron a muchísimos votantes, en especial a las clases medias-bajas, dejando a Sentir Popular como el tercer partido más importante del país.

» La izquierda no tuvo más remedio que pactar con sus enemigos para obtener la mayoría suficiente y ganar las elecciones. Sin embargo, ahora las cosas han cambiado y, después de la dimisión del presidente socialista Salazar, el nuevo jefe de gobierno, Ricardo Mateos, dirige con una política que roza la derecha, pero más centrada —aclaró Sofía.

—No podremos ocultárselo a la prensa durante mucho tiempo —dijo pensativa.

—Entonces tendremos que resolver este caso antes de que esos perros amarillistas se nos echen encima— contestó Balder sin inmutarse.

Nos disponíamos a continuar con el trabajo cuando unas voces resonaron en el patio. Carranza apareció arrastrando con dificultad a un individuo. Al llegar al lugar donde nos encontrábamos, vimos de quién se trataba. No era más que un chico de unos veinte años, ataviado con una chaqueta gris, en cuyo lado derecho lucía una etiqueta en la que se podía leer: *Alpha*. Llevaba puestos unos pantalones con estampado de camuflaje, el pelo rapado y botas militares con punta de acero. Era un *skinhead*.

—Su nombre es Pedro Aranda —dijo Carranza sin tartamudear—. Sofía lo vio por las cámaras de los exteriores y uno de los de seguridad que se

encontraban en la garita lo reconoció al instante. Solicitó a comisaría que lo localizaran y fui a recogerle para traerlo aquí. Estaba merodeando por los alrededores pocos minutos más tarde de ser descubierto el cadáver. Llevaba unas bolsas de...

—¡Oiga! —interrumpió el neonazi—. Esto es brutalidad policial. Tengo derechos. *¿S'ha enterao usté?*

Nabar se acercó por detrás y le dio una patada con fuerza en la parte posterior de una de sus rodillas para doblegarle.

—Hasta que no haya acabado contigo no tienes ningún derecho —amenazó el Inspector.

Aranda se levantó del suelo, Balder le agarró del cuello de la chaqueta y le obligó a mirarle a la cara.

—Ahora, montón de mierda, vas a explicarme por qué coño has traído ese cuerpo aquí.

—¡Por *favó!* —exclamó Aranda—. *¿Va a creerse lo ca disho ese champarrilla? Pero si está colocao...*

—Lo siento cariño, pero lo que dice el «colocao» es cierto. Apareces en las cámaras de seguridad cargando un bulto.

» El comisario Pérez nos ha dicho que eres un viejo conocido de la Policía, que ya has sido detenido por otros «patinazos» —rebatió Sofía.

Aranda se crujió los huesos de los dedos, suspiró y dijo con desgana:

—Vale vale, un colega que conocí en Sevilla, en la Feria de Abril del año *pasao*, me pidió un favor.

—¿Cargar con el cuerpo de una persona muerta? —pregunté escéptica.

—Eso es. Me dieron *oshocientos* euros por hacerlo, así que no pregunté, me dio las instrucciones y *ya'stá*.

—¿Y quieres que me lo crea? ¿Cómo sé que no lo mataste tú?

—¡Eh! ¡¿Qué dice *usté!*!

—Eres un tipo fuerte, de aspecto bastante intimidante y se te ve perfectamente capaz de asesinar a alguien.

—¡Que yo no he *matao* a nadie *yoli*!

—Eso dicen todos.

—Así que, *champarrilla*, empieza a hablar ahora mismo —amenacé finalmente.

—Dinos, si no fuiste tú, ¿quién te dijo que dejaras el cuerpo aquí? —continuó Bob.

—¡Que ya lo he *disho*, pollas! —gritó—, fue un conocido del grupo neonazi que conocí en la Feria el que me lo pidió.

—Pero ¿quién? Di un nombre —apremió Nabar.

El *skinhead* respiró profundamente y después de pensarlo unos segundos pronunció: «Eduardo Calleja».

Los instantes siguientes fueron de completa incertidumbre. Lo primero que pensé era que estaba loco, pero después imaginé que podría tratarse de una coincidencia. Hablaba de alguien llamado igual que la víctima de La Sagrada Familia. Sin embargo, cuando Balder le mostró la identificación de Calleja a Aranda, el neonazi confirmó que era la misma persona y nos contó que le entregó el cuerpo la mañana que tenía que dejar al fiambre en la Alhambra. Aquello me desconcertó nuevamente.

—Al parecer tenemos a un resucitado de entre los muertos —ironizó Nabar.

Era increíble. No es que no lo quisiera creer, es que no podía hacerlo. Era imposible que un hombre que llevaba muerto varios días decidiera regresar para matar a alguien y pagar a otra persona para exponerlo dentro de uno de los patios más ilustres de la Alhambra.

—Tenemos que registrar toda la zona, Nabar —aconsejó Algorta muy serio.

—¿Y a qué estáis esperando? —le contestó Nabar—. ¡Y sacad a este gilipollas de mi vista!

Después de que dos agentes se llevasen a Aranda a la comisaría, nos pusimos a investigar a fondo el Palacio del Emperador Carlos V, ampliando el radio de acción al resto de la Alhambra. Examinamos absolutamente todo con detalle. El gran inconveniente era la cantidad de personas que visitan el monumento cada día; esto descartaría la búsqueda de huellas.

Preguntamos a la pareja que había descubierto el cuerpo, pero la mujer era la única que parecía más calmada y dispuesta a cooperar. Su marido aún estaba alterado y no cesaba de blasfemar en sueco y a pleno pulmón. Después

preguntamos tanto a los vigilantes de seguridad como a los turistas, si habían visto al supuesto Eduardo Calleja, pero nadie sabía nada.

Nakamura y Algorta se marcharon en busca de más pruebas, mientras Bob y Carranza continuaron examinando a fondo la zona donde nos hallábamos. Nabar observaba el cadáver meditabundo. Al ver su concentración, y comprender que no podía ayudarle, decidí ausentarme del patio circular para revisar los alrededores. Caminé por calles con siglos de historia, construidas durante los reinados de Yusuf I a Muhammad V, tiempos en los que Andalucía era más conocida como *Al-Ándalus*. Llegué hasta la renacentista Sala de los Comadres y, posteriormente, al Salón de los Embajadores. Dejé de andar cuando estaba en la entrada del famoso Patio de los Leones, tenía un cordón que impedía el paso y un cartel que ponía:

«Clausurado a las visitas por reformas».

Ignoré la advertencia. El patio en sí no me llamó especialmente la atención salvo la fuente circular rodeada de leones tallados en piedra. Estaba a punto de retirarme cuando algo me llamó la atención. Estaba en el suelo, a cierta distancia de la fuente. Era como una sombra. Me acerqué con cautela. Parecía una tela curtida con la superficie en tonos burdeos y los bordes más oscuros. Alrededor se podían apreciar manchas de diferentes tonalidades en el pavimento. No había duda, era sangre. Rápidamente cogí el móvil y llamé a Nabar, y tras un par de tonos escuché su voz.

—Espero que tengas una buena razón para llamarme al móvil sabiendo que estoy a pocos metros de ti —contestó molesto.

—He encontrado algo —dije al fin—. Es la cara de Calleja.

Nabar permaneció en silencio durante unos segundos.

—¿Estás segura?

—Segurísima, la tengo delante.

Unos minutos después, su compañero apareció seguido del resto. Nakamura

empezó a fotografiar el lugar. Algorta y Carranza revisaron las entradas al Patio de los Leones; y Sofia, Myers, Balder y yo nos dedicamos a examinar el rostro.

—¿La habrá dejado por algún motivo? —preguntó Bob.

—No. Creo que se le ha caído por accidente. Si quisiera decirnos algo, no la habría colocado tan lejos de la víctima —contestó Sofia con frialdad.

Nabar cogió la cara con dos dedos y con una linterna empezó a examinarla. En ese preciso instante regresó Carranza con las manos unidas en forma de cuenco.

—He encontrado esto —informó mostrando lo que había encontrado.

—¿Trazos de cinta adhesiva? ¿Qué tienen de especial?

—Estaban a u... unos centímetros de la entrada.

—Estaban muy cerca de unas huellas de sangre. Al parecer nuestro asesino estuvo aquí —confirmó Algorta.

—Carranza, enseñámelos, por favor —solicitó Nabar.

Se acercó tembloroso al detective, quien aún examinaba el rostro y se los ofreció. Éste dejó la linterna y cogió uno de los pedazos. Lo miró durante un rato con el pellejo en la otra mano y vi cómo se formaba una ligera sonrisa en sus labios.

—Vaya, vaya, ya sé qué son estas escamas transparentes.

—¿Qué escamas? —preguntó Sofia.

Tuve que enfocar bien para ver a lo que se refería. Todo el interior de la cara estaba llena de pequeñas y brillantes escamas transparentes.

—No me digas que... —dije ahogando las palabras sin terminar la frase.

—Sí, es lo que temes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bob.

Cuando Nabar iba a contestar, apoyé mi mano sobre su hombro y empecé a sentir unas náuseas terribles. Me ayudó a sentarme en el suelo para que se me

pasaran.

—Esas escamas son provocadas por algunos tipos de pegamento al secar, la cinta adhesiva la usaría para algunos puntos en concreto del contorno, como pequeños seguros.

—¿Qu... qué quiere decir? —preguntó Carranza.

—Quiere decir que ha usado el rostro de Calleja para hacerse pasar por él —respondí recobrando la compostura.

—Nuestro asesino ha copiado a *Hannibal Lecter* en *El silencio de los corderos* —concluyó Balder al fin.

Para el viaje de vuelta, aceptando la petición de todo el equipo, Nabar decidió volver en helicóptero. Tres miembros del grupo fueron en uno y el resto en otro: ambos gentileza de la Policía Nacional de Granada. Varias horas después llegábamos a la comisaría en Barcelona. El cansancio se había apoderado completamente de mi cuerpo, los párpados se me cerraban y tenía la sensación de que toda la investigación me había dejado sin fuerzas. Sentía que aquel caso empezaba a venirme grande, incluso me planteé dejarlo. No lo hice por miedo a decepcionar a mi nueva jefa, e incluso a mi compañero. Aunque, a decir verdad, probablemente la comisaria lo comprendería y a Nabar le habría importado un comino. Con seguridad me habrían asignado otro caso, pero mi orgullo y tozudez opinaban lo contrario, no me perdonaría haber abandonado. Respiré hondo y decidí seguir para capturar a aquel maldito bastardo.

Tras llegar a Montjuïc, lo primero que hice fue ir a la zona de descanso donde se encontraba la cafetera y una máquina expendedora de snacks. Cogí una caja de *Mikado* y me preparé un café. Subí las escaleras y llegué al que era nuestro despacho. Me senté en el sillón, cogí un palito de chocolate y bebí un sorbo de café. Cuando terminé el tentempié me recosté en el asiento, dejé la mirada perdida y suspiré profundamente. Estaba sola, a nadie le importaría que me durmiera un poco.

—Pareces hecha polvo.

Una voz masculina me sobresaltó. Me giré a un lado y a otro hasta que lo vi. A primera vista me resultó un tipo bastante raro. Estaba sentado en uno de los sillones. Vestía tejanos azules, zapatillas deportivas y una camiseta bastante ajustada. Era delgado, pero bien definido y tenía una perilla

cuidadosamente recortada que no dejaba de acariciar.

Me llamó especialmente la atención que llevase gafas oscuras en el interior de una sala con las luces apagadas cuando aún no había amanecido.

—Disculpa, siento haberte asustado —se excusó con una sonrisa reluciente—. Permíteme que me presente, mi nombre es Ángel Balder Corega.

—¿Es pariente de Nabar?

No me miró a la cara, simplemente sonrió.

—¿Qué te hace pensar que soy pariente de esa persona? —me preguntó en un tono de voz difícil de descifrar.

—Tienen el mismo apellido —le contesté.

—Eso no basta. Seguro que habrá muchas personas con el mismo apellido.

Me quedé observando su rostro, no le pude ver los ojos porque sus gafas los ocultaban, pero pude observar ciertos rasgos semejantes.

—Se le parece bastante.

—Eres observadora y tampoco pareces tonta, ya entiendo por qué Nabar te escogió.

—Él no me escogió. Fue la comisaria Amanda Gallego.

No me dirigió la mirada en ningún momento, cada vez que hablaba parecía lo hiciera al vacío y eso empezó a fastidiarme.

—Bueno, ¿me cuentas qué habéis encontrado en Granada? —me preguntó, haciéndome recordar el caso de golpe. ¿Cómo diantre lo sabía? Quizá alguien de la comisaría le había informado, pero... ¿qué hacía en nuestra oficina?

—No podemos dar información de un caso a civiles —contesté irritada—. Aunque sea pariente de un compañero, es confidencial.

Arrugó la frente como si no entendiera qué estaba pasando. Por su aspecto calculé que tendría unos cuarenta años ¡y seguía sin mirarme el muy idiota! Me levanté del sillón para que me viera a la perfección. Seguía sin reaccionar.

—¿Me quiere usted mirar a la cara, maldita sea? —exploté.

Un instante después, el extremo de un bastón presionaba mi cuello.

—Un poco de respeto, niña. Seré ciego, pero mis oídos son más finos de lo que puedas imaginar.

Estaba avergonzada por no haberme dado cuenta. Por suerte, en ese momento aparecieron los demás por la puerta del despacho, encabezados por el Inspector Balder, que nos miraba con cierto interés.

—Creo que os llevaréis bien —dijo sonriendo—, ¿verdad *Hartigan*?

Ángel bajó su bastón y se apoyó en él con ambas manos.

—Odio que me llames así —contestó.

—Te veo mejor que en otros tiempos.

—Puesto que nadie me quiere explicar lo que pasó en...

—Un momento —interrumpí casi a gritos—. ¿Este hombre es policía?

La pregunta fue ignorada por todos, solo Bob se acercó y me cogió por el brazo para arrastrarme a un rincón apartado.

—Este tipo lleva más de veinte años trabajando con la policía.

—¿De qué me estás hablando? —le pregunté incrédula.

—Se trata de uno de los mejores agentes que esta comisaría ha tenido en muchos años —prosiguió—. Ha sido condecorado por el alcalde en dos ocasiones y cuenta con un buen registro de criminales detenidos en Cataluña, Comunidad Valenciana y Madrid.

—¿Has trabajado con él? —pregunté al recordar que en esas comunidades autónomas era donde él había estado con anterioridad.

—Sí, coincidimos tanto en Valencia como en Madrid. Hace dos años perdió la vista por razones que desconozco y no tengo ni idea de por qué ha vuelto.

Nakamura fue la última en entrar y, cuando vio a Ángel, se abrazó a él con cariño. También Algorta le estrechó la mano con una sonrisa de complicidad. Por último, Nabar se aclaró la garganta para que todos le oyésemos.

—Les presento al último integrante del equipo.

—Es una suerte y también un placer —dijo Algorta.

Ángel sonrió con un halo de orgullo y felicidad. Bob se acercó y le dio la mano, como los demás, y el nuevo integrante se la estrechó con firmeza.

—Bob, colega, ya no eres ningún un jovencito. Procura calmarte, tienes las pulsaciones a cien.

—Eso es por culpa de tu hermano, *Hartigan*, Nos tiene ocupados todo el día.

—¡Vaya! —exclamó Ángel—. Veo que vuelven los buenos tiempos.

—Querrás decir los malos —contradijo Clara.

—Los malos tiempos siempre son los mejores para ser policía —rebató—. Cuantos más criminales haya en la calle, más cobramos.

Esas palabras me recordaron a un compañero de la comisaría de Nueva York. Solía repetir una cita similar: «Cuanta más sangre llegue al río, más trabajo para nosotros». Era increíble lo sarcásticos que podían llegar a ser los más veteranos de la policía, pero con casos como éste, lo entendía a la perfección.

—Por eso pedí tu readmisión: para que nos puedas guiar en este camino —dijo Nabar.

—¿Estás insinuando que seré vuestro jefe?

—No te hagas ilusiones —negó Nabar entre risas—. Hay que volver al trabajo.

Nos sentamos en nuestros asientos y escuchamos a Balder atentamente.

—Son las ocho y media, sé que todos estamos muy cansados y que ha sido un largo día, pero tenemos que aguantar un poco más.

Dicho esto, cogió un rotulador que había encima de la mesa y empezó a escribir, llenando la pizarra.

—A ver, estas son nuestras tareas para hoy —continuó después de

apuntarlas—. Clara, irás al laboratorio e investigarás con los forenses. Necesitamos alguna prueba que nos lleve hasta el culpable.

—¿El cuerpo de Ortiz habrá llegado ya? —preguntó Clara.

—Eso espero, recuerda que tenemos que ser discretos y que nadie, salvo tú, puede saber de quién se trata —dijo Nabar.

—De acuerdo, Balder *San*.

Segundos después, Nakamura se dirigió escaleras abajo, hacia los laboratorios.

—Myers y Algorta. Vosotros iréis a casa de Calleja. Conseguid una orden de Ferrer.

—La orden la tiene que dar un juez —dijo Bob.

—Deja de vivir en la Edad de Piedra —le contesté—. ¿No sabes que ahora los fiscales tienen potestad para dar órdenes de registro?

—Pues no —reconoció Bob—. No lo sabía.

—Deberías comprarte una televisión —ironizó Ángel—, o leer más el periódico.

—LaPaglia y Harris —continuó Balder—. Vosotras iréis a la residencia del líder del grupo neonazi.

«¿Cómo?» me pregunté.

—Se llama Leonardo CarPELLI, actualmente está desempleado. No me importa cómo, pero quiero que le saquéis toda la información posible sobre las víctimas: dónde han estado, qué han comido, incluso cuándo echaron el último polvo. Quiero un informe con todos los detalles.

—Muy bien, *patrone* —aceptó Sofía—. Pero, ¿y si se niega a responder?

—¿No has oído lo de «me da igual cómo»?

—Entendido —confirmó endureciendo el rostro.

Tuve la sensación de que entre esos dos había algo. Alguna historia que provocó que se respetaran, aunque no estuvieran de acuerdo en muchas cosas.

—Ángel y yo iremos a la estación de Sants y al aeropuerto del Prat a ver si alguien le ha visto por allí. ¿Alguna objeción?

Nadie replicó nada.

—Bien —rompió el silencio—. Nos pondremos manos a la obra después de tomar un café y comer algo.

9

Después de hacernos viajar de Barcelona a Granada y vuelta, uno de los pocos detalles que tuvo con nosotros fue permitirnos tomar en silencio un café y unos pastelitos rellenos de chocolate, crema y mermelada, que nos dieron un respiro tras muchas horas de ayuno. Conversamos durante el desayuno hasta que dieron las diez de la mañana. Poco después, Bob y Algorta se levantaron y desaparecieron. Hasta que no terminé la tercera taza de café y la quinta pasta no me levanté del sillón, momento en el que Sofía hizo lo propio. Cuando llegamos a su coche, un Suzuki gris metalizado con las lunas tintadas, Sofía me sujetó de la muñeca para ponerse delante de mí provocando que diera un respingo y la apartara de inmediato.

—Oye... —me dijo—. Relájate, no voy a hacerte nada.

Mi mirada se volvió más intensa, dejando patente toda la repulsión que sentía hacia ella.

—¿Cómo quieres que me relaje? —contesté.

—Sé que no confías en mí.

—¡Claro que no! ¡Eres una asesina a sueldo!

—Ex —contestó armada de paciencia.

—¿Y qué más da? Debería detenerte ahora mismo por todas las personas que has matado. No entiendo cómo Nabar confía en ti.

—Eso es problema nuestro. Aunque tienes razón en una cosa... deberías arrestarme. La cuestión es que solo pasarían un par de horas desde el mismo momento en que lo hicieses hasta que me fuera de rositas.

—¿A qué te refieres? —pregunté alzando una ceja—. No me lo digas... Nabar te sacaría de allí.

—En este caso, el guapo de Balder no tiene nada que ver.

—¿Entonces?

—Ya te enterarás si llega el momento.

Acto seguido, el silencio se acomodó entre nosotras. Subimos en el coche y nos marchamos de allí. Durante todo el trayecto escuchamos en el equipo de música la inconfundible voz de Tiziano Ferro.

—¿Este tío no fue tachado de racista hace tiempo? —pregunté.

—Fue en México donde nació el bulo. Suele suceder, basta decir algo fuera de lugar y pasa lo que pasa.

No volvimos a abrir la boca durante un largo rato.

—¿Sabes dónde vive? —pregunté rompiendo el silencio.

—¿Quién?

—Leonardo Carpelli

—Sí, descuida. Balder me dio su dirección.

—¿Por qué crees que el Inspector quiere resolver este caso?

—¿A qué viene esa pregunta?

—No sé, las víctimas son delincuentes neonazis, han pegado y matado a mucha gente. Muy pocas personas moverían un dedo por ellos.

—Sé a qué te refieres. Creo que lo encuentra divertido.

—¿Divertido? ¿Es que se cree *Sherlock Holmes*?

—Algo así, aunque puede que sus razones sean otras.

Cogimos un desvío hacia L'Hospitalet de Llobregat y la casualidad quiso que acabáramos en la misma localidad donde residía nuestra primera víctima. Cruzamos un callejón hasta llegar al barrio de Collblanc, donde Sofía aparcó el coche cerca de un comercio chino. Bajamos del vehículo y comenzamos a buscar la calle, parando para preguntar en alguna ocasión. Fue una mujer de avanzada edad quien nos indicó el lugar exacto.

Llegamos a la calle Oriente, de aspecto deprimente y apagado. Durante nuestro camino vi mucha gente de origen latino, magrebí y chino, lo cual hizo

que me planteara qué hacía un líder de un grupo neonazi viviendo en un barrio como ese.

Portal número 57-59. Un hombre nos dio acceso al interior del bloque. El edificio carecía de ascensor, así que subimos andando hasta llegar a la segunda planta. Paramos frente al número dos, llamamos al timbre y, segundos más tarde, escuchamos unos gritos en el interior que me sobresaltaron. Llamamos de nuevo y sentimos cómo alguien se acercaba. La puerta se abrió de manera intempestiva para mostrarnos a un hombre alto y grasiento, de unos cuarenta años. Pero lo peor no fueron sus malas formas, lo más asqueroso de aquel tipo era que nos había recibido como Dios le trajo al mundo.

—*Bene...* ¿Qué quieren? —preguntó con acento italiano.

Le enseñamos nuestras placas y su rostro palideció, aunque permaneció con una estúpida sonrisa.

—Que haga el favor de ponerse unos pantalones —respondí desviando la mirada.

—Y hágalo rápido —añadió Sofía—. *¡Presto!*

Después de que Carpelli se mirara las pelotas, nos regaló una mirada pícara y nos invitó a pasar. Inmediatamente después, se dirigió al baño para reaparecer vestido con unos pantalones de lino.

—*Molto bene*, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Sr. Carpelli. Venimos a preguntarle sobre Rafael Ortiz.

—¿El hermano del candidato a la Presidencia del Gobierno? —preguntó con fingido asombro.

—El mismo —Sofía se giró para informarme—. Dentro de cuatro meses se celebran Elecciones Generales, con Armando Ortiz a la cabeza del PDC y Ricardo Mateos como presidente del Partido Socialista Popular.

—*Il signore* Mateo no tiene oportunidad contra el Presidente Ortiz —dijo Carpelli—. La prueba es que aquella estúpida alianza entre populares y

socialistas no ha funcionado como creían. Demasiada corrupción en ambos partidos.

—Eso fue hace un año.

—Se están enfrentando a lo inevitable —interrumpió Carpelli—. La extrema derecha está creciendo como la espuma.

—Volvamos al tema —zanjó impaciente—. Tenemos pruebas de que pertenecía a su organización neonazi.

—No soy de ninguna organización —dijo con gesto molesto—. Ser fascista no significa ser...

—¡Eh! Deje de tomarnos por idiotas. Existen pruebas y hay testigos que lo confirman, así que, o colabora o le denunció por obstrucción a la autoridad y por no tener los papeles de residencia en regla.

En realidad, no había nada donde agarrarnos, pero tenía los nervios a flor de piel y aquel tipo asqueroso me empujó a tirarme un farol. Unos segundos después de la amenaza, apretó los dientes remarcando su mandíbula cuadrada.

—¿Es normal que esté tan alterada? Debería dormir más. Si me disculpan, bellas *ragazzas*, creo que no puedo ayudarlas...

Antes de concluir la frase, su voz se ahogó en un gemido de dolor y sus ojos parecieron salirse de las órbitas. Sofía le había agarrado de los huevos con fuerza.

—Claro que nos ayudará —dijo con voz coqueta—. Y lo hará con mucho gusto... ¿verdad?

Apretó con más fuerza, y Carpelli, sin poder pronunciar palabra, asintió con la cabeza. Sofía le soltó, pero no se alejó.

—Háblenos de Eduardo Calleja y de Rafael Ortiz —ordené.

Maldijo un par de veces y empezó a cantar. La información que nos facilitó de Calleja ya la conocíamos y la parte que no sabíamos, era completamente irrelevante.

—Al cabo de un año se unieron a la organización dos personas más: Rafael Ortiz, el hermano del Presidente, era uno de ellos y Calleja, el otro. Se hicieron inseparables.

—¿Qué solían hacer juntos? —pregunté.

—Pues lo que hacemos habitualmente: perseguir a rojos, maricones, sudacas, moros...

—No me refería a eso —interrumpí.

—¡Ah!, habla de esos *porcos* rumores... —dijo Carpelli mirando de reojo a Sofía—. No, no eran maricones. Al menos Ortiz.

—¿A qué se refiere? —interrogó Sofía.

—Las habladurías sobre que había un homosexual entre nosotros iban dirigidas a Calleja. Sobre Ortiz empezaron a circular otros rumores.

—¿Qué rumores? —pregunté interesada.

—Se decía que había estado robando en las casas de otros miembros del grupo.

«Un buen motivo para matar a alguien» pensé.

—Era mentira, el pobre muchacho ha aguantado y sigue aguantando las presiones de ser el hermano menor de un político. Gente como él nos va a hacer falta en la nueva España.

—Creo que ya está bien de tonterías y que nos cuente lo que realmente sabe —dijo Sofía.

—¿*Cosa ha detto?* —preguntó en italiano Carpelli.

—Rafael ha muerto —confesé—. De la misma forma que murió Calleja.

Carpelli se quedó lívido como un fantasma, suspiró con fuerza y pareció musitar algo. Se tapaba la boca mientras susurraba una y otra vez: «Dios mío, Dios mío, Dios mío».

—*Signore prega*, lo que les voy a contar no puede salir de aquí —dijo

mientras nos enseñaba un buen fajo de billetes de cincuenta euros que extrajo de uno de los bolsillos del pantalón.

—No sé a qué policías habrá sobornado antes, pero ni se le ocurra intentarlo con nosotras —rechazó Sofía—. Así que siéntese de nuevo y empiece a relatar eso tan importante que nos tiene que decir.

Carpelli se sentó otra vez y suspiró profundamente.

—Hace cosa de dos meses nuestro grupo empezó a sufrir ataques —continuó.

—Lo sabemos.

—*Bene*, después de esos ataques recibimos un mensaje muy preocupante.

—¿Un mensaje? —preguntó Sofía.

—Bueno, más bien se trataba de un DVD. Al reproducirlo, vimos que era un archivo de video en el que hablaba un hombre tapado con capirote y túnica color bermellón muy parecida a la de una cofradía de Semana Santa. Pero lo que más nos llamó la atención fue que tenía nuestro símbolo en el pecho. La voz estaba distorsionada, así que fue imposible reconocerla. Nos llamaba inútiles y maricas, y decía que por mucho que escarmentáramos a moros, negros y demás basura de fuera, no estábamos representando lo que había dictado el *Führer*.

—¿Por qué no lo notificaron a la policía? —pregunté molesta.

—No creímos que tuviera relación —se excusó Carpelli.

—Aunque lo que dijo era cierto —dijo Sofía—. Los nazis de ahora no sois ni la mitad de lo que fueron vuestros predecesores.

No sé si lo dijo porque admiraba realmente su ideología o para que Carpelli se enfrentara a ella. Me decanté por la segunda razón por la cara de pocos amigos del italiano. Sofía solo necesitó acercarle de nuevo la mano a su entrepierna para que volviera a cambiar el gesto por completo.

—Después dijo que estábamos podridos y que tendríamos que hacer

limpieza entre nuestra propia inmundicia.

Calló y respiró unos segundos.

—Ese video —dije—, ¿se envió antes o después de que divulgaran los rumores?

Carpelli no respondió enseguida, tuvo que pensarlo unos segundos.

—Fue enviado un par de semanas después.

—Está bien *signore*. Con esto es suficiente, ya tenemos lo que buscábamos. ¿Nos vamos Agente Harris? —concluyó Sofia.

Tras cerrar la puerta, oímos desde el descansillo cómo nuestro testigo gritaba a pleno pulmón: «¡*Donne maledette, vaffanculo!*!».

—¿Era necesario que le cogieras de las pelotas? —le pregunté a Sofia al llegar al coche—. Nos podría demandar.

—Ya ha demostrado lo machista que es. Dudo que pase por la «humillación» que supondría para él una denuncia por agresión por parte de una mujer.

Lanzó una sonora carcajada y arrancó el motor para volver a la comisaría.

10

Ya de regreso en la comisaría, no vimos a nadie del equipo. Me acomodé en mi sillón. Segundos después me había quedado dormida. No sé cuánto tiempo habría pasado cuando mi cuerpo comenzó a temblar provocando que despertara sobresaltada de un sueño profundo. Abrí ligeramente los ojos para descubrir que alguien me zarandeaba suavemente. Alcé la vista y tropecé con unos ojos marrones que me observaban fijamente.

—¿Estás bien? —preguntó Nabar.

—Sí —respondí, aunque realmente no lo estaba.

—Perfecto, no tenemos más tiempo que perder.

Y yo que esperaba un «¿seguro que estás bien?». Ángel caminaba por el despacho ayudándose de su bastón mientras hablaba con Sofía, sentada a un metro de él. Miré el reloj del despacho: me había quedado dormida cerca de dos horas.

—¿Así que tenemos un sospechoso más? —dijo Ángel—. La existencia del video puede demostrar que ya tenía seleccionadas a sus víctimas.

—Y muy bien planificado —agregó Sofía.

—No es suficiente —lamentó Nabar—. Recordad que tenemos a Manuel Rodríguez trabajando también en este caso.

—¿Temes que exponga otras hipótesis? —pregunto Ángel.

—No lo temo, sé que lo hará —contestó Balder.

Me senté al lado de Sofía y estuvimos revisando los papeles que habían traído del aeropuerto. De repente LaPaglia se levantó con unos listados en la mano y se los enseñó al detective.

—Aquí pone que Eduardo Calleja tomó un avión el martes a las diez de la noche.

—Coincide con la fecha del descubrimiento de su cuerpo sin cara en la Sagrada Familia —añadí—. Pero, ¿no se necesita un carnet de identidad para poder volar? —pregunté mirando a Nabar, ya que él le había identificado en la catedral.

—No hace falta que me mires así. En su cartera solo estaba el permiso de conducir.

—Pero, ¿cómo transportó el cuerpo de Rafael Ortiz en avión? —preguntó Ángel.

—¿Saltándose todos los sistemas de seguridad? —sumó Sofía.

—Bueno, eso ya lo averiguaremos en otro momento. Primero se planea la caza de la gacela, luego se piensa cómo despellejarla y después, por supuesto, cómo comerla —apuntó Balder.

—Primero atrapemos a nuestro asesino. Las explicaciones vendrán después —explicó Ángel en voz alta para asegurarse de que todos le escuchábamos.

En ese mismo instante, la puerta se abrió y apareció Clara Nakamura, con bata blanca y guantes de látex, sujetando unos dossiers.

—He estado estudiando los cuerpos tal y como me pediste, Balder, y he encontrado algo muy peculiar.

—¿Qué es eso tan característico? —cuestioné.

—En el cuero cabelludo de Rafael Ortiz había restos de...

—Al grano —apremió Balder.

—Gomina —concluyó algo ofendida.

—¿Y qué tiene eso de interesante?

—Viendo cómo estaban las víctimas, sin rostro, descarnados y con unas heridas de muy mal gusto, la verdad...

—¡Clara! —apremió Sofía.

—Me llamó la atención que iban muy bien vestidos. Eduardo Calleja no tenía el dinero que Ortiz, pero también llevaba ropa cara.

—¿Pensáis que el asesino engalanó a sus víctimas antes de matarlos? —preguntó Ángel.

—No había sangre en la ropa de las víctimas —contestó la asiática.

Sofía se levantó y se quedó mirando la pizarra blanca con las fotos de las víctimas, con los ya habituales garabatos. Estuvo como ausente un buen rato y entonces habló para decir una única palabra.

—Respeto.

—¿Cómo dices? —preguntó Nabar.

—Respeto. Nuestro asesino les respetaba.

—¿A qué te refieres? —questioné.

—Tanatopraxia. En un tanatorio, ¿cómo está vestido normalmente el muerto?

—Con sus mejores galas —contestó Nabar adelantándose a mi respuesta.

—Nuestro asesino nos está demostrando que, aunque les repudiaba, también les respetaba lo suficiente como para hacerles a cada uno un funeral —concretó Sofía.

—¿Encontraste huellas o algo en la ropa de las víctimas que pueda ayudarnos? —preguntó Nabar.

—Aún no las he analizado—admitió Clara—. Pero sí que he visto algo en uno de los cuerpos que podría delatar a nuestro asesino.

—¿El qué? —indagó Ángel.

—Restos de piel humana debajo de las uñas de la víctima número dos.

—¿Has podido identificarla? —pregunté.

—Me llevó casi una hora. Se trata de...

—¡Joanna Avalos! —La voz del veterano agente Algorta surgió desde la entrada provocando que nos girásemos hacia él y Myers, que justo ingresaban en ese momento.

—¿Cómo sabías que era ella? La acabo de identificar.

—Perdona, no lo sabía. La he nombrado porque acabamos de encontrarla en el piso de Eduardo Calleja.

—Lo estaba destrozando todo cuando llegamos. Forzamos la puerta al escuchar jaleo, ella se asustó y se lanzó por la ventana —continuó Bob.

—Menos mal que estábamos en un bajo —continuó Algorta—. Bob la pudo coger a tiempo.

—¿Qué más? —exigió Nabar.

—No ha querido responder a nuestras preguntas —prosiguió Bob—. La hemos detenido por allanamiento.

—Está en la sala de interrogatorios —concluyó Algorta.

Nabar permaneció inmóvil observando la pizarra, solo sus ojos se movían de un lado a otro. Súbitamente salió del despacho y descendió corriendo por las escaleras. Salimos tras él sin perder un segundo y pasamos raudos por un estrecho corredor hasta llegar a una puerta que quedaba a mano izquierda. Balder cruzó la puerta de la sala de interrogatorios y el resto pasamos a la estancia anexa. Estaba oscura y había un par de filas de sillas donde tomaron asiento cada uno de mis compañeros. Yo hice lo propio situándome junto a Algorta y Bob. Delante de nuestros ojos un enorme cristal mostraba el interior de la habitación aledaña donde se encontraba Nabar junto a una mujer. Al contrario que nosotros, ellos no podían vernos debido a las características del cristal. Observé a la mujer del otro lado: no llegaba a los treinta años, cabello color morena no excesivamente largo, ojos grises y expresión de miedo e incertidumbre.

Nabar se presentó cordialmente y ella le respondió con una media sonrisa sin dejar de cogerse el brazo derecho con la mano izquierda, como protegiéndose.

—Según mis hombres —comenzó el detective—, se hallaba usted en el apartamento del Sr. Calleja, ¿me podría decir qué hacía usted allí?

—Ya se lo expliqué a los otros agentes: estaba en la casa de mi novio. ¿Es un delito esperarle allí? — contestó la Srta. Avalos.

—¿Es usted novia de Eduardo Calleja?

—Sí.

—¿Por qué las tías más buenas están siempre como putas cabras? —dijo Nabar en voz baja.

—¿Perdón?

—No nada. ¿Sabía usted que su novio era un *skinhead*?

—Lo sabía.

Tras la ventana pude comprobar cómo Nabar tragaba saliva antes de continuar preguntando.

—¿Sabe usted que ha muerto?

La pregunta parecía haberle caído por sorpresa a la interrogada. Cogió una fuerte bocanada de aire y le empezaron a brillar los ojos con una mezcla de tristeza y rabia.

—Si esto es una broma, no tiene la más mínima gracia.

Balder le explicó lo que le sucedió a Calleja obviando los detalles más escabrosos.

—¿Conoce usted a Rafael Ortiz?

La Srta. Avalos no contestó enseguida, antes se enjugó las lágrimas.

—No, salvo por lo que dicen en la televisión de él —le contestó.

—Mentira —dijo Clara tras de mí.

Nabar se quedó observando a la joven unos segundos y su mirada se tornó incisiva. Acababa de comprender que la segunda de las víctimas había hecho algo más grave que robar en las casas de otros miembros.

—Srta. Avalos, es delito mentir en un interrogatorio. Usted sí le conoce.

—No entiendo a qué se refiere.

—A que usted fue violada por el Sr. Ortiz. Hemos hallado restos de su piel

bajo las uñas del cadáver. Además, se tapa con bastante frecuencia el brazo derecho... ¿arañazos? Sospecho que se los hizo él.

—¿Solo por eso?

—No, también tiene hematomas bajo ese espeso maquillaje con el que ha intentado disimularlos, pero sus lágrimas la han traicionado.

Joanna Avalos cogió una toallita que tenía en su bolso y empezó a desmaquillarse mostrando un ojo morado, los labios cortados y una mejilla muy sonrojada.

—Estaba en casa de Eduardo —comenzó a relatar—. No le veía desde hacía tres días y eso empezó a preocuparme. Tenía una copia de la llave así que me fue sencillo entrar, pero no encontré a Eduardo. Justo cuando dejé de buscarle apareció ese cabrón.

Relató cómo Rafael Ortiz empezó a violarla, cómo le desgarró la ropa y le golpeó con ambas manos. Lo explicó con tanta rabia y dolor que se me encogió el estómago e hizo que mis compañeros soltasen alguna que otra maldición.

—Pero lo más extraño de todo fue que, después de que ese bastardo hijo de puta se corriese dentro de mí, alguien entró en la habitación, le golpeó la cabeza con algo hasta dejarle inconsciente, lo cargó a hombros y se largó corriendo.

—¿Pudo verle la cara? —preguntó Nabar ansioso.

—No —dijo negando con la cabeza—. Iba cubierto de pies a cabeza.

Nabar, tras escucharla atentamente, le apretó el hombro con la mano en señal de apoyo. Luego se encaminó a la puerta no sin antes solicitarle que se hiciera un examen médico y nos enviara el informe.

—Sr. Balder, recuerdo algo más —apuntó cuando Balder ya abría la puerta para salir—. La persona que se abalanzó sobre Ortiz no paraba de repetir *Mein Kampf* con acento alemán.

Me extrañó escuchar el título que Adolf Hitler puso a su libro. Nabar se mantuvo en el umbral unos instantes digiriendo la información hasta que decidió salir. Entró en la sala anexa con cara de preocupación.

—¿Un alemán adepto al sistema del *Führer*? —preguntó Bob.

—No lo sé, de momento es lo único que tenemos. Al parecer nuestro «matanazis» tiene estudiados todos sus movimientos: dónde dormían, dónde comían y hasta dónde tenían sus reuniones privadas.

—Carpelli nos habló del video, pero estamos esperando a que nos lo traigan.

Nakamura iba a intervenir cuando le interrumpió el estruendo ocasionado por la puerta al chocar contra la pared. Bajo el umbral se encontraba Carranza, que respiraba con muchísima dificultad.

—¿Dónde estabas? —pregunté.

—Cumpliendo órdenes de Balder —manifestó intentando no temblar.

—¿Qué orden? —preguntó el viejo Algorta, mirando de reojo a Nabar.

—Vigilar a Armando Ortiz —aclaró Nabar—. Sospecho que él puede ser el siguiente.

—¿Y Ortiz está aquí, en Barcelona? —preguntó Sofía cruzándose de brazos.

—Sí, tiene un acto político en Cornellá —informó Ángel—. Un acto para criticar algunas decisiones del gobierno.

—Si está en Cornellá, ¿qué haces tú aquí? —dijo Bob.

Carranza empezó a temblar con nerviosismo.

—Alguien se ha chivado y Ortiz se ha enterado de la muerte de su hermano —se adelantó Clara—. Por eso estás de vuelta. Ortiz se dirige hacia aquí, ¿verdad?

—No... se... No se dirige hacia aquí —dijo Nino Carranza.

—¿Cómo? —pregunté sin entender.

—Ortiz ya está aquí. Gallego está reunida con él.

Justo después de conocer aquella visita, Balder se encaminó al despacho de la comisaria gritando a pleno pulmón. Lo más suave que salió de su boca fue «tonta del culo». Salí corriendo detrás de él para evitar males mayores, lo cual fue tarea imposible. A cada paso subía más el tono de los gritos, provocando que todos los demás agentes giraran la cabeza para curiosarse. Al mismo tiempo, pisaba los escalones tan bruscamente que resonaban en todos los pasillos. Por mucho que le sujetara por el hombro y le pidiera que se calmara, él respondía con hosquedad. Cuando llegamos, Nabar entró en el despacho dando un portazo. En el interior, dos personas se giraron sobresaltadas; la comisaria estaba sentada en su sillón, detrás de su escritorio y frente a ella un hombre de mediana edad, con un traje azul marino y corbata de color negro. Tenía las facciones angulosas, ojos hundidos color aceituna y una barba muy poblada y canosa, al igual que su pelo.

—Espero que tengas una buena razón para irrumpir de esa manera —le reprendió Amanda Gallego bastante disgustada.

—¿Una buena razón? ¿Qué mejor razón que saludar al próximo presidente del Gobierno? —preguntó Nabar cambiando su actitud.

La verdad es que mi compañero utilizaba tan bien la ironía, que nadie apreciaba cuándo lo hacía. Prueba de ello es que Ortiz sonrió durante unos instantes, miró a Nabar de arriba a abajo y luego le lanzó una mirada casi asesina.

—Imagino que es usted el responsable de la investigación, ¿no es demasiado joven?

Nabar se apartó el cabello que le cubría la cara con su mano.

—Imagina usted bien —le aclaró—. Y según tengo entendido, usted estuvo

en un puesto importante de la política cuando tenía mi misma edad.

La frente de Armando Ortiz se arrugó y su mirada se tornó inquisitiva.

—No parece usted muy de fiar —le acusó.

—Al igual que ustedes, los políticos —refutó Balder sin inmutarse.

La comisaria y yo fuimos testigos de cómo se recriminaban, y por unos segundos temimos que comenzasen una discusión. Pero solo se quedaron mirando el uno al otro, como lo hacen los depredadores al estudiar a su presa.

—¿Quieren hacer el favor de calmarse? —terció Amanda—. Detective Balder, el Sr. Ortiz ha venido aquí para denunciar que no le han informado de la muerte de su hermano. Y me preguntaba por qué yo tampoco lo sabía...

—Disculpe señora comisaria —interrumpí en tono conciliador—, creímos que era mejor no informar por el momento para evitar la intromisión de la prensa y que obstaculizaran la investigación.

—¿Por qué?, agente Harris —preguntó bastante ofendida.

—No estamos muy seguros todavía, pero sospechamos que el asesino conocía a sus víctimas.

—Perdonen que me entrometa —intervino Ortiz—, pero, ¿qué tiene que ver eso con lo de mi hermano?

—Hallamos otra víctima en las mismas circunstancias en las que encontramos a su hermano, aunque el cuerpo fue localizado en la Sagrada Familia. Su nombre era Eduardo Calleja y estaba vinculado a su partido. Es por ello que, al encontrar a Rafael Ortiz, temimos por su seguridad señor, e inmediatamente enviamos a uno de nuestros agentes de confianza para que siguiera sus pasos. Él nos comunicó que usted se encontraba aquí en este momento. —relaté.

Ortiz se quedó lívido y comenzó a hiperventilar recostado en el sillón del escritorio.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

—Aún no lo sabemos —respondió Nabar—. Por ello necesitamos mantener la calma entre los partidos. Y usted necesita mantener la suya.

A continuación, mi compañero narró el encuentro que tuvimos con Carpelli. El Sr. Ortiz escuchó con atención y cuando Nabar finalizó su exposición, se incorporó y dirigió sus pasos hacia la ventana.

—Eso no es excusa, debéis informarme de todo, ¿entendido? —ordenó la oficial al mando.

—Comisaria, por favor... encuentren al asesino de mi hermano lo antes posible —intercedió Armando Ortiz con la voz tan rota y desgarrada que parecía haber envejecido diez años de golpe.

—¿Y usted? —preguntó Balder—. Es posible que el asesino sea uno de los suyos.

—Estupideces, ninguno de los miembros del partido traicionaría a los suyos —contestó Ortiz alzando el rostro y mostrando un cabreo ejemplar.

—¿Recuerda el Imperio Romano?

—¡Basta ya! No me creo nada de lo que usted dice. Nadie va a traicionarme. A diferencia de Rafael, yo sé muy bien con quién estoy.

Se arregló el cuello de la camisa, anudó bien su corbata y se dirigió a la comisaria ya más calmado.

—Espero que no tarden en averiguar lo sucedido, quiero enterrar a mi hermano dignamente bajo los ojos de Dios.

Se despidió de nosotros con una respetuosa inclinación de cabeza y desapareció tras la puerta.

Gallego suspiró profundamente y se acomodó en su sillón mientras miraba con dureza al Inspector. Parecía agotada.

—Me estás poniendo en una situación muy complicada, ¿acaso lo haces a propósito?

—Los topes del PDC están más cerca de lo que creemos —respondió mi compañero.

—El Inspector Rodríguez no tiene nada que ver con el soplo —replicó Amanda.

—¿Por qué acusas a un policía de ser un soplón, aunque sea fascista? —intervine.

—Abre los ojos, yanqui. La corrupción está por todas partes.

—¡Deja tus puñeteras teorías conspiratorias de una maldita vez! —vociferó Amanda.

—Si las dejas, tendré una puñalada en la espalda cuando menos me lo espere —dijo Nabar con tono poco tranquilizador.

—Probablemente Armando Ortiz no tarde en dar una rueda de prensa. Seguro que nos va a poner verdes a todos.

—Todo buen acto siempre tiene una mala consecuencia.

Me dieron ganas de darle una colleja bien sonora.

—Pero debemos hacerlo. Aunque sospechemos que el asesino es uno de ellos, seguimos perdidos sin saber quién. Sería conveniente que se le asignara protección al Sr. Ortiz mientras regresa a Madrid.

— Ahora que ya lo sabe todo no podré enviar de nuevo a Carranza de incógnito. Aunque, realmente, ya da igual, puesto que no aceptará nuestra ayuda, salvo que llevemos un pin de las SS. El muy estúpido se dejará coger por *Doppelgänger*.

—¿*Dopun*... qué? —preguntó la comisaria.

—*Doppelgänger* —la corregí—. En mitología germánica, es un monstruo o figura mítica con la misma apariencia de una persona: un doble. Dice la leyenda que aquel que lo vea morirá.

Dirigí la mirada hacia mi compañero, mostrando cierto orgullo por mis estudios antes de ser policía.

—Roba sus identidades, según el folklore, para cometer infinidad de atrocidades —concluyó Nabar.

Siempre tiene algo que decir, es increíble.

Procedimos a informar a Amanda de las últimas novedades. Ella nos escuchó con mucha atención. Poco después apoyó la cara en sus dedos índices y estuvo en silencio unos segundos antes de hablar.

—Aunque Ortiz se niegue le pondremos protección, al menos hasta que llegue a Madrid —dijo al fin—. Y vosotros apresuraos a solucionar este caso o tendré que empezar a dudar de vuestra eficacia.

—¿Quieres que te cuente algo? —tanteó Nabar—. Armando Ortiz va a morir... y tus hombres no podrán hacer nada para impedirlo.

Gallego, contrariada, dio por concluida la reunión y nos invitó a salir de su despacho. Bajamos las escaleras, él concentrado en sus pensamientos y yo en él. Llevo muchos días sintiéndome incómoda con mi compañero. Sospechaba que nos ocultaba algo. No era normal que un investigador de la policía, por muy bueno que fuese, se comportara con tanta arrogancia delante de su superior sin ser amonestado o despedido de forma inmediata.

Cuando Bob me presentó a la comisaria me dio la impresión de que era una mujer que, bajo ningún concepto, permitiría ese tipo de comportamiento. Pero el hombre que me acompañaba actuaba de esa forma, como si fuera intocable.

Nos dirigimos a nuestro despacho, donde los demás esperaban. Bob permanecía en su asiento, observando la pizarra llena de escritos y fotos relacionados con el caso. Al igual que Myers, Algorta también la estudiaba, pero estaba sentado encima de la mesa, como si aún fuera un joven rebelde. Sofía disfrutaba del paisaje de la ciudad a través de la ventana. Ángel, acomodado en su sillón, deliberaba con el tembloroso Carranza. Clara Nakamura no estaba en la sala.

—Por más vueltas que le dé, no lo entiendo —pensó en voz alta Algorta

mientras acariciaba su espeso bigote.

—¿El qué no entiendes? —se interesó Ángel incorporándose en el sillón.

—¿Qué motivo le lleva a matarlos? Porque según el vídeo que les envié, no es muy diferente a ellos.

—Eso no es del todo cierto, ya que el asesino considera que él es portador del verdadero sentimiento nazi —se unió Sofía—. Es más, en la Alemania de los años cuarenta, muchos oficiales acabaron muertos por rumores sobre su sexualidad, como parece que ha sido el motivo en el homicidio de Eduardo Calleja.

—Aún existen muchas lagunas —objetó Nabar—. ¿Cómo consiguió transportar los cadáveres a lugares tan concurridos sin ser visto?

—En la Sagrada Familia encontramos restos de tierra en las escaleras y en el suelo, los mismos que había en las bolsas con las que el asesino envolvió a las víctimas —dijo Bob ojeando el informe de Clara—. En Granada, pudo haber dejado el cuerpo en los jardines sin que lo vieran los guardias de la Alhambra.

—Pero en... la Sagrada Familia... también hay vigilantes y cámaras, ¿cómo es... que nadie ha... ha... ha... ha dicho nada sobre esto? —cuestionó el tembloroso Carranza.

Esa era una buena pregunta que aún no nos habíamos planteado, a pesar de ser algo tan básico. Mientras pensábamos las posibles respuestas, observé a Nabar, que ojeaba un dossier. Después cogió un par de expedientes y los tiró al centro.

—Carranza, entra en el sistema y busca los antecedentes penales de estos dos.

Mientras Nino extraía un ordenador portátil de una maleta y lo colocaba en la mesa, el resto estudiábamos los papeles. En realidad, eran los expedientes de las vidas laborales de dos tipos llamados Manuel Prados y David

Bernabéu.

—Son los vigilantes de la Sagrada Familia —apuntó Sofia.

—Tenemos que averiguar todo sobre la noche de guardia anterior al hallazgo del cuerpo de Calleja —dijo Bob.

Nino Carranza ignoraba los comentarios que hacían y cuando su ordenador se encendió, empezó a teclear con rapidez. Al instante alzó la cabeza y se dirigió a Nabar, que esperaba su respuesta con los brazos cruzados y la espalda apoyada en la pared.

—Manuel Prados fue arrestado hace dos meses por consumo de estupefacientes. Entre ellos, crack.

Nabar asintió con la cabeza y esperó más información del segundo vigilante. Nino volvió a teclear como un maníaco sin apartar la vista del ordenador hasta que obtuvo los datos.

—David Bernabéu... no tiene ningún antecedente penal grave... Solo un tema por fraude fiscal, eso sí, de una cantidad muy importante: treinta y cinco mil euros.

—¿Y eso qué aclara? —preguntó Bob.

—Nada —admití cansada—. Solo que quizás podrían haber sido sobornados para que no abrieran la boca y no delataran a nadie.

Miré a Nabar, estaba más tenso de lo habitual. Clavó entonces sus ojos escrutadores en mí el tiempo suficiente para hacerme sentir muy incómoda.

—Solo tenemos eso: muchas sospechas, pero ninguna prueba —admitió Algorta abatido.

—He hallado las cuentas corrientes de esos dos tipos —dijo Nino.

Me sorprendió que Carranza fuese un *hacker*, me quedé pasmada cuando vi que podía colarse en páginas web con programas informáticos de protección contra piratas.

—Supuse que qu. que... querríais que averiguase algo más y pensé en esto.

—¿Qué has obtenido? —se interesó el Inspector acercándose a él, al mismo tiempo que los demás.

—Tanto Bernabéu como Prados recibieron dos ingresos por valor de ocho mil euros en los últimos días.

—Un poco sospechoso, ¿no? —replicó Bob.

—¿Indica la procedencia de los ingresos? —preguntó Sofía.

Nino observó con mucha atención la pantalla, pero esta vez su respuesta fue negativa.

Nabar se apartó del grupo y se dirigió hacia Ángel que estaba sentado en su sillón para intercambiar unas palabras con él, después llamo a Bob y a Sofía.

—Traedlos aquí. Haremos que confiesen —ordenó Nabar.

Sofía y Bob volvieron con los dos guardias de seguridad. Mi compañero comenzó con Bernabéu, que no pasaría de los veintiocho años. Estaba muy nervioso. Nada más llegar a la comisaría comenzó a gritar a pleno pulmón que pagaría las deudas, pero que no lo encerrarán aún. Balder le aseguró que no lo detenían por sus problemas con el fisco, sino por otro motivo. Entonces dejó de oponer resistencia y contestó a todas nuestras preguntas. Explicó que, durante su turno de vigilancia de las cámaras de la catedral, un hombre ataviado con una túnica blanca y negra, cuyo rostro no recordaba, le indicó que era uno de los religiosos que había mandado el obispado para purificar la obra de los espíritus malignos. El guardia no le creyó, pero, cuando quiso invitarle a salir, aquel personaje le ofreció un fajo de billetes con más de ocho mil euros. Agobiado por los problemas con hacienda, aceptó y apagó las cámaras del interior durante el tiempo pactado.

Más complicado y menos delicado fue el interrogatorio de Manuel Prados. Bob tuvo que traerlo casi a rastras mientras el vigilante le daba patadas, mordiscos en el brazo e insultaba los orígenes de mi compañero. Cuando llegaron a la comisaría, Bob le estampó contra la pared. Una vez en la sala de interrogatorios, el afroamericano nos explicó que lo había pillado poniéndose de cocaína en una vieja discoteca abandonada.

Prados se negó a hablar con Nabar, recordándole que tenía derechos y que la actuación del agente Myers había sido brutalidad policial. Al ver que no colaboraba, Balder simplemente se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta para abandonar la sala. El detenido exigió que lo dejaran ir, entonces mi compañero le contestó:

—Al igual que tú, yo también tengo derechos, y uno de ellos es el de

retenerte aquí —le informó sin mostrar la mínima expresión.

No duró ni tres horas. Pasado ese tiempo, Prados empezó a sentirse inquieto. Repiqueteaba con los dedos en la mesa, y más tarde, los nervios le llevaron a morderse las uñas hasta casi hacerse sangre. Fue en ese momento cuando Nabar entró de nuevo y Prados estuvo dispuesto a hablar.

Contó casi la misma versión que Bernabéu, salvo que aquel tipo vigilaba una y otra vez los alrededores e interiores personalmente y no paraba de decir palabras en alemán, mientras se escuchaba un sonido parecido al de un spray. Y el tema del vestuario del individuo daba fuerza a la idea de que el asesino podía ser el mismo del vídeo que narró Carpelli.

* * * * *

Había pasado una semana desde que apareció el cuerpo de Rafael Ortiz y nueve días desde el de Calleja.

Casi diez días y no habíamos hallado ninguna prueba que nos pudiera ayudar a encontrar al asesino. Registramos el apartamento de Calleja, pero no encontramos nada. Lo único tangible era la violación de Joanna Ávalos.

La impotencia que sentía por no haber atrapado al asesino, y por no estar a la altura de las expectativas que se habían generado al contratarme, hacía que me presionara demasiado. Pero los demás estaban muy tranquilos.

Aún a altas horas de la tarde permanecía en el despacho, repasando algunos informes de otros casos sin mucha importancia. No podíamos dedicar todo nuestro tiempo a la caza de *Doppelgänger*, desatendiendo otras obligaciones, pues recibiríamos una merecida reprimenda. Cuando concluí el repaso de los expedientes, me desperecé y recosté en el sillón. Dejé pasar el

tiempo relajada en el silencio, hasta que sonó mi teléfono móvil. Lo saqué del bolsillo con bastante dificultad y observé que era Nabar.

—Andrea, ¿estás ocupada en estos momentos?

Consulté el reloj que colgaba de la pared, cerca de la puerta: marcaba las ocho y media de la tarde.

—No, ahora no tengo nada que hacer.

Los demás seguían ocupados en otros casos. La falta de personal era una auténtica molestia.

—Yo también he acabado con un asunto pendiente, pero esa no es la razón por la que te llamo... ¿Te apetece comer algo?

Creía que me iba a reprochar que no hiciera mi trabajo o algo mucho peor, pero me sorprendió gratamente. Desde que llegué, lo más bonito que me había dicho ese hombre había sido: «haz tu trabajo. ¡Coño!».

—Sí, ¿por qué no? —acepté con una sonrisa—. Pero, no será un restaurante caro ¿verdad? No tengo nada decente que ponerme.

—No. Nada caro —respondió enseguida—. Algo rápido, un chino o similar.

—¿Qué me dices de un *McDonald's*? —propuse.

—¡No, por favor! No tengo precisamente buenos recuerdos.

—¿Les demandaste?

—No.

—¿Te demandaron?

—Nadie demandó a nadie y no sigas por ahí —zanjó sin alzar demasiado la voz—. Iremos a *La Piccola Italia*.

—Suena caro —le reproché.

—No es caro, está en el *Maremagnum*. Es un sitio muy bonito y te invito.

Nunca había oído hablar de ese sitio. Desde que había aterrizado en España, no había salido para nada salvo por trabajo. Maldita sea, si invitaba

él, ¿por qué no aceptarlo?

—De acuerdo —dije levantándome del sillón—. ¿Dónde estás?

—Estoy aquí —oí su respuesta detrás de mí.

Me sobresalté porque no esperaba que estuviera tan cerca. En mi cabeza empezaron a fluir con una velocidad descontrolada toda clase de insultos que me hubiera gustado decirle, pero mi paciencia puede con todo.

—Tus facturas de teléfono tienen que ser la hostia —afirmé irónicamente mientras colgaba.

—Sabes que me lo puedo permitir —contestó desde el otro lado del despacho con su atractiva sonrisa—. ¿Nos vamos?

Alzó su brazo izquierdo mostrándome el camino hacia la puerta, como diciendo «las mujeres primero». Después de muchos días me merecía algo así. Cogí mi abrigo y me dejé guiar hasta su Mercedes. Ya era noche cerrada. Durante el camino pude contemplar toda la ciudad incendiada por la luz de cientos de farolas. Era todo un espectáculo. Nabar aparcó a un par de kilómetros del puerto y, por primera vez en mucho tiempo, vi el mar. Conocía el mar de los Ángeles, incluso el de Washington, pero aquel era muy distinto. Quizá no fuese tan bello, sin embargo, tenía algo espiritual que me atraía. Unos metros más allá, divisé el monumento a Colón, representando al descubridor con su brazo derecho extendido señalando hacia al horizonte, y sosteniendo con la mano izquierda una carta de navegación.

Paseamos despacio disfrutando del ambiente hasta llegar a un puente de madera debajo del cual se podía escuchar el oleaje y sentir el olor a salitre. Llegamos a *Maremagnum*, un edificio muy original con la fachada negra, brillante, que reflejaba lo que quedaba del sol al anochecer junto a la luz de las farolas. Su diseño era rectangular, y en la entrada, una escalinata de madera nos daba la bienvenida. En el interior todo estaba lleno de tiendas y restaurantes; era un auténtico hervidero de gente yendo y viniendo. Estaban por

todas partes, como hormigas en un hormiguero. Subimos dos plantas, cuando por fin llegamos a la puerta de *La Piccola Italia*.

El restaurante era muy sencillo, tenía las mesas perfectamente dispuestas con sus respectivos manteles, platos y cubiertos listos para ser usados. Cuando el olor a pizza y pasta empezó a invadir mis fosas nasales, mi estómago hambriento rugió mil reproches. Un camarero, uniformado con un traje de color negro nos atendió sonriente y nos preguntó si queríamos mesa para dos. Nabar charló con el *maître* y por sus gestos y la conversación, me dio la impresión que debía frecuentar bastante el local.

El camarero, sonriendo, nos condujo hasta una mesa apartada de las demás, al fondo del restaurante. Nos sentamos uno frente al otro, leímos las respectivas cartas y escogimos nuestros platos. Yo me decidí por espaguetis a la boloñesa y Nabar le pidió al camarero «lo de siempre», además de una botella de vino. El empleado se encaminó hacia la cocina dejándonos solos, observé a mi compañero y vi como miraba hacia otro lado. Decidí andarme sin rodeos.

—Nabar, ¿qué pretendes?

Mi compañero giró la cabeza y me miró sorprendido.

—¿Cómo dices? —preguntó confuso.

—Desde que he llegado, no has parado de tener detalles conmigo.

Estaba planteándole las sospechas que tenía acerca de él. Por un lado, delante de todos me trataba igual que a los demás, pero que me invitase a cenar a un restaurante... ¿No era para dudar?

—Me gusta ayudar.

—No me lo creo —le solté—. Nadie, por muy rico que sea, le da catorce mil euros a una desconocida.

—¿Y por qué crees que te los di? —preguntó desafiándome con la mirada.

—Quieres llevarme a la cama, ¿y si me niego?

—¡Ehh, para el carro yanqui! ¿Por qué crees que quiero hacer algo así?

—Maldita sea Nabar, me has dado dinero, me conseguiste un apartamento y ahora una cena solos... Una insinuación demasiado descarada, ¿no crees?

Al fin lo solté todo, y desapareció la sensación de incomodidad que me perseguía desde que salí de la comisaria. Nabar, con los ojos como platos, me miró durante un rato. Entonces, sus mejillas se hincharon como globos y explotó en sonoras carcajadas que provocaron que algunos clientes girasen la cabeza hacia nosotros con curiosidad.

—¿Qué tiene tanta gracia? —pregunté contrariada.

—Perdona, perdona —dijo aún entre risas—. Es que me ha hecho mucha gracia que sospecharas que te he hecho todos esos favores solo para tener sexo contigo.

—¿Y no es así? —pregunté.

—No, por favor. Sé que puedo ser algo capullo, pero hasta tal punto...

—Vale, entonces, ¿a qué vienen tantas atenciones?

—Porque así es como trato a mis trabajadores. Verás... Amanda es buena jefa, cosa que admiro, aunque contrata a sus agentes de forma demasiado legal. Por otra parte, al aceptar mis servicios como Inspector, también me concedió el derecho a contratar a la gente que yo quisiera.

—¡Un momento! —interrumpí—. ¿Estás insinuando que fuiste tú el que hizo la última recomendación para que contaran con mis servicios?

Para contratar a agentes de otro país, gracias a la nueva ley, cualquier comisario necesitaba la recomendación de, al menos, tres oficiales de la Policía, a partir del cargo de Inspector. Si esas recomendaciones eran aceptadas, el agente en cuestión tenía que presentarse en el país correspondiente de inmediato.

—Amanda ya hacía tiempo que te seguía. Ella te pidió, al igual que el comisario de Madrid, gracias a la insistencia y los buenos informes facilitados

por tu amigo Bob, por supuesto. Pero tu contrato casi no llega a hacerse efectivo, puesto que no había un tercer firmante, y ahí intervine yo. Por eso has cruzado el «gran charco».

—Sigo sin entenderlo... ¿y qué sacas tú de todo esto?

—¿Recuerdas el 5 de mayo de 2010?

Esa fecha me sobrevino, despertando viejos recuerdos que creí haber olvidado hacía tiempo, pero que, al parecer, seguían allí golpeando mi mente y debilitándome.

—Ese día arresté a August McArthy, el pedófilo de la catedral de St. Patrick —respondí con un hilo de voz.

—McArthy era el cura que oficiaba las misas en la catedral. Por todos era conocido que, después de celebrarlas, mantenía largas conversaciones con los niños a solas. Nadie se imaginó la finalidad de éstas, hasta que una madre lo denunció. Los menores no quisieron hablar hasta que tú hallaste pruebas y conseguiste que uno de ellos lo hiciese.

—Pero actué siguiendo una corazonada —sentencié, queriendo dejar el tema.

—Tu corazonada era acertada. No vacilaste y, aunque nadie te creía, decidiste interrogar a los demás menores y conseguiste la declaración de un crío.

—Aunque sin el consentimiento de los padres. Tuve que saltarme la ley para conseguirlo.

—Y ese fue el motivo por el que te contraté —me interrumpió.

—Lo hizo la comisaria Gallego —le recordé.

—Niña, si te doy catorce mil euros para que sufragues el alquiler de un piso es porque soy yo quien te paga el sueldo. Ahora trabajas para mí. Solo respondes ante Amanda y ante mí, ante nadie más.

Me sentí dentro de en una película de mafiosos, como si él fuera Al Capone

y yo la desesperada que busca ayuda.

—Y si para resolver un caso es necesario que te saltes la ley, lo harás —
continuó.

—Ni hablar —contesté enojada—. Me hice policía para ayudar a las
personas y hacer cumplir la ley, actuando siempre para ser digna del cargo.

—¿Aun cuando esa justicia no es «justa»?

Acerqué mi rostro al suyo y le miré fijamente a los ojos. Me observaba con
una oscura inteligencia, como si me estuviera analizando.

—Sé que algunas veces la ley no es justa, pero creo en el sistema porque
necesito creer en él.

Nabar soltó una carcajada.

—Y, sin embargo, yo sabía que volverías a saltarte la ley. Y así ha sido.

—¿Cómo?

—Lo has hecho al confiar en mí.

El camarero apareció con los platos que habíamos pedido y esa
conversación se convirtió en algo del pasado. Devoré una buena ración de
espaguetis con mucho queso en cuestión de minutos. Nabar dobló la pizza
como si fuera un rollito y acabó con ella con varios buenos mordiscos. Pidió
de segundo un entrecot y yo me limité a esperar el postre. Después de cenar,
pagó la cuenta y salimos del restaurante. Paseamos por los alrededores hasta
sentarnos en un banco.

—¿Cómo llevas tu estancia aquí? —me preguntó nada más acomodarnos.

—Podría ser peor. Tal vez tendría que haber hecho caso a la comisaria y
haber empezado a trabajar dos días después de mi llegada.

—Hiciste bien. Si hubieras tardado más, estarías aún más verde.

—Es mi primer caso de asesinato —alegué.

—Lo sé.

Charlamos de muchas cosas: de nuestros gustos y de mi familia. Cuando le

hice preguntas sobre la suya las esquivó cambiando de tema, y solo pude averiguar que, como sospechaba, Ángel era su hermanastro.

Después hablamos de deportes. Yo le informé sobre el estado de los *New York Knicks*. Aquella temporada estaban en buena forma y seguramente serían los nuevos campeones de la NBA. Él discrepó, confesándose fan de *Los Angeles Lakers*. Después del baloncesto discutimos sobre si el fútbol americano era mejor que el soccer, aunque él defendía el europeo a capa y espada. Subí el tono exclamando que no entendía la gracia de que le gustase un deporte, en el que once tíos se pasaban casi dos horas pateando y corriendo detrás de un balón. Y él consideraba que el fútbol americano era un deporte donde hombres con sobredosis de testosterona hacían lo mismo, pero realizando placajes.

De pronto, sonó el móvil de mi compañero, evitando que nos arrancásemos los pelos discutiendo menudencias. Se incorporó y atendió la llamada. Estuvo tranquilo durante unos segundos y acto seguido empezó a echar pestes por la boca, señal de que algo iba muy mal.

Cortó la llamada con rotundidad y me miró furibundo.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté preocupada—. ¿Otra víctima?

—Es posible —respondió malhumorado—. Armando Ortiz ha desaparecido.

Hacía frío. Lo sentía en su piel, tanto que no pudo evitar que sus piernas y brazos temblaran sin cesar, de forma inconsciente. No sabía dónde estaba, todo lo que veía era oscuridad, desconocía qué hora era, tampoco sabía por qué estaba allí ni cómo había llegado. No escuchaba nada ni a nadie, salvo su propia respiración y las cadenas que atenazaban sus brazos y piernas, produciendo un tintineo por cada leve movimiento que hacía.

Una luz brillante provocó que abriera los ojos con mucha dificultad. Pasados unos segundos, cuando tuvo una visión más clara, comenzó a sentir auténtico terror. Estaba completamente inmovilizado. Se miró el resto del cuerpo y le sorprendió ir vestido con su mejor traje, aquel que solo se ponía para las largas sesiones en el Congreso de los Diputados. Maldijo para sus adentros. No dejaba de preguntarse qué hacía allí. Intentó recordar lo que había pasado y cómo había terminado en una sala tan parecida a la de interrogatorios de un cuartel militar. Había una mesa metálica en el centro de la estancia y una pequeña ventana que permitía entrar unos escasos rayos de sol, los cuales iluminaban y aclaraban el habitáculo. Un intenso olor a humedad le invadía las fosas nasales. Cuando acabó de examinar aquel sótano empezó a recordar levemente, aunque le dolía mucho la cabeza.

Después de salir de aquella comisaría de Barcelona, tras gritar a la comisaria y a ese Inspector engreído, y aun sabiendo que tenía unos días libres por el luto, decidió ir a la reunión con los miembros del partido para presidir un discurso, no muy de su gusto, pero necesario. Cuando acabó ya eran casi las diez de la noche. Condujo por las calles de Madrid hasta llegar a su casa. Cuando entró, lo encontró todo desordenado y revuelto. Habían registrado la casa. Recordó haber hurgado en sus bolsillos para buscar el móvil y llamar a

la policía cuando, de pronto, sintió una sacudida y un brazo rodeándole el cuello. Forcejeó todo lo que pudo hasta fue abatido por una descarga eléctrica en el cuello. Se hizo la oscuridad. Y ahora se encontraba allí, encadenado, sin poder moverse ni escapar.

Su estómago hambriento protestaba. Sentía la garganta seca y la boca muy pastosa. Se preguntó cuánto hacía que no comía ni bebía. No paró de darle vueltas a la cabeza hasta que un ruido le apartó de aquellos pensamientos, llevándole a buscar el origen del sonido. Una sombra que no lograba distinguir entró por la puerta del fondo.

—¿Quién eres? —preguntó Ortiz.

No obtuvo respuesta, solo unos pasos aproximándose en la penumbra. Contempló a un hombre de altura media, bastante corpulento y con el rostro oculto bajo una máscara.

—¿Qué es esto? —preguntó Ortiz revolviéndose lo poco que podía—. ¿Una broma?

De nuevo no obtuvo respuesta. Su raptor le miraba a través de los agujeros que representaban los ojos de una máscara de porcelana.

—Mira... ya has conseguido lo que querías —continuó lamentándose—. ¡Estoy asustado! ¡No sé si me conoces, pero soy una persona muy importante!

—Sé quién es usted Sr. Ortiz —dijo el individuo con un susurro que surgió del agujero de la boca—, más de lo que se imagina.

El secuestrador extendió su brazo derecho y con la mano izquierda se remangó para mostrarle el tatuaje de un águila con las alas abiertas sujetando entre sus garras una esvástica negra.

—Eres tú —dijo Ortiz con un hilo de voz.

Ocultó el tatuaje nuevamente bajo su manga y caminó hacia la mesa que estaba en el centro. Sus manos empezaron a jugar con unas piezas metálicas que su víctima no alcanzaba a ver.

—Escucha, si he hecho algo que te haya molestado lo siento, pero tampoco es para que me tengas...

—Usted no me ha hecho nada —le interrumpió—. Pero lo hará, ya lo creo que lo hará, si no me encargo de impedirselo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ortiz con la voz ahogada.

—Nos ha mentido, futuro señor presidente, nos ha embaucado con sus hermosas y poderosas palabras, mentiras ocultas tras verdades que nosotros creímos y apoyamos.

—No sé de qué me hablas.

—Nos ha utilizado —le contestó el raptor sin mirarle—. Nos ha engañado con frases dignas del *Führer* o del Caudillo. Le dimos nuestro apoyo en las elecciones generales y luego nos vendió a los rojos.

—¡Yo no he vendido a nadie! —gritó Ortiz.

—No siga mintiendo —le replicó sin alzar la voz—. Planeaba condenarnos a los verdaderos hombres que luchamos por el bien de estas naciones que forman Europa, liberándola de las plagas de los liberales, de la invasión de los sudamericanos y de los moros.

—Debo mostrar esa apariencia —sollozó Ortiz—. La gente no quiere a los fascistas en el poder.

—Armando, los españoles somos tan hipócritas que en el fondo amamos y añoramos la dictadura, aunque muchos crean que la democracia es un gran sistema portador de libertad. En el fondo todo el mundo desea que se cierren las puertas a estos ladrones y estafadores que se ocultan bajo la protección contra el racismo. Y ahora yo les ofrezco justicia.

—¿Justicia? —preguntó Ortiz con lágrimas en las mejillas—. ¿Esto es justicia?

El criminal, después de coger lo que buscaba de la mesa, giró su cuerpo y fijó su vista en él. En la mano sujetaba un bisturí. Se aproximó hasta casi

hacerle sentir su aliento, mirándole con ojos fríos y mortales.

—Es la tercera vez que me hacen esa pregunta —contestó con voz neutra—. Y mi respuesta siempre es la misma: sí, esto es justicia. La justicia del *Tercer Reich*.

A continuación, le sujetó con fuerza la barbilla y le clavó la hoja del bisturí en la sien. Entre los aullidos de dolor de su víctima, hizo descender el afilado instrumento hasta la barbilla. La sangre salpicaba manchando la máscara de porcelana del agresor, que repitió el movimiento de forma ascendente hasta hacer un óvalo perfecto alrededor de su rostro. Acto seguido, con fuerza, le arrancó la cara y un alarido pudo oírse claramente, mezclándose con el viento que soplaba en los alrededores de la morada de su asesino.

—¿Tienes un cigarrillo? —me preguntó Nabar.

—¿Tú fumas? —le pregunté como respuesta.

—No suelo hacerlo, pero ahora me apetece fumar uno.

—No podrás encenderlo con este tiempo.

Estábamos en Madrid. Hacía más de una semana que el candidato a la Presidencia Armando Ortiz se había esfumado; su domicilio estaba revuelto y había signos de lucha. Su desaparición provocó que la prensa barruntara teorías conspiratorias al respecto. Y lo peor de todo era que ya habían bautizado al asesino de las otras dos víctimas como ya lo hiciera mi compañero unos días antes: *Doppelgänger*.

Al cumplirse una semana, desde Madrid nos llamaron informando de que habían encontrado su cuerpo. Nabar solicitó dos helicópteros a la comisaria para transportarnos a la capital. Una vez allí, el Inspector Manuel Rodríguez nos recibió con muy malos humos, y de malas maneras nos guio hasta el escenario del crimen, que, como los anteriores, era igual de carismático: el Parque del Retiro.

Era la primera vez que visitaba ese parque y no lo olvidaría fácilmente. El monumento al rey Alfonso XII estaba rodeado por columnas clásicas. Había figuras de animales por todos sitios y, en la parte superior de la pequeña torre circular, estaba la estatua ecuestre dedicada al monarca, realizada en un material que parecía bronce. En la escalinata, mirando hacia el estanque y tumbado con los brazos abiertos yacía el cuerpo de Armando Ortiz. Iba vestido con su mejor traje, pero tenía la americana y la camisa desabrochadas deliberadamente para mostrar la herida de la estrella de David en su pecho. Su cara también estaba oculta con la misma maldita máscara que en los otros

casos. Las prendas se movían debido al fuerte viento que soplaba y no había demasiada luz a causa del cielo nublado.

—Tenías razón, no he podido encender el cigarrillo.

Después nos acercamos al cuerpo y nos arrodillamos con los guantes de látex ya enfundados para examinarlo. Hicimos numerosas fotos. Bob se acercó por la espalda mientras observaba los alrededores del conjunto escultórico. Decenas de curiosos se acercaron a cotillear, descubriendo horrorizados lo que había ocurrido.

—No podremos mantener distanciados a los periodistas —dijo Bob—. Con tantos testigos será cuestión de tiempo que se enteren.

Nabar le escuchaba y asentía con la cabeza, coincidiendo con mi amigo.

—Tenemos que trasladarlo a Barcelona —dijo al fin.

—Ni hablar—. Manuel Rodríguez se acercó a nosotros con expresión seria y señaló al cuerpo mirando con furia a Nabar.

—El cuerpo no se tocará, salvo que lo haga un forense de la capital. Y no se trasladará a Barcelona.

—¿Ya estás metiéndote en mi caso? —preguntó Nabar ofendido.

—Tu incompetencia ha hecho que maten a un candidato a La Moncloa. Este caso pasa a mi jurisdicción.

—Ah, ¿y tú vas a resolverlo? —preguntó Nabar.

—Ya te lo dije Balder, te señalé a los sospechosos y te empeñaste en seguir un camino equivocado e ilógico.

—Y para ti, ¿qué es lo lógico? —pregunté ya harta—. ¿Tu lógica dice que hay que montar un gueto de inmigrantes e independentistas hasta averiguar quién es el responsable?

—¿Quién si no tiene motivos para matarle? —gritó Rodríguez—. Si es necesario detendré a todos los independentistas e inmigrantes para descubrir al culpable.

—Te llevará mucho tiempo —le indicó Nabar—. Y te estarás volviendo a equivocar.

—Me da igual. Yo al menos actúo, y lo haré enseguida.

Desapareció de nuestra vista al tiempo que maldecía por debajo de su espeso bigote. Bob no dijo nada, pero en su mirada había orgullo herido, al igual que en la mía, pues ambos éramos inmigrantes.

Sofía, que estaba justo detrás, no dijo nada, simplemente le ignoró. Ángel nos esperaba en el coche patrulla ya que reconoció que no podría ayudar mucho.

Nabar resopló con resignación, pero no porque nos hubiera insultado, sino porque aquel Inspector fascista se había entrometido en su caso. Luego hizo algo que me sorprendió. Cogió su teléfono móvil y marcó un número. Tras unos segundos, empezó a hablar en voz baja con alguien al otro lado de la línea. Minutos más tarde, se acercó a Manuel, que estaba ordenando el traslado del cuerpo del político.

—Un momento —le detuvo Nabar—. El cuerpo no saldrá de Madrid, de acuerdo, pero lo investigaremos nosotros.

—¿Tú no escuchas cuando te hablan? —contestó Manuel—. Ya no es tu caso.

Nabar simplemente le dio su teléfono y le invitó a que contestara. Cuando lo hizo, el rostro de Manuel palideció en un segundo y no paró de decir «sí señor» hasta colgar el teléfono y devolvérselo de malas maneras a Nabar.

—Hijo de perra —fue lo último que dijo antes de comunicarles a sus hombres que siguieran nuestras indicaciones.

—¿Se puede saber a quién has llamado? —pregunté desconcertada.

—Cariño, es mejor que no lo sepas —dijo Sofía dándome una palmadita en la espalda.

No comprendí a qué se refería mi compañera, y eso me molestó. Clara no

estaba con nosotros, tenía cosas que inspeccionar y pruebas que procesar en Barcelona, y Algorta y Carranza se fueron a interrogar, «amistosamente», a los demás miembros del partido. Subimos a los coches patrulla después de que Nabar nos indicara el lugar donde se practicaría la autopsia a la tercera víctima. Partimos en dirección a Ciudad Universitaria y unos minutos más tarde llegamos al Instituto Anatómico Forense de Madrid, en la Universidad Complutense.

A diferencia del matadero, esta sala de autopsias era muy pequeña, con el alicatado de la pared y suelo del mismo color verde esmeralda. En el centro había una mesa metálica, encima de la cual ya estaba colocado el cuerpo de Ortiz.

El médico que nos recibió tenía aspecto de antagonista de película de terror: complexión delgada, con las venas muy marcadas en los brazos, la piel más pálida aún que la de Nabar, unos ojos grandes en los que apenas se le notaban los párpados y, aunque llevase el gorro que hacía conjunto con la bata quirúrgica, se le notaba que empezaba a tener indicios de calvicie.

—Qué pronto han llegado —dijo el médico con una voz rota que me puso los pelos de punta—. Aún no lo he abierto...

—El tiempo corre —dijo Nabar.

—Pero el mundo no se acabará por una hora o dos —le respondió el forense—. Esperen fuera por favor.

Ángel simplemente apoyó su espalda en la pared y fijó al suelo su vista tapada por las gafas.

—No se tiene que preocupar en mi caso —dijo sonriendo—. No miraré nada.

El forense nos miró a todos, como para hacernos ver que no era la mejor idea, pero, aunque insistiéramos en que saliera al pasillo, él había decidido quedarse. Todos aceptamos a regañadientes que se quedara y salimos de la

sala a esperar.

* * * * *

Al mismo tiempo, en Barcelona, un coche circulaba por las largas calles de la ciudad Condal. No iba a gran velocidad, se mantenía a la recomendada por las señales de tráfico. Algorta conducía cansado. Estaba agobiado por los acontecimientos que se habían producido en los últimos días. Cuando recibieron la noticia de la aparición de Armando Ortiz, sin vida, y con las mismas heridas que su hermano y su seguidor, habían saltado las alarmas en la comisaría. Aquel tipo, ese asesino ya no era un psicópata de poca monta con aires de *Jack el Destripador*, no. Había secuestrado, asesinado y mutilado a un candidato a la Presidencia. Era un auténtico terrorista.

A sus casi sesenta y cinco años, Algorta había visto montones de atentados a lo largo de toda su carrera, así como también consiguió evitar algunos. Pero en ninguno de los casos anteriores se mutiló y vejó los cuerpos de sus víctimas, como había hecho el ya apodado *Doppelgänger*. Andoni Algorta tenía puesto un pie y medio en la jubilación, pero insistía en seguir trabajando. No quería estar en su casa mientras pudiera evitarlo. Su mujer había fallecido hacía varios inviernos a causa de la Gripe A. Sus dos hijos llevaban quince años desaparecidos, y esa casa... cada vez que daba un paso en su interior le hacía recordar que *La Dama de la Guadaña* estaba al acecho, burlándose de él por seguir luchando contra su destino, cuando hacía mucho tiempo que ella le había tendido una trampa de la que no podría escapar. Ella no tenía ninguna prisa, por eso le daba tanta ventaja, era inevitable.

Llevaba muchos años —sin demasiado éxito— intentando pensar en otra cosa que no fuera *La Dama*, pero ella martilleaba su mente como una apisonadora. Apartó esas introspecciones y se centró en lo que Nabar Balder

le había encomendado. Era irónico que recibiera órdenes de un hombre mucho más joven y problemático que él. Aquello le hacía mucha gracia.

Sus compañeros continuamente me decían que si no hubiese sido tan pasivo con Balder cuando éste era detective privado, ahora mismo estaría ocupando su lugar. Pero el viejo Andoni sabía que él no sería capaz de hacer muchas de las cosas que Balder hacía. Quizá sus métodos no estuvieran permitidos por la ley, pero había que reconocer que siempre le daban resultado. Jamás lo reconocería delante de los demás, pero le tenía tanta envidia por todo lo que había conseguido. Aunque sabía de sobra que tuvo que pagar un precio muy alto a cambio.

Cuando llegó a su destino, aparcó el coche lo más cerca posible de su destino y se aseguró de tener el arma a punto por si acaso se tuviera que defender. Se iba a meter de pleno en la sede de fanáticos del PDC y no se fiaba.

Bajó del coche y sus pesados pasos avanzaron hacia el portal.

* * * * *

En Madrid habían pasado dos horas desde que el forense nos envió a los cuatro al pasillo, exceptuando a Ángel. Cuando la puerta se abrió, vimos al doctor Hugo Vázquez, según indicaba la tarjeta que colgaba en su pecho, con los guantes blancos de látex manchados de sangre, así como algunas partes de la bata y de la mascarilla.

—Inspectores, ya pueden pasar —dijo con su voz ronca a través de la mascarilla.

No hizo ninguna falta que insistiera, nos incorporamos en el acto y

entramos de nuevo en la sala de autopsias. Nada más entrar noté cómo el olor de la carne muerta lo invadía todo, causándome náuseas y mal cuerpo. Tuve un fuerte impulso de echar la comida de toda la semana, pero logré mantener la compostura. Empezaba a acostumbrarme a esa situación de malestar continuo y más aún, al ver el cuerpo de Ortiz abierto por el abdomen y su rostro al descubierto en carne viva. El doctor Vázquez debió percatarse de mi expresión ya que cogió una sábana de un cajón para cubrir el cuerpo.

—La causa de la muerte ha sido una parada cardiorrespiratoria por exceso de cianuro en el metabolismo, las heridas fueron hechas...

No presté más atención a sus explicaciones ya que sabía sobradamente lo ocurrido. No había ninguna diferencia con las otras dos víctimas. Sofia LaPaglia se acercó hasta el cuerpo y retiró la sábana de la cara provocando que florecieran mis arcadas de nuevo.

—Las heridas de este óvalo son algo más profundas que las anteriores —dijo señalando con el dedo—. Y hay bastantes más desgarros.

—Con esta víctima se ensañó bastante —dijo Bob—. ¿O podría tratarse de un imitador?

—¿No se te ocurre otra explicación? —le replicó Nabar con marcada ironía e ignorando la mirada ofendida de mi compatriota.

—Si no es un imitador, quizá lo que ocurrió fue que con éste estaba muy cabreado —contestó Myers.

—Esa sí es una buena razón —dijo Nabar—, y con motivos, si tenemos en cuenta las últimas noticias.

—¿Qué noticias? —pregunté.

—El candidato Ortiz, antes de desaparecer, hizo unas declaraciones sobre el estado actual del totalitarismo, el cual empezaba a tomar las calles para proclamar «el retorno de la España fascista»—dijo el doctor Vázquez.

—Para ganar votantes declaró que manifestaciones como esas eran

antidemocráticas e inútiles —concluyó Nabar.

—Veo que usted lee *El Ciudadano* —dijo el médico mirando a mi compañero con interés.

—No es mi lectura habitual. Quién me iba a decir que me daría el móvil del asesino un diario gratuito que dan en el metro.

—¿*Doppelgänger* lo mató por esas declaraciones? —preguntó Bob.

—Yo coincido —dijo Sofía—. Es una declaración que revela que se desprenderán de los extremistas de derechas en cuanto ya no les sean útiles.

—Rechazar los actos de tus aliados y además criticarlos es síntoma de que las cosas no van bien y de que acabarán aún peor —añadió la voz de Ángel, quien apareció acercándose desde un rincón oscuro hasta llegar a la mesa.

—¿Has estado aquí todo el tiempo? —le preguntó Bob.

—¿Por qué no has dicho nada? —cuestionó Sofía.

—Tenía que estar atento para percibir cierto olor —respondió.

—¿Qué olor? —pregunté—. Si solo huele a carne muerta...

—¿Éste también tiene un aroma peculiar? —preguntó Nabar.

—Sí, no solo huele a carne en descomposición —explicó el invidente—. Lo he estado percibiendo desde que hemos llegado. Según mi sentido del olfato huele, para ser exactos, a lavanda y menta.

Nos quedamos todos sorprendidos con la revelación.

—Lavanda y menta —repitió Nabar—. Es un aroma muy inusual.

—Si tenemos en cuenta la teoría que os expliqué hace días sobre la tanatopraxia, perfectamente les podría haber perfumado —añadió Sofía.

—Llama a Clara —solicitó Bob—. Pídele que compruebe los cuellos de las víctimas.

Sofía cogió su teléfono móvil para hacer lo que le habían requerido, pero lo que ocurriría a continuación no lo esperábamos ninguno de nosotros.

Antes de que mi compañera saliera de la sala, la puerta se abrió con

brusquedad y dos disparos se escucharon muy cerca, tanto que nuestros oídos comenzaron a pitar con intensidad. Nos lanzamos al suelo sin pensarlo. Las luces se apagaron como si de un apagón se tratara. Aquel tipo había disparado a los halógenos para que no le viésemos. Después se escucharon unos pasos rápidos en el interior de la sala y el sonido de un plástico arrugándose, la puerta se abrió para cerrarse definitivamente.

Tenía las pulsaciones a mil por hora y los brazos me temblaban. Las ganas de vomitar se esfumaron a la misma velocidad que corren los galgos de carreras para atrapar a las liebres. Me incorporé con bastante esfuerzo y, una vez en pie, tome una decisión, más guiada por el impulso que por la razón.

Nabar salió disparado tras el asaltante; las fuertes pisadas no solo golpeaban el suelo, sino que también retumbaban en sus oídos. Todos sus sentidos estaban puestos en la persona que momentos antes se había atrevido a dispararles y que ahora se estaba escapando. Bajó por las escaleras, saltando los peldaños de dos en dos, hasta que llegó a la salida de emergencia.

Abrió de un portazo y la luz de las farolas, que ya estaban encendidas, le iluminaron. En la lejanía pudo ver cómo su presa acababa de doblar la esquina. No dudó en ningún momento en lanzarse en ardua persecución hacia él.

Cada zancada le acercaba más, pero por mucho terreno que le ganaba no conseguía alcanzarle. Era veloz, aquel individuo corría lo suficientemente rápido como para mantener cierta distancia.

Cada vez percutían con más fuerza los latidos de su corazón a causa del esfuerzo, que le empezaba a pasar factura. Y cuando creyó que lo había perdido, Bob apareció frente a ellos. Él también se había lanzado a perseguir al tipo que les había disparado, pero optó por atajar tomando otro camino más corto. Entre los dos lo habían acorralado.

El fugitivo le vio, pero, incomprensiblemente, siguió avanzando. Bob se plantó allí delante, esperando el momento idóneo para lanzarse contra el sujeto, pero ni él ni Nabar se esperaron la desesperada decisión que había tomado. El ruido de otro disparo resonó en sus oídos e hizo que la gente de los alrededores gritara de terror. Bob cayó herido al suelo, agarrándose uno de sus hombros. La sangre le tiñó la ropa y empezó a gemir ahogadamente. Nabar llegó hacia él, se arrodilló y arrancó un trozo de su camisa para taponar la herida de su compañero.

—Déjame. Atrápalo.

—No hables ahora —le respondió Nabar presionando la herida.

De pronto se oyó otro disparo más lejano que hizo que la gente gritara de nuevo. Sofía apareció por fortuna detrás de Nabar y se ocupó de que Bob recibiera asistencia médica. Después, Nabar se dirigió hacia el lugar desde donde se había escuchado el segundo disparo. Llegó a un estrecho callejón en el que solo estábamos un contenedor de basura, el fugitivo y yo apuntándole con mi pistola. El aire olía a pólvora quemada. El delincuente gritaba de dolor y sujetaba su mano izquierda, que estaba sangrando. Nabar se acercó a mí y me apoyó la mano en un hombro.

—Llegas tarde, pero... buen trabajo.

Trasladamos al tirador al hospital para que le curasen la mano en la que le disparé. Solo abrió la boca para quejarse cuando le limpiaron la herida con alcohol y le pusieron los puntos, antes de vendarlo. No le pudimos identificar hasta que le arrastramos a la primera comisaría de Madrid que nos encontramos. Se llamaba Hans Müller.

—Treinta y seis años. Activista habitual de las manifestaciones antifascistas. Alborotos y pintadas en contra del PDC en sus sedes centrales. Emigró a España en el año 2006 desde Alemania y actualmente trabaja de mozo de almacén en un supermercado —nos informó un joven agente que nos atendió enseguida.

Nabar y yo le escuchábamos mientras nos dirigíamos a la sala de interrogatorios. Solo estábamos él y yo, los demás se trasladaron enseguida a Barcelona después de que los médicos hubieran curado el brazo de mi amigo. Cuando llegamos a la sala, Hans Müller nos miró desde su asiento sin decir nada.

Nabar apoyó su espalda en la pared cruzándose de brazos y sin apartar la mirada de Müller. Durante la persecución nos dimos cuenta de que había robado la máscara que cubría el rostro de Ortiz de la sala de autopsias. Cuando le detuve, Nabar la cogió y se la guardó en su chaqueta. Él no se iría de Madrid sin obtener respuestas y yo estaba totalmente de acuerdo. Hans Müller era el clásico alemán: alto, rubio, de ojos azules y muy corpulento. Esto último le daba un aspecto realmente feroz. Me senté en la silla que estaba frente al detenido. Nos miramos fijamente, pero no dejé que me intimidara.

—Buenas noches, Sr. Müller

—Ahorre saliva —dijo el teutón mostrando su marcado acento—. Sé por

qué estoy aquí.

Me enseñó la mano vendada y la dejó con mucho cuidado encima de la mesa. Le exhibí unas fotografías de las víctimas que tenía guardadas en una carpeta y las dejé sobre la mesa.

—Está bien Sr. Müller. ¿Conoce usted a Eduardo Calleja y a los hermanos Rafael y Armando Ortiz?

Müller las observó con cierta indiferencia y después desvió la mirada hacia otro lado. Tuve que repetir la pregunta para que me contestara.

—A Calleja no le conozco ni le he visto en mi vida, pero a los otros dos... podríamos decir que sí, estuve trabajando una temporada siendo parte de la seguridad privada que salvaguardaba su integridad física en los mítines.

—¿Ha tenido algún tipo de percance con ellos? —preguntó Nabar entrando en la conversación.

—No tuve el placer —le contestó Müller.

—Le hubiera gustado darles un par de hostias, ¿verdad? —le volvió a preguntar.

—Oh, sí... Y lo hubiera hecho con mucho gusto. A ellos y a los perros falderos con placa que los están protegiendo.

A Nabar no le gustó aquella respuesta, ni a mí, pero su reacción fue completamente inesperada. Nabar alzó su puño derecho y golpeó violentamente la mano herida del detenido, que soltó un grito desgarrador. Le sujeté para impedir que siguiera, incluso le intenté coger por la espalda, pero mi compañero tenía fuerza suficiente como para apartarme de un empujón, coger al interrogado y estampar su cabeza encima de la mesa de aluminio, haciendo que el estruendo resonara en toda la sala. Müller cayó al suelo y empezó a acariciarse la zona golpeada. Balder volvió a intentar agarrarle de la camiseta para darle una tanda de puñetazos, pero esta vez sí que logré detenerle interponiéndome entre los dos.

—¡Escúcheme, hijo de puta! Primero dispara en una sala de autopsias durante una investigación criminal, roba una prueba importante y para colmo hiere a un policía. Solo por eso podría ir a la cárcel una larga temporada por intento de homicidio, y créame, a la gente de allí no les gusta nada tener a un asesino de policías...

—¡Basta ya, Inspector Balder! —dije aguantándole como podía—. Siéntese ahora mismo.

—¡Andrea! —me gritó al borde de la histeria.

—Siéntese, por favor —repetí tajante.

Nabar me atravesó con la mirada, pero después se sentó en una silla que había algo retirada sin apartar la vista de Müller, que se levantó palpando las zonas doloridas con su mano sana y se sentó de nuevo en su sitio.

—¿Sabe que le puedo denunciar por brutalidad policial? —dijo él.

—Ya puede ver lo que me importa eso —le contestó Nabar—. Pero si confieso al juez o al fiscal lo ocurrido, créame, yo saldría impune.

—¡Basta ya Inspector Balder! —le solté—. Muy bien, Sr. Müller... ahora respóndame, ¿asesinó usted a estas tres personas?

—No —respondió gruñendo.

—Lo siento mucho, pero es algo muy difícil de creer —rebatí.

—Lo sé. Admito lo de los disparos y lo de la prueba, pero no he matado a esos tres.

—De acuerdo, digamos que le creemos —dijo Nabar adelantándose—. ¿Por qué asaltó la sala de autopsias?

Müller le lanzó una mirada de odio, pero le contestó.

—Ustedes deben saber que yo pertenezco a un movimiento antifascista.

Los dos asentimos a su respuesta y esperamos a que continuase hablando.

—Desde que emigré de mi país, he observado cómo el pensamiento de la extrema derecha ha crecido hasta lo que es ahora. He hecho lo imposible para

combatir todo aquello que mi tierra natal ha representado durante muchos años ya que, por lo que parece, nadie quiere mover un dedo para cambiarlo.

—Pues no tratéis de ocultarlo todo —dijo Nabar levantándose de su silla y acercándose a la mesa—. Si contaseis toda vuestra historia en lugar de ocultarla, si hablaseis abiertamente de lo que pasó durante el auge del fascismo, quizá todo sería diferente.

—Lo sabemos y odiamos que digan eso —dijo Müller.

—No ha respondido a la pregunta —les recordé a ambos—. ¿Por qué nos atacó?

—Tenía que hacerlo. No quiero que arresten a *Doppelgänger*.

Nos quedamos atónitos como si nos hubieran lanzado una piedra directamente a la cabeza.

—¿Que no quiere que lo arrestemos? —preguntó Nabar.

—Exacto.

—¿Sabe lo que está diciendo? —pregunté.

—Sí, lo sé. Esos hombres planeaban hacer que la esvástica, o lo que fuera, volviera a ondear otra vez, y no solo en Europa, sino en todo el mundo.

—¿Sabe lo que está diciendo?, podrían acusarle de complicidad —le advertí aún sorprendida.

—No me importa.

El sonido de tres golpes en la puerta hizo que nos girásemos, y el mismo agente que nos había recibido apareció.

—Disculpen Inspectores, les reclaman en la entrada.

Suspiré por el cansancio y mi compañero maldijo. Nos levantamos de la mesa y seguimos al agente por el pasillo hasta llegar a la salida. No vimos a nadie esperándonos allí, así que el joven preguntó a la recepcionista, quien le indicó que la persona que nos buscaba estaba en la sala de observación. Volvimos a seguirle hasta llegar al lugar indicado, que resultó estar justo al

lado de la sala de interrogatorios y se encontraba separada de ésta por un cristal especial con un espejo al otro lado que permitía una visión unilateral. En la sala de observación, había un hombre de pelo largo, negro azabache, perfectamente peinado, de unos cuarenta años de edad, y ataviado con un elegante, pero no ostentoso traje. Lucía unas gafas tras las cuales se ocultaban unos ojos verdes que mostraban una mirada cautivadora y seria.

—Inspectores —dijo estrechándonos la mano—, Biel Ribas.

—El secretario general del PDC —concluyó Nabar interrumpiéndole y sin mostrar demasiado interés en darle la mano—. Le conozco, es muy popular en los periódicos.

—Siento mucho aparecer de improviso —prosiguió ignorando el gesto—, pero cuando me enteré de que habían encontrado el cuerpo del presidente Ortiz he venido aquí lo más rápidamente posible.

—Sí que tiene usted buen oído —dijo Nabar mirándolo de pies a cabeza.

—Es lo que tiene ser secretario de un partido político. A todos los miembros nos ha aterrado la noticia.

—Vaya, pues lo siento de veras —comenté molesta—. Pero ahora quisiera saber yo... ¿Por qué nos ha interrumpido? ¿Y cómo sabía que estábamos aquí?

—Siento mucho la intromisión. El Inspector Rodríguez me llamó informándome de las últimas novedades.

—Ya está —dijo Nabar—. No hace falta decir nada más.

El secretario Ribas se rio por ese comentario al que yo no le vi ni la más remota gracia.

—Ya veo que ambos han trabajado juntos.

—Por desgracia sí, y más de una vez hemos tenido que compartir cama.

Eso era una mentira y bien descarada, y la verdad es que no sé por qué narices tuvo que decir algo así, ¿es que acaso no piensa en las consecuencias que le traerá esa manía suya de decir lo primero que se le pasa por la cabeza?

Pero la reacción del secretario fue bien distinta a la que yo me esperaba, solo arrugó la frente y sonrió sin conseguir reprimir una escueta carcajada.

—Vaya, no me lo imagino precisamente a él con un hombre en la intimidad, a no ser que sea en una taberna para tomar unas cervezas.

—¿Y nunca le ha dado por fijarse en el nombre del bar que frecuenta? —preguntó Nabar divertido.

Aquello tenía pinta de haberse convertido en una conversación de dos personas que se habían caído bien desde el primer momento y bromeaban sin parar. Aquella situación nunca habría terminado de no ser porque les interrumpí con un sonoro carraspeo que hizo que se callaran.

—Lo que no entiendo aún es por qué le han informado a usted en vez de al vicepresidente —quise saber.

—El PDC no tiene vicepresidente —explicó Nabar—. El segundo en la jerarquía es el secretario general. En caso de que le ocurra algo al presidente, éste tiene que tomar el mando del partido y tomar las decisiones hasta que se convoquen unas elecciones primarias. ¿Me equivoco Sr. Ribas?

—No, veo que nos conoce bien.

—Es mi trabajo.

Ribas se quedó mirando fijamente a mi compañero, ignorándome por completo.

Biel Ribas apartó su mirada de nosotros y la fijó en el cristal, a través del cual se podía ver a Hans Müller. Lo observaba con bastante interés.

—¿Es éste el asesino de nuestro líder? —preguntó.

—No lo sabemos. De momento es inocente hasta que se demuestre lo contrario —dije tajante.

Tenía que mantenerme firme. Después del tiroteo y de la rabia desenfrenada que Nabar había descargado con Müller, mi cabeza latía como si fuera un corazón y me encontraba de muy mal humor.

—¿Seguimos con la investigación? —proseguí—. Ya que el sospechoso no se puede trasladar a Montjuïc, tendremos que llevarnos solo la prueba que ha intentado robar.

Ribas seguía mirando a través del cristal y después se volvió hacia nosotros.

—Hagan lo que sea necesario. Si necesitan nuestra colaboración, no duden en hacérselo saber.

—Sí, lo sabemos, señor secretario —dijo Nabar.

Ribas se dirigió hacia la puerta para irse, pero antes de que hubiera abandonado la sala, la voz de Phil Collins sonó cantando *Sussudio* desde el bolsillo de mi compañero. Nabar sacó su móvil, descolgó activando el «manos libres» y la voz de Algorta invadió la sala.

—Balder, he hecho lo que me pediste. Fui a la sede del PDC y a los locales de reunión de neonazis que frecuentaba Calleja.

—¿Algún sospechoso?

—Ninguno. Todos los que he interrogado tienen una coartada, lo ratifica la televisión.

—Mierda —renegó Nabar—. Durante la muerte de Calleja, los de Manos Limpias y otros fascistas estaban reunidos para hacer el juramento y cantar el *Cara al sol*.

Dijo eso ignorando que Ribas aún estaba con nosotros.

—Pero bueno, no todo son malas noticias —continuó Algorta—. Nino ha encontrado a uno que no se presentó a esas protestas.

—¿Solo uno? —pregunté yo.

—Uno que parece ser hijo de un español y de una alemana. Es miembro del partido desde que se fundó. Todo el mundo le llama el perfumista.

—Jürgen Kaufmann —dijo Ribas—. Le conozco. Le llamamos así porque es el jefe de una empresa que fabrica fragancias y siempre nos regala alguna a

los miembros del partido.

—Exacto, le hemos avisado para que vaya a la comisaría. Después de conocer la noticia de lo que ocurrió con Bob, Sofía me informó de la nueva pista, y recordé que en la sede del partido casi todos olían al peculiar perfume de Kaufmann.

—¿A qué olía ese perfume? —pregunté acercándome al móvil.

—Ya deberías saberlo —dijo Algorta

—¡¿Por qué?! ¡Podría ser cualquier olor! —grité.

Pero durante los escasos segundos que tardó en decirlo, empecé a unir algunas piezas del rompecabezas hasta que la voz de Algorta me lo confirmó.

—Lavanda y menta.

Estuvimos en la sala de observación unos minutos más y luego salimos de allí. Nabar dio instrucciones al policía que nos había asistido, para trasladárselas a Rodríguez. Biel Ribas se fue antes que nosotros. Nos marchamos de la comisaría y solicitamos un coche patrulla de la Policía Nacional para poder regresar por carretera. Una vez dentro, nos encaminamos hacia la A-2, también llamada autovía del Nordeste, dirección Barcelona.

—¿No sería mejor volver en helicóptero? —pregunté.

—No, lo siento —contestó Nabar con la vista en la carretera.

—¿Por qué no? Sería bastante más rápido si...

—¿Sabes qué sería mejor? —dijo entonces con brusquedad—. Que me dejaras sacarles información a los sospechosos a mi manera.

—¿Perdona? Tu interrogatorio no fue para nada legal. ¡Maldita sea, le golpeaste la herida de la mano!

—Herida que fue consecuencia de tu disparo. No te hagas la santurrona.

—Sí, vale, pero no le he dado una paliza y le he estampado la cabeza encima de la mesa estando esposado.

—¿Te recuerdo que nos disparó y que casi mata a Bob?

—Pero nosotros debemos seguir las normas establecidas, Nabar, no usar los métodos de Guantánamo.

Balder resopló furioso y pisó con fuerza el freno. El impacto no fue fuerte, pero me llevé una buena sacudida.

—En primer lugar, yo hago mi trabajo a mi manera. Segundo, tú no eres nadie para decirme lo que debo hacer.

—¿Has oído hablar alguna vez de la Unidad de Asuntos Internos? —le pregunté con dureza—. No puedes golpear a alguien y pretender que no haya

consecuencias.

—Veo que aún no has superado la edad del pavo de la policía —me contestó a la vez que ponía de nuevo en marcha el vehículo policial.

—Pues no, y quizá no quiera superarla, porque a diferencia de ti, yo creo en lo que representamos, y si no te gusta, pides un cambio de compañera, ¿entendido?

Nabar no me miró a la cara directamente, lo hizo de reojo, sin apartar la mirada del asfalto.

—Hubo una época en que yo también lo creía, pero como muchas otras creencias que se tienen, acaban por decepcionarte.

No dijo nada más. Llegamos a una gasolinera con el depósito casi vacío tras más de cien kilómetros. Se bajó del coche y empezó a llenarlo, mientras yo me quedé en el interior abrigándome como podía, ya que entraba algo de frío. Al rato Nabar apareció con dos bebidas con cafeína para despejarnos. Tenía claro que aquel día tampoco dormiría nada. Volvimos a la A-2 y ninguno dijo nada hasta que decidí romper el hielo.

—¿Qué opinas sobre la versión de Müller? —le pregunté.

—La verdad es que estoy empezando a pensar que no miente —me contestó.

—¿Crees que no fue él?

—Sí, eso creo. Su temperamento es muy explosivo y nuestro asesino, aunque es un estúpido, no actúa solo por impulsos.

—¿Por qué crees que *Doppelgänger* es estúpido? —le pregunté extrañada.

—Por el robo de Müller —contestó—. Ese capullo alemán no debería haber sabido dónde estábamos. Cuando dijo que no quería que arrestásemos a *Doppelgänger* miró hacia la izquierda. Estaba seleccionando las palabras. Creo que temía que le preguntáramos cómo había sabido que estábamos allí.

—¿Insinúas que alguien le ha informado sobre el caso?

—No lo descarto.

—¿Sigues mezclando la baraja?

Solté una expresión que solía decir mi padre cuando no me decidía a escoger un pastel u otro de la pastelería.

—¿A qué te refieres? —me preguntó sin dirigirme la mirada.

No me molesté en explicarle el significado de la expresión, ya que mis ojos empezaban a cerrarse por el sueño, obligándome a parpadear con fuerza para no dormirme. Después de cuatro largas horas ya empezaba a estar incómoda. Al llegar, nos dirigimos directamente a la comisaría de Montjuïc. Cuando Nabar aparcó, bajamos del vehículo y estiré las piernas para desentumecerlas y recuperar la movilidad. Aunque ya eran casi las seis de la mañana, todavía quedaba gente trabajando. Cuando entramos, Carranza nos recibió temblando.

—Ka... Kaufmann está en la ha... habitación —nos informó tratando de controlarse.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Nabar.

—No ha... ha... soltado prenda —le contestó.

—¿Ha solicitado algún abogado? —pregunté.

—No, de momento se mant... man... mantiene en su derecho a permanecer en silencio.

—Eso no le favorece mucho, la verdad —dije agotada.

—Nos está demostrando su orgullo alemán —dijo Nabar frotándose los ojos con las yemas de los dedos índice y pulgar.

Avanzamos hasta llegar de nuevo a la sala de interrogatorios. Empezaba ya a cansarme de esas salas herméticas, pero tendría que acostumbrarme.

Allí estábamos de nuevo con Jürgen Kaufmann sentado en la mesa. Según su documentación tenía veintiocho años, la frente muy marcada por finas arrugas y unas facciones que le hacían parecer mucho mayor de lo que era en realidad. Su cabello era corto y moreno y su constitución muy delgada. Pero lo

que más me inquietó fueron sus ojos: tenía uno marrón y el otro azul. Cuando entramos en la habitación, nos lanzó una mirada que no supe interpretar si era de interés o curiosidad. No tardó en desviarla hacia otro lado.

—Buenas noches Sr. Kaufmann —le saludó Nabar.

—Buenas noches —respondió mostrando una sonrisa cordial.

—Sentimos haberle retenido tanto tiempo —me disculpé. Nos sentamos al otro lado de la mesa a la vez que Kaufmann se dirigía a mí.

—No tiene que sentir nada, Inspector. Ustedes están haciendo su trabajo, aunque me fastidie haber esperado casi doce horas.

—Bueno, es de esperar que siendo sospechoso de asesinato le traten así —dijo Nabar—. Y más aún si pertenece al PDC.

—Y qué tendrá que ver que esté vinculado a ese partido político —dijo Kaufmann suspirando—. Continúan con su estúpida caza de brujas, sin embargo, jamás conseguirán eliminar a la derecha.

—Tiene razón —le contestó Nabar—, ¿con quién se pelearían los de la izquierda entonces?

Siguió hablando de política y poniendo verde a su partido. Lo decía con tanta rabia y con tanta burla que pensé que Kaufmann acabaría perdiendo la paciencia, y no estaban precisamente las cosas como para que tuviéramos otro altercado.

—Deje de perder el tiempo —dijo Kaufmann—. Si no quieren decirme por qué me han arrestado déjenme marchar, tengo una empresa que dirigir y muchos clientes a los que atender.

Enseguida le mostré las fotos de las víctimas. Nabar y yo nos fijamos con atención para captar cualquier tipo de reacción que nos hiciera vislumbrar que estaba mintiendo, pero él mantuvo la misma cara de póquer.

—¿Ha tenido algún percance con ellos? —pregunté tras relatarle lo ocurrido y las pruebas halladas.

—No, ninguno. Salvo el hecho de que me debía mil euros cada uno y se lo había recordado en más de una ocasión.

—¿Por la compra de sus perfumes? —preguntó Nabar.

Asintió con la cabeza. Al calcular la diferencia entre dólares y euros reaccioné de la misma manera que mi compañero.

—¿No le parecen insultantemente caros? —le solté.

—El perfume que fabrico es una mezcla única que nadie usaba desde el año 85, en Austria. Mi padre lo creó sin demasiado éxito, pero yo lo he perfeccionado y el resultado ha sido completamente distinto. Gracias a él he ganado muchísimo dinero.

—Y veo que ha logrado financiar su carrera política, además de convertir su negocio en una de las empresas más prestigiosas del país.

—Y muy pronto, las empresas Kaufmann se extenderán muchísimo más por todo el mundo —dijo con un deje de orgullo en su voz.

—Pero su prestigio no le servirá para librarse de la cárcel por el asesinato de estas tres personas —le amenacé señalando las fotos.

Algo me decía que, si quería descubrir algo, tenía que atacarle directamente, sin rodeos.

—Admito que no me llevaba bien con ellos por el tema del dinero que me debían, pero de ahí a matarlos es un poco excesivo, ¿no le parece?

—Tenemos motivos para sospechar de usted —indicó Nabar—, ya que todas las víctimas desprendían el aroma de sus perfumes.

—Siendo el perfume oficial de los miembros del partido, lo podrían usar de forma habitual —se defendió Kaufmann.

—La cuestión es que esos hombres llevaban tiempo muertos cuando los encontramos y ningún perfume perdura tanto, Sr. Kaufmann, y su olor era muy intenso en ese momento. Perfumaron los cuerpos antes de dejarlos.

—¿Me están acusando formalmente de haberlos asesinado?

—¿Por qué si no estaría usted aquí? Díganos, ¿Qué estaba haciendo la noche del 12 de enero? —interrogó Nabar.

—Estaba ocupado trabajando.

—Es decir, que no tiene coartada —acusé.

—Todas las pruebas le apuntan, Sr. Kaufmann. Yo que usted... confesaría.

El medio hermano nos miró fijamente, suspiró resignado y se cruzó de brazos.

—Creo que apelaré a mi derecho de permanecer en silencio hasta que esté presente mi abogado.

No tuvimos más remedio que respetar su decisión, ya que no nos estaba permitido hacerle preguntas, ni siquiera darle los buenos días hasta que no llegara su abogado. Mientras Kaufmann esperaba, nos dirigimos al ascensor para bajar a la primera planta. En el camino, el sueño me empezó a dominar, necesitaba urgentemente un café para despejarme.

Una vez en la primera planta, las puertas se abrieron de par en par. La iluminación era escasa en esa zona, excepto en el habitáculo de cristal que ocupaba el centro de la sala que constituía el enorme laboratorio criminal. En su interior se podían ver varios ordenadores, analizadoras de ADN y otros aparatos con los que la Policía Científica trabajaba a diario. Creía que los españoles aún no poseían esa tecnología. Una melodía de Kitaro, melancólica y relajante, surgía desde dentro, donde Clara estaba durmiendo con la cabeza apoyada sobre sus brazos encima de una de las mesas.

¡Vaya con los de científica! ¿Cómo podrían trabajar en espacios tan cerrados? Cuando entramos en la sala acristalada, caminamos hacia ella provocando que despertara de su letargo.

—Me habéis pillado traspuesta —dijo frotándose los ojos. Nabar la miró con dureza.

—Más vale que hayas encontrado algo importante, ya que parece que tienes tiempo suficiente como para permitirte el lujo de ponerte a dormir.

—No solo trabajo para ti—contestó la asiática—. Otros casos me han reclamado.

—Eso no es lo que acordé con Gallego. Ya la cogeré por banda y se le quitarán las ganas de mangonearme.

—¿Y los has atendido a todos? —pregunté con admiración.

—Es en parte asiática, lo dan los genes japoneses —comentó Nabar rebajando el tono—. Por eso trabaja tanto. Es una joya, aunque tenga la manía de hablar como si estuviera cabreada.

Clara le sonrió, se desperezó y nos trajo unas fichas. A continuación, giró los monitores de los ordenadores para mostrarnos lo que había descubierto.

—He analizado la ropa de las víctimas —dijo señalando unos puntos marrones en la pantalla—. Todos ellos tenían tierra húmeda en los bolsillos de sus pantalones y en el cuello de las camisas.

—¿Qué clase de tierra? —pregunté.

—La misma que hallé en la huella de la Sagrada Familia. Después de horas mirando y examinando he encontrado también restos de cemento y de pintura mezclados.

—Es arena de construcción utilizada, en ocasiones, para levantar paredes con menos cantidad de cemento en la mezcla —explicó Nabar—. Si está lo bastante húmeda, con el tiempo la pintura se levanta y las paredes empiezan a agrietarse. Es muy habitual en casas antiguas de zonas rurales o en sótanos descuidados.

—No podría estar más de acuerdo contigo, Balder *San* —exclamó la asiática como si fuera una presentadora de televisión—. Y también descubrí esto.

Caminó hacia un rincón, de donde recogió una bolsita hermética de plástico y se la enseñó a Nabar.

—Son restos de porcelana del mismo material que las máscaras. Después de analizarlo e investigar durante horas, averigüé que fue fabricada en Madrid.

Explicó que esa porcelana artesana estaba hecha con materiales muy distintos a los que se usaban en la actualidad para fabricar retretes o bañeras. Sin embargo, la muestra que había facilitado a Balder pertenecía a una composición más propia de principios del siglo XX, con restos de metal.

Aunque también dichos restos podían ser a causa de las cadenas que se colocaban para poder tapar el desagüe.

—Algunas de las primeras empresas que empezaron a hacer bañeras en España fueron gestionadas por empresarios austríacos, que, durante bastante tiempo, se beneficiaron de la hegemonía franquista para prosperar. Una de ellas era Bañeras Balzburg. Tenía su sede principal en Madrid, aunque, tras la muerte de Franco, cayeron en bancarrota y todo el material se quedó en la fábrica, que continúa hoy en día abandonada.

—¿Piensas que el asesino podría ser de Madrid? —pregunté.

—Bueno, no podría llegar a tanto con las pruebas que tenemos. A pesar de que en su momento fue una gran empresa, a día de hoy pocos ciudadanos saben de su existencia o dónde se encuentra la fábrica.

—¿Y no crees que la arena pudiera ser precisamente de esa fábrica? —le preguntó Nabar, que examinaba las bolsitas con el polvo de porcelana.

—La arena que te he enseñado no tiene nada que ver con la fábrica.

Nabar dejó las bolsas nuevamente encima de la mesa.

—Pero a decir verdad... no hay muchas casas con sótanos en tan mal estado, ni tampoco muchos pueblos en la Comunidad de Madrid que no se hayan urbanizado.

Ninguno supo qué contestarle, ya que tenía razón. En el transcurso de los últimos años se habían restaurado barrios y pueblos enteros con ayudas del estado, para evitar el derrumbe de las mismas por el envejecimiento, muy pocas casas estaban como antes. La mayoría estarían reformadas, y muy pocas serían las que quedaban en un estado tan lamentable como para desprender una muestra semejante a la que había analizado Nakamura.

—Este condenado bastardo me está tocando las narices —renegó después de pensar un instante.

—¿Insinúas que estás dando palos de ciego? —pregunté.

—Nada de eso, pero para probar mis conjeturas necesitaré que traigan a Müller y volver a interrogarle.

—¿Quién es ese Müller? —preguntó Clara sin recibir respuesta de ninguno de los dos, demasiado ensimismados en sus cavilaciones.

—¿Aún sigues con la idea de que alguien le llamó para asaltarnos? ¿Y qué me dices de Kaufmann?

—Kaufmann es demasiado listo. No ha sido él.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque a diferencia de Kaufmann, Müller es muy impulsivo e idealista, sin la sangre fría necesaria para hacer las mutilaciones en la cara y el pecho, y sin la capacidad necesaria para tenernos en jaque todo este tiempo.

—Pero Kaufmann sí —afirmé—, tiene bastante frialdad para hacerlo y, como has dicho hace un momento, es muy inteligente: ya viste cómo nos ha esquivado sin llegar a decirnos nada.

—Que solicite un abogado no quiere decir que sea el asesino.

¡Maldita sea! ¡Qué cabeza más dura tiene este hombre!

—¿Quieres hacer el favor de probar lo que dices para que desechas con tanta seguridad que el perfumista no es el asesino? ¡Mientras no haya pruebas que lo ratifiquen, no descartaremos a ningún sospechoso! —le grité harta.

—*Doppelgänger* no es tan listo como cree... —dijo sonriendo a la vez que sacaba la máscara que Müller robó del interior de una bolsa, haciendo caso omiso a lo último que le había dicho.

Se acercó hacia Clara que tenía los ojos muy abiertos al ver la prueba.

—¿Has robado una prueba de esa comisaría de Madrid?! —exclamó atónita.

Asintió sin decir nada y ella le respondió con una risa muy contagiosa para luego gritar «ME GUSTA» y arrebatársela de las manos.

—¿Qué quieres que haga con ella? —preguntó Clara.

—Que la analices al milímetro.

—Solo veo bastante sangre de la víctima. No sé qué quieres encontrar.

—Tú hazlo, y muy a fondo —le indicó con voz dulce al tiempo que la besaba en la frente—. Sé que descubrirás algo para ganar esta partida.

Clara sonrió ante esa muestra de cariño que, a mí particularmente, me resultó bastante idiota por parte de Nabar.

—Podría tardar bastante —le informó la asiática—, pero si me lo pides así haré lo posible para tenerlo en la mitad de tiempo.

Después Nabar se marchó y Nakamura y yo nos quedamos solas. Me senté un rato en el suelo, agotada por el cansancio acumulado, mientras la bioquímica empezó a trabajar enseguida. Sentía calambres musculares y tenía las piernas bastante cargadas, el caso empezaba a cansarme de verdad.

—¿Tienes alguna duda? ¿O prefieres que charlemos de cualquier otra cosa? Imagino que todo esto recién llegada a España tiene que ser un tanto abrumador —se sinceró Clara mirándome y haciendo una pausa en su trabajo—. Puedes confiar en mí.

Aquello me sorprendió bastante. Nunca se había dirigido a mí para entablar una conversación, pero me lo decía con una expresión tan relajada y amable que acepté de buen grado charlar con ella.

—Sé que puedo confiar en ti —le dije sonriendo. Mi primera sonrisa en todo el día—. Pareces buena tía. La verdad es que está siendo una investigación muy intensa y estoy algo saturada. Mejor si lo dejamos aparcado por el momento.

—Ya veo que los estadounidenses no sois como os pintan en las películas. Tan obstinados y resistentes —me dijo con un inglés perfecto.

Maldije a las productoras de Hollywood por crear esa puñetera imagen tan diferente de la realidad.

—Ya, pues no somos precisamente como *John McClane*.

Me quedé observándola unos instantes en que volvió nuevamente a su trabajo. Aunque tuviera los ojos rasgados, no eran los típicos ojos oscuros de los orientales, eran de color azul verdoso. Y teniendo en cuenta su peinado tan moderno, su aspecto no era precisamente muy típico de allí.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —me atreví.

—Soy medio española, medio japonesa —respondió sin levantar la vista del microscopio.

—¿Cómo has...?

—Porque sé que mi nombre confunde a la gente y todo el mundo me hace la misma pregunta.

Desde luego aquella respuesta me hizo sentir muy tonta.

—Mi padre se llama Ernesto Morgadas y mi madre Taeko Nishima —me dijo.

—Un momento, pero si todos te llaman Nakamura...

—Nabar es el que empezó a llamarme Nakamura —me corrigió sonriendo de nuevo—, en honor a Shunsuke Nakamura, un famoso jugador de fútbol japonés que vino a jugar a Barcelona y pasó brevemente por el Espanyol. Pero mi apellido real es Nishima, aunque los demás se hayan acostumbrado a llamarme como lo hace Nabar.

—Veo que tus padres prefirieron seguir la tradición.

—Mi padre me puso el nombre español, pero respetó la tradición de la cultura de mi madre al ponerme en primer lugar el apellido de mi familia nipona.

—¿Y eso por qué? —pregunté curiosa.

—No tengo ni la más mínima idea.

—¿Nunca te lo has preguntado?

—No. Eso de perder la cabeza para saber quién eres es una completa y una auténtica estupidez, una pérdida de tiempo —concluyó sin dejar de estudiar la

máscara.

Conectamos rápido y la conversación derivó hacia a nuestros gustos e inquietudes, y a nuestras respectivas culturas. Me sorprendió que supiera tanto de mi país y me dio vergüenza admitir que yo no sabía prácticamente nada del suyo.

Pero la conversación se detuvo en seco cuando las puertas se abrieron permitiendo la entrada de Bob con el brazo vendado y en un cabestrillo. Contuve las ganas de ir a abrazarlo. No era demasiado simpático cuando estaba herido y si alguien le tocaba sin querer una zona lastimada saltaba como una espoleta.

—¿Cómo estás? —le pregunté acercándome.

Bob me dio un beso en la frente que acompañó de una sonrisa. Al contrario que en otras ocasiones, esta vez reflejaba alegría, a pesar del disparo.

—Ahora sé lo que sintieron mis antepasados en las persecuciones del Ku Klux Klan —me dijo estrechándome con su brazo bueno.

—¿Por qué los afroamericanos siempre tenéis que hacer ese tipo de comentarios? —cuestionó Clara.

—Porque, por desgracia, es una herida muy abierta en su memoria racial —le comenté.

—Que tampoco nos hemos molestado en curarla —lamentó Bob—. Andrea, he venido a buscarte, ¿me harías el favor de acompañarme?

Acepté encantada y me fui con él hacia el ascensor, donde Bob pulsó el botón correspondiente al piso del despacho de la jefa.

—¿Por qué vamos a ver a Amanda? —le interrogué sin ganas.

—Bueno, cuando regresé la comisaria solicitó nuestra presencia y le dije que cuando volviésemos, nos reuniríamos con ella inmediatamente. Ahora está hablando con la fiscal.

Desde luego, alguien tendría que notificar a Amanda sobre lo ocurrido en

Madrid. Nabar no era famoso precisamente por dar explicaciones, así que tenía claro que el marrón me lo iba a comer yo. En el despacho estaba Julisa Ferrer, la fiscal. Sus miradas se clavaron en nosotros sin decir palabra hasta que nos acercamos.

—Inspectora Harris —saludó la comisaria.

—Celebro volver a verla, aunque creo que ha debido pasar muy mala noche —observó su acompañante.

—No es la primera mala noche que paso desde que llegué aquí —comenté.

—Espero que aun así esté bien —dijo Amanda.

—Lo está —me defendió Bob—. Aún es joven, pero tiene el temple de los veteranos del departamento de policía de Nueva York.

Me halagó el comentario de mi amigo. Siempre sabía qué decir para animarme un poco el día. Julisa me miró con cierta admiración brillando en sus pupilas y eso me hizo sentir mejor. Después, comenzó a hablar.

—Inspectora Harris, ¿sabría usted decirnos qué le hizo Judas Iscariote a Jesucristo?

—¿Cómo? Discúlpeme, pero... ¿podría dejar las preguntas con doble sentido para otro momento?

Ambas sonrieron unos segundos, pero después cambiaron la expresión.

—De acuerdo, iremos al grano —dijo Amanda—. Necesito que me informéis sobre...

—El caso va de mal en peor —me adelanté—, y el brazo de mi compañero Bob Myers es una prueba irrefutable.

Bob me escuchó y puso cara de sorprendido y ofendido a la vez. Julisa escuchaba con atención, y Amanda suspiró al mismo tiempo que alzó su mano tocando el brazo de Bob.

—No me refiero a esto Inspectora. Hábleme del comportamiento del Inspector Balder.

La aclaración me cogió por sorpresa. Miré a Bob, que parecía que sí se la esperaba.

—¿Y por qué tendría que hacer eso? —pregunté.

—Estamos vigilando muy de cerca al Inspector Balder y sus testimonios son vitales a la hora de recoger pruebas. El Juez Gómez-Arraval ha solicitado un informe pormenorizado sobre el Inspector —añadió Julisa.

—¿Es sospechoso de algún fraude o corrupción?

—Más quisiéramos... pero no se trata de eso —intervino Bob—. Verás Andrea... nosotros dos tendremos que informar a la comisaria Gallego y a la fiscal sobre las prácticas de Balder en casos tan importantes: su forma de investigar, de buscar pistas y lo más importante, el modo de interrogar a los testigos y sospechosos.

Ahí estaba la bomba, la verdadera razón del por qué la fiscal merodeaba tanto por la comisaría en los últimos tiempos. Me pareció que había llegado el momento de contárselo todo, pero, para despejar mis dudas y tener una idea más clara de hasta qué punto sabían de los últimos acontecimientos, decidí preguntar primero.

—Entonces, ¿ya saben lo que pasó en el interrogatorio de Hans Müller?

—No, pero estaríamos encantados de que nos relatara hasta el más mínimo detalle —respondió Julisa.

—El Inspector Balder, para sacarle información al acusado le ha golpeado en la cabeza y en una mano donde tenía una herida de bala que yo misma le provoqué. En nuestra estancia en Madrid para investigar la muerte del candidato Ortiz, se dio un suceso inesperado. El sospechoso se presentó en el Anatómico Forense para robar una prueba. Hubo una persecución que terminó cuando conseguí reducirlo disparándole en la mano antes mencionada.

—Hans Müller no es el primero al que Nabar interroga con «suavidad» —dijo Amanda.

«¿Suavidad?» pensé.

—Alguna de las veces que cruzó la línea de la legalidad, mandó a más de uno al hospital, incluso a un psiquiátrico —explicó Bob.

Desde luego Nabar tiene de policía lo mismo que de psicópata.

—¿Están reuniendo pruebas para investigarlo y echarle?

—No es eso. No le podríamos echar, aunque quisiéramos, al menos por el momento. Hasta que el juez considere que tiene pruebas suficientes como para intentarlo. Balder es una persona con muchos contactos influyentes —respondió la comisaria.

—Lo único que podemos intentar es que no haga más daño a los sospechosos —dijo Julisa—. Por lo que ha hecho le podrían encerrar unas cuantas semanas, pero no una condena larga.

—Los métodos de Nabar son ilegales, pero muy eficaces.

—Por eso los de arriba no quieren que le arrestemos. Hay una lucha de poder y Balder ha sido una pieza importante en muchas ocasiones para ellos, realizando trabajos que están fuera de la ley —dijo Amanda—. Ha detenido a tantos criminales que, si lo hiciéramos, muchos reclamarían su liberación. Fue ese el motivo real de que le readmitieran en el departamento de Policía. Unos querían quitarlo de en medio porque no estaban de acuerdo con su forma de conseguir los objetivos y otros no estaban dispuestos a desprenderse de una figura tan «eficiente». La única forma de que todos estuvieran contentos era que la propia Policía pudiera controlar sus pasos. No podríamos encerrarlo por temas del pasado, pero sí que podríamos tenerle vigilado. Fue el acuerdo al que llegaron y, tras muchas presiones, Nabar terminó aceptando, aunque con una serie de suculentos privilegios.

—Y en estos tiempos que corren a nadie le importa cómo hace las cosas —comentó Julisa—. Importan más los resultados. Bajo la máscara de ser Policía Nacional sigue trabajando a su manera y con el amparo de tener una placa.

«¿Pero se puede saber qué les ocurre a estos? ¿No se dan cuenta de que eso va en contra de todo lo que estamos representando o qué? No deberían permitir que haga lo que quiera, maldita sea». Pensé.

—Por eso tenéis que informarnos enseguida —concluyó Amanda—. Delante de los otros compañeros le tendremos que echar la bronca, pero en realidad estamos obligados a dejarle actuar como él quiera.

—¡Eso es ilegal! —protesté—. ¿Cómo podéis hacer eso sabiendo que se incumplen todos los principios básicos de la Policía?

—Andrea —dijo Bob—, eres joven e idealista, lo que te dignifica, pero debes saber que no todos los policías tienen tu concepto de la honradez. Llegará un momento en que tus principios se verán heridos.

—¿Insinuáis que estando con él, cambiaré mi forma de ver las cosas? —les pregunté ofendida.

—No es eso Andrea —se excusó la comisaria—. Está en período de prueba, y de momento ha aguantado más que muchos otros.

—Entonces, ¿para vosotros el comportamiento de Balder es también una prueba para mí?

—Así es, realmente lo es para ambos —dijo Julisa.

—Cuando vea a Balder, dígame que suba, por favor —solicitó Amanda, invitándome así a salir del despacho.

Me fui de allí echando humo del cabreo que tenía. Durante el trayecto en el ascensor hacia nuestra planta estuve dándole vueltas a las cosas. Cuanto más pensaba en ello, más ganas me daban de darle unas cuantas patadas al espejo que tenía delante. Ahora entendía las advertencias de la fiscal Ferrer, la actitud de Nabar y la pasividad de la comisaria ante su comportamiento. Él tenía poder: por mucho que le encerraran, podía salir en poco tiempo. También estaba el tema de todos los delincuentes que había enviado a la cárcel: aunque me fastidiaba admitirlo, mi actual compañero había llevado ante los juzgados

a tantos criminales que era prácticamente imposible contarlos, había conseguido más que ningún otro policía que haya conocido y en mucho menos tiempo. Además, Balder tenía razón: yo también me había saltado la ley en una ocasión.

Cuando lo asimilé, salí del ascensor que llevaba más de un minuto parado en mi planta. Atravesé el pasillo hasta nuestro despacho y, una vez abrí la puerta, escuché la voz de Algorta gritando.

—Pero ¿cómo demonios pudo el asesino llevar el cadáver de Ortiz en un avión saltándose todos los sistemas de seguridad?! —preguntó Algorta.

—Sencillo, porque *Doppelgänger* en realidad nunca viajó en avión —expuso Nabar—. Aunque en el aeropuerto aparece la reserva del billete por parte de Eduardo Calleja, no subió, quería jugar al despiste con nosotros. Hizo el camino en coche, de ese modo no tendría ningún problema con las cámaras de seguridad.

—Nos ha estado engañando —dijo Sofía.

—Una jugada inteligente —admiró Ángel—. Además, no solo ha querido jugar con nosotros con el tema del vuelo, también con los restos de porcelana que Clara encontró. No quiere que le asociemos a un lugar en concreto. Verdaderamente sí que podría tener una conexión real con Bañeras Balzburg y que fuese en ese lugar donde hizo las máscaras. Podemos buscar allí.

—No podemos actuar enseguida —dijo Andoni—. Por desgracia, ahora debemos esperar.

—¿Y mientras esperamos qué? —inquirió Ángel muy impaciente—. Puede que ahora ese cabrón esté matando a otra persona.

—Cálmate —dijo Nabar posando la mano en el hombro de su hermanastro—. Te recuerdo que ahora no puedes hacer nada.

Nabar se acercó a él, le frotó el hombro con cariño y le dio unas

palmaditas en la espalda.

—Sabes que, ahora más que nunca, no podemos actuar precipitadamente y, menos aún, siguiendo solo una teoría.

—Hay pruebas que respaldan mi teoría —le respondió Ángel más calmado.

—Es una buena hipótesis —replicó Nabar—, pero no es la correcta.

—¿No sería más fácil probar por qué se ha equivocado? —le pregunté.

—Es que no se ha equivocado del todo.

—¿Y qué pasa con los sospechosos que tenemos? —preguntó Nino Carranza sin tartamudear.

—Después de escuchar a Hans Müller y a Kaufmann, dudo que hayan sido ellos —respondió Nabar.

Nabar relató a los demás exactamente los mismos argumentos que me había expuesto durante el viaje de vuelta desde Madrid, así que esos dos estaban definitivamente descartados, pero... ¿y si las pruebas demostraran lo contrario? Cuando lo pregunté, Nabar simplemente me dijo que el asesino podía amañar las pruebas para incriminar a cualquiera, así que teníamos que buscar otras formas de actuar y ser más listos que él.

—¿Y cuáles son esas otras maneras? —pregunté.

—Arrestar, interrogar, intimidar y obligar a que confiesen —dijo el Inspector—. Es la base de un buen policía.

—Esa es la base de *Harry, El Sucio* —le contesté, provocando que todos incluso Nabar estallaran en carcajadas.

De repente recordé que Gallego quería ver a Nabar en su despacho y se lo hice saber. Éste se marchó entonces blasfemando a voz en grito.

El aire soplaba gélido y con fuerza. Las nubes tapaban la luna menguante, dejando que solo algunos rayos de luz se asomaran tímidamente. En Madrid, todo el mundo estaba bastante alborotado, ya que, en esos momentos, en el Estadio Santiago Bernabéu, se disputaba el derbi entre los dos equipos de la capital. Antes de empezar el partido, tanto los espectadores como los jugadores, guardaron un minuto de silencio por las recientes muertes. Cuando el balón empezó a rodar por el césped, la ciudad al completo se quedó muda, solo se escuchaba el sonido del viento soplando por las calles vacías.

Por Madrid solo circulaba un coche. Su piloto conducía con cautela para no arriesgarse a ser detenido por la Guardia Civil y que, solo por precaución, decidieran inspeccionar su maletero y los asientos traseros. El vehículo circuló recorriendo todo el Paseo de la Castellana hasta llegar al Parque del Retiro, que aún estaba controlado y vigilado por los agentes de seguridad encargados de custodiarlo. El conductor lo sabía, pero no le importó en absoluto, ya que conocía otro camino para dejar el contenido de su maletero donde quería. *Doppelgänger*, así le había bautizado la prensa. Le gustaba cómo sonaba.

Frenó el turismo y, después de asegurarse de que no había nadie por la zona, se bajó y empezó a descargar. Tardó varios minutos en vaciar el maletero de los pesados bultos que había transportado en bolsas de basura. Tras desenvolver los cadáveres, se dedicó a colocarlos con una posición casi artística y ponerles las máscaras en sus rostros amputados. En esta ocasión no adecentó los cadáveres como a las otras víctimas. No lo merecían.

Una vez terminada su misión, regresó a su vehículo y arrancó ya sin importarle la velocidad. Al pasar por el estadio, oyó un fuerte lamento: el

conjunto local iba por detrás en el marcador.

20

Esa noche no pude dormir nada, ya que cierto compañero empezó a llamar a mi puerta como si fuera un rinoceronte. No me acuerdo de la hora exacta, pero puedo asegurar que era de madrugada.

Cuando abrí la puerta vestida solo con un albornoz —tengo la costumbre de dormir medio desnuda—, la imagen de Nabar apareció tras la puerta. Tenía un aspecto desaliñado y unas ojeras increíbles. Su chaqueta oscura estaba desabrochada, la camisa muy arrugada y llevaba el cabello suelto y sin peinar. Para colmo entró de malas maneras. Aunque veía que aquella no había sido su mejor noche, no fui del todo comprensiva.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le pregunté cabreada.

—Parece que te he pillado echando un polvo... —respondió con desgana mientras me miraba un pecho que se me había descubierto por la abertura del albornoz.

—¿Quieres hacer el favor de decirme qué diablos haces aquí? —le grité muy molesta mientras me cubría.

Después de soltar un suspiro de indignación, me miró severamente y dijo:

—Vístete rápido, nos vamos. Han encontrado otras tres víctimas con las mismas heridas que las anteriores —suspiró.

No tardé demasiado en cambiarme, me puse lo primero que encontré y cogí el arma y la placa. Bajamos por las escaleras, salimos a la calle y nos montamos en su Mercedes. Nos dirigimos a la comisaría.

—Según me han informado —me decía mientras conducía—, han hallado tres cadáveres nuevos en el Parque del Retiro. La patrulla de vigilancia los encontró al amanecer.

—¿Y no vieron a nadie acercarse? —pregunté.

—Era día de partido —me contestó Nabar—. Jugaban el Real Madrid contra el Atlético de Madrid y la ciudad estaba completamente desierta.

«Bonita excusa para no decir que en realidad estaban escuchando el partido por la radio» me dije a mi misma.

—¿Pero no vamos a Madrid? —pregunté.

—No, Amanda ha conseguido convencer a los de la delegación de Madrid para que nos envíen los cuerpos aquí. Ya han estimado el tiempo que llevan muertos.

—¿Y bien?

—Más de tres meses.

La noticia me dejó pasmada y, a pesar de la hora que era y el sueño que aún tenía, consiguió despejarme por completo.

—¿Entonces esas serían...? —empecé a decir.

—Exacto. Han hallado a las primeras víctimas de *Doppelgänger*, si es que no aparecen más.

Justo cuando Nabar me había informado de las últimas novedades, llegamos a la comisaría y encontramos en el vestíbulo un gran alboroto causado por la cantidad de agentes que se habían concentrado allí. Habían levantado de la cama a todo el cuerpo y la mayoría estaba al borde del ataque de nervios. Encontramos a Sofia y a Bob, aún con el cabestrillo, hablando a gritos por teléfono en el despacho. Algorta apareció detrás de nosotros con los ojos hinchados y rojos. Carranza iba con él, temblaba aún más de lo que solía hacerlo, repasando una y otra vez unos folios sin parar de murmurar algo ininteligible.

—Tres víctimas, todas mujeres —informó Bob colgando el teléfono—. A pocos metros de donde se encontró el cadáver de Armando Ortiz.

—Los cuerpos llegarán a Barcelona en unas cuatro horas —apuntó Sofia.

—Joder —soltó Carranza—, ¿se está burlando de nosotros o qué?

—En cierto sentido, sí —dijo Sofía guardando su teléfono móvil—. Nos está mostrando su arrogancia, nos está diciendo a gritos que no le podemos detener, que no tenemos pruebas para hacerlo.

—Será hijo de puta —maldijo Algorta—. Saca a relucir a sus primeras víctimas y solo por...

—O puede que nos esté distrayendo —dije en voz alta. Todos se giraron hacia mí—. Puede que piense que estamos cerca de identificarle y, de esta forma, nos enviaría un señuelo. Sabe que le dedicaremos un tiempo al estudio de esos cuerpos, días que él podría utilizar para escapar.

—Andrea, esto no es un caso de atraco de bancos —dijo Bob—. ¿Por qué piensas eso?

—No, si lo piensas tiene sentido —dijo Sofía meditando su argumento—. *Doppelgänger* sabe que le tenemos contra las cuerdas y quiere ponernos obstáculos.

—Sabe que una investigación de asesinato dura bastantes semanas —intervino Nabar—. Lo suficiente como para sacar el pasaporte y huir del país.

—Pero también es un acto desesperado. Si pudiéramos contar con un experto en psicología sería mucho más sencillo —se lamentó Sofía.

—¿No tienes el título? —pregunté.

—No tuve tiempo de estudiar. Tuve que ejecutar muchos encargos en mi juventud.

—Entonces ¿qué hacemos?

Aquella era una buena pregunta. Puede que fuera porque eran las cuatro de la mañana o porque aún no estaba despejada del todo, pero no supe qué proponer. Todos callamos y permanecimos así durante unos minutos hasta que Nabar susurró:

—Puede que nos quede una esperanza—. Cogió su teléfono, buscó un contacto y pulsó el botón de llamada.

—*Bernard escolta noi, necessito que em porteu en Hans Müller amb el cossos desde Madrid... ¡Yo et parlaré en l idioma que em surti dels pebrots! Saps de sobres que em deus cent cinquanta euros de les partides a les cartes. O sigui que comença a moure el cul del seient. ¡Y estàs trigant desgraciat!* (Bernard escucha chico, necesito que venga lo antes posible Hans Müller... ¡Yo te hablaré en el idioma que me salga de los cojones! Sabes de sobra que me debes ciento cincuenta euros de las partidas de cartas. O sea que ya estás comenzando a mover el culo del asiento ¡Y estás tardando desgraciado!).

Aunque no entendí nada de lo que dijo, pude suponer que había soltado algo grosero. Tras colgar el teléfono, le vi una expresión de satisfacción en la cara.

—Müller viene hacia aquí. Sigo pensando que es una de las claves para dar luz al caso. Voy a por unos cafés, ¿alguien quiere?

Todos alzamos la mano, así que le acompañé para ayudarle a traerlos. Cuando estuvimos en medio del pasillo le pregunté:

—¿Qué es eso de *pebrots*?

No respondió, ya que en el momento en que iba de hacerlo, aparecieron dos agentes dejándole con la palabra en la boca. Minutos después regresamos de la máquina de café y oímos a nuestro paso unos murmullos de los demás agentes de la comisaría, que nos regalaban miradas de enojo. A pesar de haber intentado en la medida de lo posible llevarme bien con ellos, aún sentía cierto rechazo por su parte, acrecentado por ser compañera de quien era. Y no les culpaba, porque, de haber sido al contrario, puede que yo me hubiera comportado igual.

Repartimos los vasos de cartón a todos, y saboreamos el café mientras esperábamos —todos menos Carranza, que lo bebió de un trago—. Aunque el panorama no era el más indicado, empezamos a hablar de cosas más triviales. Las risas y el buen ambiente lo invadieron todo durante un rato. Nabar y

Algorta comenzaron a hablar de fútbol, de un partido en concreto.

—Está bastante claro que el Real Madrid no demostró su buena cara. Aunque sigan ganando, llevan muchos años sin ofrecer un buen juego —decía Algorta.

—Sí, es algo que se repite desde la quinta del Buitre —admitió mi compañero—, pero ya se sabe quién ganará. La Liga está prostituida por los dos grandes, por eso no soy seguidor de ninguno de los dos.

—¿Eres del Atlético de Madrid? —preguntó Algorta.

Nabar abrió mucho los ojos y ahogó un grito de indignación, como si alguien le acabara de abofetear en la cara.

—¿Quieres que me cabree? Para tu información, yo soy del verdadero equipo de esta ciudad —respondió Nabar.

—Ya, por eso estáis en Cornellà-El Prat.

Nino y Sofía estallaron en sonoras carcajadas al oír aquello, y fueron contagiosas porque, aun ignorando de lo que estaban hablando, nos unimos a ellos.

Unos golpes en el suelo, que resonaron huecos, apagaron nuestras risas y vimos a Ángel ingresar en el despacho.

—Eh, no dudéis en continuar —dijo sonriendo con un gesto afable—. Es agradable oíros reír.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Sofía. Algo que nos estábamos preguntando todos, hasta el propio Nabar.

—He venido en coche —se limitó a contestar, y ninguno de nosotros le preguntó más sobre el asunto.

Horas después, a través del móvil de Balder, llegó la confirmación de que los cuerpos estaban en nuestro depósito y que Hans Müller estaba en ese momento en la sala de interrogatorios esperando.

Nos desplazamos al Instituto Anatómico Forense de Barcelona. Müller

podía esperar.

Aquella sala no era de las más grandes del Anatómico, pero sí era mayor que la de Madrid, aunque comparada con el matadero... Al menos cabían los tres cuerpos dentro de la misma habitación. Las paredes eran de color azul oscuro y con las luces parecían algo siniestras. Había espacio suficiente como para tener un depósito de cadáveres y tres mesas de autopsias posicionadas de tal forma que construían un triángulo perfecto. Sobre ellas descansaban las mujeres asesinadas.

Las tres eran esbeltas. Más de un hombre habría babeado por ellas en el pasado. La luz blanca de los fluorescentes nos mostraba una mujer de raza blanca, otra mulata y la última de origen asiático. Estaban semidesnudas, solo su ropa interior impedía que las viéramos como Dios las trajo al mundo. Tampoco veíamos sus caras, ellas también tenían cubiertos sus rostros por aquellas dichas máscaras y, al igual que en el resto de víctimas, aunque en esta ocasión en sus vientres, estaba la estrella de seis puntas.

—Tenemos a una taiwanesa, una venezolana y una española —dijo Nabar leyendo el informe médico forense—. Aún no han sido identificadas las extranjeras, pero la española es hija de un político de un partido de izquierdas.

Me pasó la carpeta, le eché una ojeada y en efecto, se llamaba Arantxa Ortega. Aparte de las heridas, los cuerpos no mostraban signos de agresión sexual, ni nada que indicara que hubiesen sido forzadas. Aunque sí que había pruebas de relaciones sexuales consentidas, ni rastro de semen.

—Tres cuerpos y ni una sola pista... — comenté.

Justo en ese momento, cuando pensábamos que al final se nos escaparía el asesino, Clara apareció abriendo la puerta de par en par. Tenía unas ojeras muy marcadas y parecía ansiosa por dar una noticia importante.

—Tengo algo Balder *San* —dijo alterada.

Balder leyó la relevancia de lo que había encontrado Clara en sus ojos y se giró hacia nosotros.

—Quiero que todos mováis vuestro trasero hacia el laboratorio. ¡Ya!

Le obedecemos en el acto, bajamos las escaleras y emprendimos el camino de regreso a la comisaría. Ya en el laboratorio en el que la química trabajaba, todos, incluido Ángel, nos acercamos al escritorio y lo rodeamos. Clara empezó a teclear y a manejar el ratón mostrándonos en la pantalla la máscara que Nabar había traído de Madrid.

—Tenías razón—dijo mirando a mi compañero—. Había algo en la máscara de Ortiz.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Bob.

—No lo sabía, lo deduje. Si mi teoría es correcta, y a Müller le enviaron para que nos asaltara, tenía que haber algo en esa máscara que querían ocultar.

—Entonces ¿Kaufmann está descartado? —preguntó Nino Carranza.

—Sí, y Müller también —confirmó Nabar muy seguro—. Aunque no se librará de pasar una temporadita en la cárcel.

—Muy hábil—continuó Clara—. Bueno, a lo que iba..., he examinado cada milímetro de porcelana durante horas cuando de repente...

Presionó distintos comandos del teclado e hizo que, con ayuda del ratón, la imagen de la máscara que aparecía en el monitor se moviera hasta mostrarnos el ángulo de las aberturas de los ojos. Justo en la parte inferior, Clara señaló un punto de color rojo.

—¿Veis eso? —preguntó.

—Una mancha de sangre —respondió Sofía.

—¡Correcto LaPaglia *San*! Cuando analicé la sangre de las muestras extraídas de detrás de la máscara, pensé que serían de Ortiz, pero cada vez que la introducía en el sistema de ADN, me saltaba un error, ya que se estaban mezclando dos tipos de sangre diferentes.

—¿Acaso eso es posible? — preguntó Bob incrédulo.

—Es infrecuente —aclaró—. Al menos eso creo. Pero después de conseguir separar los dos tipos, averigüé el grupo sanguíneo de nuestro asesino: es cero positivo. Muy distinto al de Armando Ortiz, que es AB negativo.

—Si ya decía yo que tenía a una maga de la ciencia —elogió Nabar.

La cogió en brazos y dio vueltas con ella por la zona más espaciosa y abierta de la sala, y luego la besó. Para mí no fue ninguna sorpresa, pero los demás no daban crédito al ver aquella escena. Ángel se aclaró la garganta para que su hermano la dejase en el suelo nuevamente.

—¿Y sabéis quién tiene la sangre del tipo cero positivo? —preguntó ella recobrando la compostura.

Se apresuró a volver a teclear en el ordenador para que la imagen del asesino apareciera en la pantalla delante de nosotros. Nos llevamos una buena sorpresa. Ya teníamos resuelto el caso.

Nabar y yo nos dirigimos entonces hacia la comisaría para hablar con Müller. Al principio se quejó por haberle obligado a ir hasta Barcelona y amenazó con denunciarnos. Pero no estábamos para tonterías: Nabar le hizo callar con un par de golpes en la mesa y yo expliqué las sospechas que teníamos sobre él. Cuando le acusamos de que le encerraríamos por cómplice de asesinato, empezó a colaborar.

Tras el interrogatorio, Nabar se puso a indagar sobre la vida del asesino, poniéndose en contacto con varios de sus colaboradores habituales para ver qué podían descubrir y, pasado medio día, la llamada de uno de ellos le proporcionó la información que buscaba. El siguiente al que había que interrogar era a Kaufmann, pero en esta ocasión fuimos nosotros los que nos desplazamos hasta su empresa.

Empresas Kaufmann tenía su principal sede en el barrio Av. Diagonal-

Pedralbes, junto a otras empresas que se alzaban a su lado. Sin duda era el edificio más alto del barrio. Y luego dicen que los alemanes son austeros... Entramos directos por el pasillo y llegamos hasta el despacho sin pedir audiencia ni nada. Puede parecer grosero, pero no teníamos tiempo para protocolos.

Abrimos bruscamente la puerta del despacho, donde Kaufmann estaba gestionando en su ordenador algunas acciones de su empresa y se mostró bastante disgustado.

—¿Se puede saber qué ocurre? —preguntó—. ¿No saben que estoy ocupado?

—Tendrá tiempo para esto —le respondió Nabar con autoridad—. Si quiere salvar su empresa, ya puede cantar porque sabemos muchísimas cosas.

Kaufmann escuchó lo que habíamos descubierto y, a medida que avanzaba la historia, empezó a asentir con la cabeza y al final dijo:

—Sabía que tenía ideas muy radicales, pero no esperaba que fuera tan peligroso.

Enseguida empezó a responder nuestras preguntas de forma satisfactoria para nuestros intereses comunes.

Había llegado el momento de hacer el último viaje. Ya teníamos a *Doppelgänger*.

Doppelgänger ya se encontraba en su casa después de haber estado casi toda la mañana en la sede central del PDC.

Su día había discurrido de reunión en reunión con los demás diputados, para decidir cómo serían las primarias y quién se iba a presentar. Todo estaba saliendo tal y como había planeado: esa tarde la votación se llevaría a cabo y él sería el vencedor. La sensación de que su vida empezaba a cambiar invadía totalmente su mente. Las buenas inversiones en bolsa le daban la fuerza económica suficiente para aspirar a la presidencia del partido, y su carisma, combinado con sus potentes ideas, todas las papeletas para ganar.

Había tenido que mancharse las manos, cierto, pero había valido la pena hundirlas en sangre. Y si acaso encontraban algo, estaría en una posición privilegiada, ya que nadie podría tocarle. Había hecho grandes sacrificios para conseguir lo que ansiaba: renunciar a su amada Austria, cambiar de nombre y, en ocasiones, disimular sus fuertes ideales. Pero nada de eso importaba ahora que estaba a punto de cumplir su más ansiado deseo: al que llamó *Mein Kampf*, en honor al libro que había escrito su amado *Führer*. Lamentablemente nunca sabría lo que éste había conseguido inspirarle. Era su más humilde servidor. Estaba en una nube.

Pensó en cómo comenzaría a trabajar una vez en el poder. La oposición que tenía pensada hacer al gobierno era perfecta, al igual que los escándalos que levantaría en la prensa meses antes de las elecciones. Una vez en la Moncloa, planearía pactos con los otros partidos, planes para expulsar del país a todos los negros, sudamericanos, moros y chinos. Iba a anular los matrimonios entre homosexuales que habían sido registrados y que el anterior presidente decidió aprobar. Quería acabar con esa muestra de debilidad que su país mostraba al

mundo.

La estrategia no estaba nada mal para tratarse del hijo de un fabricante austríaco de retretes y bañeras. Fantaseó y deambuló por su habitación con una copa medio llena de ron, luego se estiró en su cama y siguió imaginando sus planes para el país.

El alcohol se apoderaba de su consciencia para sustituir sus ambiciones por recuerdos de su infancia:

«Ese bosque en tierras austríacas donde hacía mucho frío incluso en primavera. Recordaba que daba pasos largos y rápidos para alcanzar a su padre, que siempre se adelantaba. Solían salir de caza allí, pero aquel día no conseguirían cazar nada, más bien todo lo contrario: uno de ellos sería cazado.

Cuando emprendían el camino de regreso a casa, tres hombres les rodearon. No hablaban austríaco y no les entendían, así que decidieron echar a correr, huyendo de aquellos tipos. Su padre le obligó a esconderse y separarse de él. Minutos después vería cómo esos hombres atrapaban a su progenitor. Le torturaron allí mismo, delante de él. Cuando terminaron, se marcharon sin mirar atrás. Al acercarse, no podía reconocer a su propio padre ni tampoco lograr que se levantara. Y el olor de esos perfumes, ese olor que nunca olvidaría...»

El ruido del timbre le apartó de inmediato de ese maldito recuerdo que creía haber enterrado para siempre. Se vistió. Ya eran casi las cinco de la tarde y el timbre de la puerta volvió a sonar.

Bajó para abrir y se encontró a un vendedor invidente de cupones de lotería y, aunque *Doppelgänger* se negaba a comprarle uno, el vendedor no paraba de pedirle por favor que lo hiciera. Hasta que no le amenazó con sacar a los perros, el vendedor no se dio por vencido y se fue por donde había

venido. Cerró la puerta con bastante brusquedad y caminó por los amplios pasillos de su casa. Al llegar al salón recogió toda su documentación, las llaves de su coche y salió.

Circuló durante unos veinte minutos por la carretera de tierra hasta llegar al asfalto y tomar dirección a la sede central del partido, situada en pleno centro de Madrid. Allí, cruzó un estrecho vestíbulo hasta llegar al ascensor que le llevaría a la última planta, donde se hallaba la sala de audiciones.

Cuando llegó, su instinto le decía que algo no iba bien. Empezó a tener una sensación muy extraña. Dio más de un paseo por toda la planta para asegurarse, y sus sospechas se confirmaron. No había nadie en la sede: ni los secretarios, ni los compañeros, ni siquiera las becarias que solían asistir a las «reuniones privadas» que él mismo organizaba con ellas.

La confusión y el miedo empezaron a apoderarse de él y trató de calmarse. Entonces oyó el sonido de una puerta y, esperanzado, se giró para ver quién era. Sus ojos se toparon con los de un hombre vestido de negro, con el cabello largo y suelto, que ya había visto anteriormente. Éste le miraba con una sonrisa triunfal.

—Buenas tardes, Sr. Ribas —dijo Nabar Balder.

Mi compañero y yo pronto obtuvimos recompensa a nuestra paciencia. Cuando llegó Ribas, Nabar salió del despacho. Le seguí de cerca y contemplamos con satisfacción la expresión de desconcierto que se dibujaba en el rostro del secretario. Su cabello estaba algo alborotado y sus gafas levemente descolocadas de su sitio. La verdad es que le habíamos dado un buen susto.

—¿Se sorprende de vernos? —le pregunté.

—La verdad es que sí —me respondió mientras se ajustaba las gafas—. ¿Puedo ayudarles en algo?

—Hemos venido a por usted —dijo Nabar—. Por los seis homicidios: el de las tres mujeres y los tres hombres. Creo no hace falta que le diga de quiénes se trata.

—¿Cómo dicen?

—Que está usted detenido Sr. Ribas —le contesté.

—¿Detenido yo? ¿Creen que he matado a mi líder?

—Deje de hacerse el idiota —respondió Nabar soltando un suspiro de aburrimiento—. Ha interpretado usted un buen papel en esta obra, pero la función se ha acabado.

Ribas tuvo un ataque de risa, con carcajadas cortas y secas, como si se tomara la situación como una broma de mal gusto. Pero Nabar y yo nos mantuvimos firmes sin inmutarnos.

—¿Qué quieren que les diga? —preguntó continuando con su papel—. Saben de sobra que yo no he sido.

—El caso es que sabemos más de lo que se imagina—contradijo Nabar—. Pero, como diría *Jack, El Destripador*, vayamos por partes.

Mi compañero me hizo señas para que interviniera y yo accedí con una ligera sonrisa.

—Cuando apareció usted en la comisaría, se comportaba como si no conociera de nada a Müller, pero él no ha dicho lo mismo. Ha confesado que se citó con una persona la cual le indicó qué tenía que hacer y cómo hacerlo. Y le ha señalado a usted, Sr. Ribas. Le reconoció en cuanto le enseñamos su foto. Aunque comentó que la reunión se efectuó en una zona de poca luz y que se había puesto gorra y gafas de sol, los característicos hoyuelos de sus mejillas le delataron.

La sonrisa falsa de Ribas se esfumó rápidamente de su rostro y fue sustituida por una expresión feroz.

—Eso, señora, no es más que una infamia dicha por un proyecto de terrorista, que no quiere ver la realidad de este país.

—Sí, Sr. Ribas —le contestó con sarcasmo mi compañero—. El país va a la deriva y necesita la presencia de la extrema derecha.

—No me gusta ese tono —le recriminó.

—Usted empezó con los ataques a otros miembros, para así sembrar el terror dentro de su propio partido. Cuestionó la idea de que otros se unieran a la organización mientras lo organizaran los hermanos Ortiz. Todo formaba parte de un plan político para despejar el camino hacia el control del partido, pero usted se descontroló...

—Las tres mujeres que encontramos hace dos días eran prostitutas, y fueron sus primeras víctimas. Una de ellas era la hija de un parlamentario de izquierdas. Su padre la reconoció en el depósito de cadáveres. Tuvo usted relaciones con las tres y cuando se quedó satisfecho, simplemente las silenció, inyectándoles cianuro en el cuello. Hasta ahora solo las habían dado por desaparecidas. Después, cuando los ataques a miembros de su partido florecieron, cundió el pánico y Calleja le pidió ayuda a Priebke para que

corriera la voz acerca de que él era homosexual y así poder escapar. Pero usted no lo vio correcto, ya que fue uno de los máximos responsables de la propaganda contra los gays...

—Tener ideas homófobas no quiere decir que quiera asesinar a todos los homosexuales —le interrumpió Ribas.

—Luego llegaron los hermanos Ortiz: Rafael era blanco de múltiples rumores por haber robado en las casas de otros diputados... Todos los interrogados le han señalado a usted como el divulgador de ese bulo. Pero su objetivo no era ese, ¿verdad? Claro que no. A pesar de que sabía que era un asqueroso violador que se aprovechaba de su posición, usted lo mató porque tenía la certeza de que Armando Ortiz iba a declarar en contra de Manos Limpias y de otros manifestantes, para ganarse algunos votantes indecisos. Mató a su hermano para infundirle miedo, pero él no se amedrentó y actuó. Os había echado a los leones.

Ribas endureció tanto su rostro que ya era una máscara de odio puro. Sus ojos eran como dos puñales.

—Puede que no estuviera de acuerdo con las últimas decisiones del presidente. Sí, calumnié contra su hermano y no me gustaron para nada los rumores de la sexualidad de Calleja —dijo calmándose—. Pero no los asesiné.

—¿Dónde estaba usted cuando asesinaron a Eduardo Calleja? —preguntó Nabar.

—Estaba en una reunión.

—¿Y cuando mataron a los hermanos Ortiz? —le pregunté.

—Estaba ocupado en mi despacho. Mis secretarias y becarias lo corroborarán.

—Sr. Ribas —dije con la mayor calma que pude—, ni sus secretarias ni ningún miembro del partido mentirán por usted. Han cantado y nos han dicho

que no estaba aquí ni durante las manifestaciones ni en los días de la muerte de las víctimas.

—El partido no le va a apoyar en esto —prosiguió Nabar—. Le han dado la espalda, así que, por favor, empiece a colaborar.

La expresión de Ribas cambió en segundos. Primero era desesperación, después se serenó y, por último, recuperó la sonrisa, la misma que ocultaba una oscura ambición y determinación.

—Aunque tengan testigos que puedan delatarme —dijo con una voz fría—, tengo inmunidad diplomática, no me podrán arrestar si no tienen pruebas sólidas que avalen sus acusaciones. Ha sido un gran discurso Sr. Balder, pero no es consistente.

—Creo que puedo probar lo que mi compañero afirma —dijo la voz de Ángel, acompañado por los golpes de su bastón.

Ribas le vio acercarse y observé, sin querer evitar una sonrisa, cómo palideció al ver que nuestro compañero tanteaba con la mano hasta cogerle su brazo izquierdo.

—Me alegro de volver a oírle, Sr. Ribas. Nuestra última visita no fue precisamente amistosa, aunque valió la pena, porque descubrí algo muy interesante.

—No creo que le haya dicho nada —dijo Ribas con malas maneras—, salvo pedirle que se fuera de mi casa.

—Usted no, Sr. Ribas: fue el olor de sus muñecas lo que le ha delatado. Huelen al mismo perfume que las víctimas, cuando las hallaron muertas.

—Todos los miembros del partido tenemos el perfume de Kaufmann —replicó Ribas.

Observé que estaba nervioso y alterado, entonces fue cuando yo le pregunté:

—Las tres mujeres también olían igual, a ese perfume. ¿Cómo explica que

esté su olor en ellas? —pregunté.

—No olían igual... —me respondió. Entonces guardó silencio de golpe al darse cuenta de su error.

—¿Y cómo sabe eso? —pregunté esta vez hurgando en la herida.

Nabar me miró con cierta sorpresa y después sonrió con complicidad. Luego se acercó a Ribas hasta casi rozarse.

—Y yo ahora le haré una pregunta —le dijo midiendo su reacción—, ¿por qué cuando nos vimos por primera vez en la comisaría, no me dio la mano cuando me saludó?

Le contempló extrañado y nuestras miradas se volvieron inquisidoras. Nabar cogió su mano derecha mostrándonos la palma y nos marcó una línea de color marrón arrugada por la superficie: una costra.

—Porque no es agradable tocar una herida como esta —respondió sin dar más detalles.

—La herida que se hizo después del asesinato de Ortiz. Por alguna razón usted cogió una máscara y se rompió en su mano. Esto le provocó una herida que salpicó de sangre las otras máscaras. Se deshizo de todas las que estaban manchadas, pero se descuidó con una de ellas, y una gota de su sangre se filtró por los orificios de los ojos. Esa misma es la que más adelante pondría en la cara de Armando Ortiz.

Al recordar el suceso, sintió pánico y por ese motivo contrató a Müller para que nos asaltara y robase la máscara. ¿Quiere más pruebas, *Doppelgänger*?

Biel Ribas, el secretario General del PDC, forcejeó un instante con Nabar para librarse de él huyendo hacia las escaleras, pero Bob apareció en ese momento plantándose frente a él y apuntándole con una pistola. Ribas miró a su alrededor, estaba completamente rodeado así que decidió rendirse mientras miraba a Nabar.

—¿Cómo supo lo de la máscara? —preguntó Ribas.

—Tenía sospechas —le respondió mi compañero—, así que solicitamos una orden de registro, que hicimos efectiva antes de que usted llegara aquí. El agente Carranza ha encontrado su sótano del terror y ha hallado rastros de sangre en el suelo, la túnica que usó para los crímenes, equipos de vídeo con los DVD que mandaba a los neonazis e incluso huellas de las víctimas en la pared.

Ribas suspiró, se arregló el cuello de la camisa, se colocó las gafas en perfecta posición y nos miró con aire de superioridad a la vez que Bob le empezaba a poner las esposas en las muñecas por detrás de la espalda.

—Tenía que eliminar a esas alimañas. Los ideales y acciones del partido se estaban muriendo por entrar en esta maldita democracia. Debía excomulgarlos.

—Solo una última pregunta Sr. Ribas, ¿por qué dejó los cadáveres en tres lugares tan concurridos? ¿Acaso quería provocar miedo en la gente?

Ribas no me miró a la cara. Con desprecio la alzó orgulloso, clavó su vista en el vacío y me respondió:

—Eran sus lugares favoritos y comentaron antes de morir que les habría gustado visitarlos por última vez. Simplemente les hice un último regalo.

Empezó a reírse mientras nuestras caras reflejaban desprecio y repugnancia ante esa clase de humor. Nabar se acercó a él, le observó con indiferencia y le susurró algo al oído que hizo que Ribas le mirase aterrado, un miedo que permaneció en sus ojos incluso cuando Sofía y Bob le acompañaron hasta la salida para transportarlo a la comisaría. Al final nos quedamos a solas en ese gran pasillo en el que ahora reinaba el silencio.

—¿Qué tal estás? —me preguntó Nabar mirándome.

—La verdad, estoy sorprendida de que se haya rendido tan pronto. Creí que se resistiría.

—Yo no. Es consciente de que ha perdido y lo ha afrontado con clase.

—¿Clase? —pregunté sorprendida—, después de matar, mutilar y abandonar seis cadáveres, ¿llamas a eso tener clase?

Nabar me miró durante unos segundos de silencio y luego soltó una risa floja.

—¿Ves? Esa es una de las razones por las que no tengo el título de psicología, mis análisis nunca suelen acertar.

Con una sonrisa, me separé de mi compañero dirigiéndome hacia la calle, ya que Nabar tenía que hacer una llamada. De pronto, el cansancio de esas últimas semanas me pudo por completo, y por fin podía relajarme. Me estiré y bostecé mientras salía del edificio y dejaba que los rayos del atardecer de Madrid bañaran mi rostro una vez más.

Nabar cogió el teléfono móvil cuando Andrea salió de su campo de visión, marcó un número y esperó a que descolgaran.

—Soy yo —dijo escuetamente—. Ya lo hemos arrestado.

—¿Fue difícil? —le preguntó su interlocutor.

—Sí, mucho más de lo que creíamos, pero ya no se ha de preocupar. Puede volver a trabajar y solo tendrá que aguantar lo habitual.

—Las presiones de la prensa no me preocupan Inspector Balder —le contestó la voz—. Al fin y al cabo, si solicité a los del PDC desalojar la sede central, fue porque ellos no tolerarían tener a un asesino como líder del partido. Pueden tener sus ideologías, pero también tienen cierto sentido de la moral.

—Todos tenemos sentido de la moralidad, aunque parezca que lo hayamos olvidado...

—Entiendo a lo que se refiere, pero no puedo cambiar eso. Y ahora si me disculpa, tengo trabajo que atender.

—No podía cerrar el caso sin darle las gracias señor —dijo Nabar con tono sosegado—. Si no fuera por su ayuda quizá no lo hubiéramos conseguido.

—No tiene por qué. Cuelgue ya, Sr. Balder.

—De acuerdo, que tenga suerte Sr. Presidente.

Nabar colgó antes que su interlocutor y dirigió sus pasos hacia la salida.

Pasaron dos semanas y el caso *Doppelgänger* quedó archivado y dispuesto para que Julisa Ferrer Sáez, la fiscal, pudiese acusarlo en juicio. No sería un proceso corto y, para colmo, también sería muy mediático. Pero bueno, eso ya no nos incumbía a nosotros. Y no solo descubrimos que Biel Ribas era el hijo de los dueños de la fábrica de Bañeras Salzburgo. Allí encontramos más pruebas incriminatorias contra él. Me pareció curioso cómo la gente podía sentir tanto odio. Al parecer, la familia de Ribas y Kaufmann eran rivales en los negocios. No solo eso, según me han contado, parece ser que al padre de Biel lo mataron en Austria algunos miembros de la familia Kaufmann. Así que creo que Julisa añadirá el móvil de la venganza en el juicio.

Por extraño que pareciera, Nabar convenció a la comisaria Gallego para que nos dieran una semana libre a todos, después de haber resuelto el caso. Ella no tuvo ningún inconveniente, solamente le advirtió que no se acostumbrara. Esos días los aproveché para dormir muchísimo y recuperar horas de sueño, comprarme mi propio coche y conocer mejor la ciudad.

La mañana que tenía que regresar al trabajo, me levanté de la cama de muy buen humor, me duché y disfruté de un desayuno más que aceptable — comparándolo con los de otros días— y me vestí con ropa deportiva. Una vez calzada, me dirigí hacia mi BMW y empecé a circular por las calles de Barcelona.

Era extraño, solo llevaba un par de meses, pero desde el primer momento, me había sentido como en casa. Estados Unidos era un gran país, mi país, pero una y otra vez me venía a la mente una expresión que solía decir un amigo búlgaro en Estados Unidos: «Cuando te enamoras de otro país, te olvidas de donde están tus raíces». Tenía razón: yo me sentía como esa novia adolescente

que se enamora de un chico al que querrá para toda la vida. Sí, sé que es un pensamiento algo ñoño, pero así es como me siento ahora.

Aparqué el coche y me adentré en el Hotel Rey Juan Carlos I.

Me dirigí al mostrador de recepción y pregunté a una chica de cabello rubio y ojos azules si mi compañero estaba en su habitación. La recepcionista me dijo que estaba ocupado y que no sabía si me recibiría. Yo le contesté que no importaba y me fui hacia el ascensor rumbo a su habitación.

Cuando llegué a la puerta llamé más de cinco veces sin éxito. Cuando iba a llamar otra vez, ésta se abrió de golpe mostrándome a un hombre medio desnudo. Era de piel algo morena y tenía un cuerpo muy atlético, y a su lado había una mujer que vestía un albornoz de color amarillo. Sospeché que debajo iría desnuda. Al poco rato, Nabar apareció vistiéndose a toda prisa con su habitual color de ropa negro.

—Discúlpame Andrea —dijo recogiendo el cabello en una cola— pero me has pillado...

—¿Muy ocupado? —dije aún sorprendida.

Cuando acabó de vestirse, salió de su habitación, no sin antes darle un beso en los labios al hombre y otro más intenso a la mujer.

Después de despedirse, salimos del hotel y no hablamos hasta que llegamos a mi coche.

—¿Cómo es posible que te gusten los dos sexos a la vez? —le pregunté.

Nabar me miró durante unos segundos, con los ojos muy abiertos, sorprendido por mi pregunta.

—Creí que me ibas a decir que soy un vicioso del sexo —respondió.

—También te lo iba a decir —le comenté—. Tengo mucha curiosidad.

—Es bastante estimulante —me respondió—. Los de la habitación son un matrimonio con ganas de probar cosas nuevas.

—Y te van más los...

—Me gustan más las mujeres —dijo Nabar.

—¿En serio?

—Me enamoré de un hombre una vez, pero no salió muy bien.

—Vaya, ¿fue entonces cuando descubriste que te iban más las tetas? —le pregunté burlona mientras subíamos al coche.

—No —me respondió serio—. No fue esa la razón.

Era la primera vez que Nabar me hablaba de sí mismo desde que le conocía, así que aproveché para hacerle más preguntas, aunque no respondió mucho más. Descubrí algunas cosas interesantes, entre otras, por qué a Ángel le llamaba *Hartigan*. Nabar es fanático de los cómics y entre sus favoritos estaba una obra maestra de Frank Miller. *Hartigan* era el único policía honrado de la ciudad corrupta *Sin City* y él siempre había visto así a su hermano.

Aunque no estaba de acuerdo con él en muchas cosas, Nabar me empezaba a caer bien y más ahora que conocía algo más de su vida. No sé cuánto tiempo estaré en España, pero sí sé que no olvidaré nunca mi primer caso de asesinato, y todo gracias a él. Ahora me siento más preparada para seguir investigando otros casos...

Mientras circulábamos por la carretera, el móvil de Nabar empezó a entonar la canción de *Sussudio*. Él lo sacó de su bolsillo y lo atendió.

—Vamos yanqui, tenemos un cadáver.

Puse en marcha el reproductor de CD de mi coche y empezó a sonar una canción de Seal. Sin darnos cuenta empezamos a entonar *Crazy* a dúo, mientras pisaba el acelerador para dirigirnos lo más rápido posible a la otra punta de la ciudad, donde nos esperaba un nuevo caso.

Epílogo

Estaba en su habitación cuando el teléfono empezó a sonar. Wazîr Adbeid descolgó deslizando un dedo por la pantalla de su Smartphone y contestó. No le hacía falta ver quién era, solo una persona podía llamarle a ese número.

—Sr. Adbeid, *El Caballo* ha hecho su movimiento. La cruzada ha empezado.

—Entonces, ¿ha llegado el momento?

—Se lo dije señor: *El Español* no falla nunca.

Mientras hablaba con su interlocutor, Wazîr cogió una taza que había sobre una pequeña mesa situada junto a su asiento. La llenó con una tetera, vertió unos sobres de azúcar y removió.

—La primera cruzada del siglo XXI —dijo—. Todo por lo que hemos luchado tendrá su recompensa...— Su interlocutor mantuvo silencio.

—¿Qué ocurre mi pequeño *Peón*?

—Señor, ¿está seguro de querer formar parte de todo esto?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Solo pienso en su bienestar, señor. Es posible que pierda más que su fortuna y su prestigio, puede peligrar su vida.

Wazîr soltó una leve carcajada y bebió un gran sorbo de té. Suspiró y volvió a hablar.

—Mi querida Ferrer, desde hace más de un siglo, muchas de las familias que formamos el grupo hemos estado en la cuerda floja. La Segunda Guerra Mundial pudo haber arruinado medio mundo, no solo económica, sino también moralmente. Hemos mantenido esta tregua a pesar de muchos inconvenientes, pero todos tenemos una fecha de caducidad, y El Rey, también —dijo tranquilamente dando otro sorbo—. Informe a su amigo de que cuenta con mi

apoyo en la sombra, pero que no espere protección cuando el foco de la sospecha alumbre hacia él.

—Muy bien señor —dijo Ferrer después de un largo silencio hasta que decidió su respuesta. Luego colgó.

Wazîr volvió a beber de su té mientras miraba por una gran ventana a través de la cual vislumbraba el puerto de El Pireo de Atenas. Cerca del ventanal había una mesa donde descansaba un precioso tablero de ajedrez. Se acercó a ella y cogió una pieza de color negro con forma de caballo.

—*La cruzada de Eva* se llamará —pensó en voz alta—. Viejo amigo, hasta en esto eres melodramático.